

EL DARDO EN LA PALABRA: FERNANDO LÁZARO CARRETER

Buenas madrugadas

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 07-03-1999

Mi holganza, en esto, de casi tres años no la ha causado el desánimo sino la mezquindad con que el tiempo se nos presta (el día, el mes, la vida). Muy bien relevado de un largo deber, tal vez me sea posible reanudar la marcha: materia no falta; sí, quizá, neuronas. Como en nada me siento menos imperito, lo saben mis lectores, que en radiofonía nocturna, por ella, por la hablada, empezamos: la palabra es mi oficio, y me seduce más que, verbigracia, los motines estruendosos del rock. Da la gloria oír la voz humana en faenas noticiosas, tertulias poliopinantes, señuelos de médicos taumaturgos (en un anuncio, el propio San Pedro afea los juanetes a un nuevo huésped celeste), de videntes sagaces (si el consultante se acoge a lo esotérico) o de psicólogos al minuto (si opta por la ciencia), y, muy especial, cuando el comentarista la emplea para conducir por la jungla del deporte. Va creciendo el interés cuanto más se penetra en la noche: algunas emisoras ceden entonces su antena a espontáneos comunicantes que, amparados en el anonimato de la llamada, cuentan lo que ni el cura oye (*escucha*, prefieren los radiohabladores) en su receptoría de pecados.

Allí dan noticia de sí adictos a una u otra adicción, adúlteros, dipsómanos, jugadores, mansos, desventurados, arrebatados, suicidas, discrepantes de su sexo y del contrario, putas, cursis, enfermos, coñones, putos, engañados, cándidos y cándidas supervivientes de remotas edades que creen en el celestineo de hechizos o ensalmos: se trata de un censo no pocas veces conmovedor. En ocasiones, son simples perplejos. Llama, por ejemplo, una muchachita sollozante: al llegar a casa sin ser esperada, ha hallado a papá laborando en tajo ajeno: ¿se lo dirá a su madre? Un incógnito acude a su pregunta: encontró a mamá con su obrador en préstamo, no se lo dijo a papá y hay paz en el hogar; el mutismo le parece aconsejable. Pero he aquí que cuando fascina tan exacta simetría, irrumpen un malasma contando que su desconcierto fue mayor, porque sorprendió a su abuelo alborozándose en el lecho con un mozo. Se lo calló en casa, y el viejo le ha quedado en deuda para siempre; se la está cobrando en metálico a plazos frecuentes. Aplíquese, pues, la llorona, y que calle y exprima.

Cuando estas confidencias empiezan a llegar -algunas sólo son aptas para mayores con cicatrices, o para deficientes- no pasa mucho de la media noche; algunas emisiones, pocas aún, van diciendo adiós a su audiencia deseándole ¡*Buenas madrugadas!*; y hay programas, tampoco muchos por el momento, por fortuna, que salen al encuentro de sus oyentes con el mismo gentil saludo: ¡*Buenas madrugadas!* La nueva finura, repetida una y cien veces por sus adictos, hiere la noche como una lluvia de alegres banderillas clavadas en el idioma: ¡*Buenas madrugadas!* Quien oye sintiendo sufre calambres al comprobar cuánto crecen la anemia idiomática y la anomia en muchos hablantes obligados por su profesión a respetar la ley común. Ni siquiera muestran sentido de lo risible.

Es claro el origen de este reciente espantajo: se ha formado analógicamente sobre el modelo de *buenos días, buenas tardes o buenas noches*. Y no resulta más difícil percibir su causa: es permanente la incertidumbre al señalar las horas nocturnas posteriores a las doce. Vacilamos entre *la una de la noche o la una de la mañana*, incluso para referirnos a las dos o a las tres. Pero es muy posible que, con énfasis, hablemos también de *la una, las dos o las tres* de la madrugada: esto último dirá quien se queja por trabajar hasta esas horas, y lo preferirán los padres escamados con el tardío regreso de sus crías al nido; pero no hay duda de que *las cuatro* o las cinco pertenecen ya a la madrugada. Hasta más o menos las seis, en que empieza la mañana (aunque tampoco extrañarían las cuatro, *las cinco* o las seis de la mañana).

En general, las perspectivas del hablante deciden la elección. A quien no le urge el sueño se le oirá contar que estuvo leyendo hasta las dos o las tres de la noche; pero otros preferirán acortarla, como esos padres quejosos de que la prole no se recoja antes de *las dos o las tres de la madrugada o de la mañana*. Con estas últimas referencias, la mente tiende hacia la aurora; si fondea en de la noche, puede correr el reloj casi hasta que sale el sol. Recuerdo cuánto me desmoralizaba en la Europa norteña ir por la calle a la una o las dos -para mí, *de la noche*-, y ya estaban los cargantes pajaritos gorjeando, trinando y piando al día que se desperezaba por los tejados: me convertían en libertino, cuando sólo acababa de cenar -a la española, es cierto, con algo de charla-, y me retiraba buscando la dosis ordinaria de cama.

Pero una cosa es el complemento gramatical de una hora determinada, en que tan flexible se muestra nuestro idioma, al igual que otros vecinos, y cosa bien distinta el sustantivo *madrugada*, firme en todos para nombrar sólo el amanecer, el alba o la alborada, y que en modo alguno remite a las altas horas oscuras en que esas emisiones radiales acontecen; varias de las cuales, por cierto, acaban justamente cuando empieza la amanecida. Con esa firmeza significativa, la locución de madrugada significa exclusivamente, diccionario en mano, "al amanecer, muy de mañana".

Pero las innovaciones en el idioma siempre obedecen a una necesidad, sea o no necesidad. De hecho, el cambio de costumbres es el inductor de *¡buenas madrugadas!* Hasta no hace mucho, ¿era preciso saludar durante las horas comprendidas entre las buenas noches y los buenos días, dedicadas por casi todo el mundo al sueño y sus alrededores? No, por supuesto, con una precisión que exigiera soluciones al idioma. Hoy el noctambulismo se ha hecho casi multitudinario; el juvenil, por ejemplo: aunque a efectos radiofónicos cuenta poco, ha creado una enorme noche adolescente que engloba la salida del sol. Y hay la creciente legión de quienes trabajan a esas horas transportando, vigilando, sufriendo, curando, fabricando, adicta a la radio o, como yo, aguardando el sueño mientras oye (repito: ¿debería decir *escucha?*), que somos destinatarios de estas emisiones lunares y de sus saludos. De paso, algunos saludadores se distinguen de quienes radian a recién cenados: ocupan, en efecto, un trecho temporal bastante bien definido -el correspondiente al sueño de los más-, al cual regatean el nombre legítimo; porque es, ni más ni menos, un trozo de la noche, como el que le precede (o, ya, de la mañana, si así gusta). Y se desea afirmar la diferencia también en el lenguaje, y, para ello, usan algunos esa cortesía tan cómica, potenciada por el falso plural, madrugadas. Pero, ¿qué necesidad hay de ella? Bastaría un buenas noches al empezar, y un buenos días al terminar, si la aurora está próxima; los zalameros podrían anteponer a días otros adjetivos más sugestivos: risueños, placenteros, triunfales, encantadores..., qué sé yo. O, mejor, no desear nada, con un escueto hasta mañana. A mí, a la una y media o a las dos, eso de buenas madrugadas me resulta inquietante -como las avecillas germanas- porque sugiere que la noche se me ha pasado en blanco y que está llegando el quiquiriquí. Se trata, por cierto, de un plural muy curioso y frecuente en español. Aparece en las buenas noches (o días o tardes), en las Pascuas felices (nadie piensa que son tres) o en las Navidades; también en muchas formaciones semánticamente audaces o morfológicamente raras (cantamañanas, pintamonas, ablandahigos, a sabiendas, de mentirijillas, entendederas, parar mientes...: ¡son tantas!). Y en general, ayuda a constituir idiomáticas anómalas, es decir, creadas fuera de las normas comunes de nuestro sistema, y a incrustarlas, por su faz singular, en la memoria del hablante. Entre ellas, saluciones rituales y felicitaciones como las antedichas, a las cuales aspira a sumarse la recién nacida, y que mi memoria, por mucho plural que se le ponga y mucho trémolo oral, se propone excluir. Dígase cualquier cosa menos ésa, y déjese enseguida el micro a los espontáneos, que, a veces, alumbran criaturas asombrosas, como aquella pobre mujer, hace pocas noches, nada sumisa a las tundas del bestial marido: se estaba desvorciando.

Supertriste

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 04-04-1999

Leído en la carta de una lectora a su revista: "Hoy hace un año que murió mi Candy y estoy *supertriste*". Candy era una graciosa iguana, y eso podría haberlo escrito también un lector, porque *super-* es unisex; y ambos, idénticamente, podrían haber dicho que estaban *superafligidos/as* o *superacongojados/as* o *superfastidiados/as*, si hablaban en versión de cámara y si transcribimos tales sentimientos con repugnante estilo de circular ortosexual. Esa tumescencia verbal ataca a millares de ciudadanos veinteañeros, y a una multitud talluda contagiada de su inmunodeficiencia idiomática. Estalla con vigor en los viernes de litro y jarana, pero no sólo: también brota en muy amplios sectores del "qualunquismo" hispano, desde el mercadillo a la boutique, y hermana a los famosos de tele y magacín con sus glosadores simbióticos. Entre ellos, *super-* puede crecerle a cualquier adjetivo (o sustantivo) y hay miles de hablantes que se sentirían desvalidos si no ornaran sus calificaciones con ese bubón: su ligue les parece *superguay*, gozan de una pareja *muy supercálida*, y aquella lectora halló a Candy en el terrario donde dormía *supermuerta*. Si el ánimo de tales dilatadores se acoge al adverbio, dirán que se sienten *superbien* o *supermal*, tal vez *superregular*. Es el último estadio a que ha llegado por ahora la preposición *super*, que había sido fecunda en latín, ayudando a nacer palabras con el significado de "encima de" o "por encima de". Muchas de ellas perecieron en su viaje a los romances, pero las sobrevivientes fueron tratadas con confianza, y *supercilium*, por ejemplo, se hizo *sobrecejo* en castellano, o *surcil* en francés antiguo.

Inquietantes sabios medievales volvieron a tirar de tal formante para señalar "superioridad no espacial", en docenas de voces como *superabnegativus* de Boccio, *superflexus* de Sidonio, o, gala de aquel apogeo, *supereminentissimus* de San Fulgencio; pero eran indigestibles para el vulgo rudo que, por entonces, ya andaba haciendo picadillo la lengua de Horacio.

Hasta el siglo XVIII, el español sólo había acogido unas pocas voces de ese legado sabio, traídas del latín por los doctos: *superabundante*, *superbísimo*,

superficial, superfluo, superior... En 1803, el Diccionario académico había incorporado otra como ellas, *supereminente*. Y hasta 1884 no abre un artículo para la "preposición inseparable" *super*, a la que, entre otras aptitudes, le reconoce la de significar "grado sumo"; lo ejemplifica con el ya dicho *superabundante* y una palabra moderna: *superfino*. Era, sin duda, un galicismo de moda, que, por ejemplo, aparecía aquel año en *La Regenta*, y que se estaba empleando para calificar a las gentes de sangre delicada y a sus cosas, por ejemplo, a los lenguados pequeños -no mayores de diez centímetros- que el cocinero Muro exaltaba en 1894 como *superfinos*.

Cuando esperaríamos una creciente presencia lexicográfica de estas formaciones romances paralela al uso, sólo hallamos, en 1970, la inclusión de *super-* como formante castellano (y ya no como "preposición impropia"), indicio claro de que su presencia iba haciéndose activa y no podía dejar de reconocerse. Pero en el infolio no aparece ninguna voz de las que, con parsimonia, se usaban ya, dado el criterio de que, una vez consignados un constituyente léxico y su significación, no se reseñen, por economía de espacio, las voces a las que sólo aporta aquel significado: una vez definidos *super-* y *fino*, huelga *superfino*. Sin embargo, aún sigue residual en su columna académica, y continuó ejemplificando, él solo, el uso superlativo del formante *super-*, hasta 1992 en que se le junta otra formación moderna: *superelegante*. Era la consagración oficial de su pujanza.

Y es que, si no Malherbe, tío Sam había venido, con su afición y falta de respeto al latín, y *super-*, pegado con el mayor desparpajo a nombres y adjetivos, le llovía a Europa desde los alrededores de 1940. Servía de arranque a una enorme cantidad de vocablos, a los que aportaba la idea de que la sustancia o cualidad con que aparecía desposado excedían mucho de lo normal (el *superhombre* nietzscheano había sido muy jaleado), de que eran "muy grandes", o de que poseían magnitudes no comunes (*superpetrolero, superpotencia, supercombustible, superbombardero, supersónico, superconductor, supersíntesis...*).

Y así, *super-* se convirtió en arma imprescindible de la publicidad oral y escrita, que hacía de una película una *superproducción*, de un gran mercado un *supermercado* (luego, un *súper*), de un equipo un *supercampeón*, de un espía de celuloide un *superagente*, de una gasolina con más octanos un *supercarburante* (más tarde, la *súper*); y proponía a la avidez general *estufas supercatalíticas, cremas superhidratantes, compresas superabsorbentes, desodorantes superleales y gomas supersensitivas*, mientras surgían abruptamente *superpolicías, superjueces, superministros y superministras, superlíderes*: pocos adminículos enfatizadores han mostrado mayor potencia genésica. Con más renuencia, el prolífico constituyente va apareciendo en textos de intención sustancial: *superintelectual* (Pemán, 1970), *superlleno* (Sábato, 1974), *superadulto* (Onetti, 1979), *superedípico* (García Hortelano, 1984), y ya con vigor, mil más.

Pero a lo que estamos, y que es la apropiación insaciable de *super-* por los hispanos, como por los franceses o italianos, a remolque del inglés, y que permite eludir otras maneras más refinadas de expresar la elación. El analfabetismo más fanático se ha adueñado entre nosotros de este truco exagerador para calificar y para liberar buena parte de la sobreexcitación nerviosa que, en esta época, aqueja a toda la zoología bípeda, necesitada de expresarlo todo en su ápice vibrante. Quizá, algún chavalillo/a, en la actual nueva edad oscura, esté diciendo ya, a lo San Fulgencio, que su pareja (¿y parejo?) es *supercalidísima/o*.

Pero, al lado de *super*, acechan *hiper-* y *mega-*. Pregunto a mi nieta Ana - ocho años- qué prefiere, si decir que la película *Pocahontas* es *superbonita* o que es *hiperbonita*. Resuelve sin dudarle: *hiperbonita*; y da el porqué: "Es más chulo". Su hermano -seis años- asiente: "Chola más". "Querrás decir que mola": "No: digo que chola". Otro nieto, su primo, ocho años, ratifica: "Sí, chola". He ahí el porvenir.

Comentar

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 02-05-1999

Harald Weinrich, estudioso del tiempo en el verbo, observó que éste no se expresa igual contando cosas que tratando de ellas. Y así, dentro del discurso, hay un "mundo narrado", que se delimita con señales más o menos sutiles de que el hablante se dispone a relatar. La marca más elemental, pórtico de tantos cuentos infantiles, es el "Érase una vez". A otro nivel menos candoroso, se puede empezar a contar diciendo, por ejemplo, "En un lugar de La Mancha". Tales señales sirven de marco a un cuadro cuyo contenido -un suceso verídico, mentiroso o imaginario- se va a participar. En el discurso hablado es frecuente comenzar un relato diciendo: "*Verás*: estaba ayer en la ducha telefoneando y, con el jabón, se me escurrió el móvil...". Hoy, en lugar de este *Verás*, aparece con mucha frecuencia *Te cuento*. Así es como empieza a detallar su aventura la chavala que, una noche mágica de porro, compartió un viaje al cielo con el novio de su hermana, y, ahora, pues claro... O el motero que iba sólo a ochenta cuando salió por detrás del autobús una vieja imbécil... O la colegiala que sufre el acoso del profesor de matemáticas. Y del *Verás*, se ha pasado al *Te cuento* con velocidad de misil; nada impide combinar ambos delantales: *Verás* (o *Pues verás*), *te cuento*; así se ceba más la atención de quien oye (¿o *escucha*?).

El gancho resulta encantador; un tanto vulgar, es cierto, pero, si se quiere contar algo, ¿por qué dar rodeos, en este idioma nuestro tan claro y directo que llama pan al pan y, más notable aún, vino al vino? Pues *Te cuento*, y a empezar. En las radios y televisiones se dice así con abundancia. Sin embargo, y eso ya empieza a espeluznar, ahora es muy frecuente abrir el discurso narrativo con *Te comento*.

Se arruinan así los "mundos" de Weinrich, el de contar y el de *comentar*, porque este verbo está ocupando el espacio total del otro, y el de *decir* o *anunciar* o *afirmar* o *revelar* o *comunicar* o *participar* y verbos declarativos así. Y no es sólo en la conversación negligente, sino en la profesional: prensa y noticiarios se hartan de decir que el ministro comentó que se hará el AVE a Barcelona. Ciudad donde, por cierto, preguntado el

gentil entrenador Van Gaal si se vuelve a Holanda, ha *comentado* que eso es pura especulación (= "conjetura"), ya que lleva al Barsa hundido en las raíces mismas del alma. Aunque lo *comentó* menos poético, en el fondo era eso.

El diccionario académico define *comentar* como "hacer comentarios", y éstos consisten, dice, en los juicios, pareceres o consideraciones acerca de una persona o cosa. Y así, frente al *contar*, en que nos ajustamos, verídicos o no, a un sucedido, el *comentar* procede del ajeteo de la mente: *cuento* que los bombardeos causaron cientos de víctimas en Belgrado, y *comento*, según juzgue el planchado, que los pilotos son santiagos celestes o que, como a Pablos de Segovia, los han hecho a escote.

Y esto ocurre así en todas las lenguas que acogieron el latín *commentari* y voces parientes: en todas ellas -las románicas y, por préstamo, el inglés-, esa familia mantiene clara su distancia con los sucesores de *computare*. Ahora, no en español, donde ya no se co-munican los ajeteos de la mente, es decir, lo que se ocurre, sino que se informa sobre lo que ocurre. En la lengua escrita, el fenómeno se documenta menos, y no cuenta con más de veinte años; aparece en contextos dudosos de Vázquez Figueroa o el mexicano Sergio Pitol (ambos de 1982), y claramente en García Hortelano, uno de cuyos personajes aseguraba de una mujer en 1987 que, "según me *ha comentado* el colega que me sustituyó, le dieron garrote no por bruja, sino por haber capado a la hoz al jefe político". En el habla oral, ese uso empezaba ya a empujar, y el recordado escritor ha representado, como solía, el triunfante caos de la calle.

El fenómeno de destrucción idiomática que produce tal neutralización de significados es habitual entre nosotros y, por supuesto, muy inquietante, aunque no estremece a nadie que tenga poder para incoar, al menos, el rescate del magín hispano: distinciones lingüísticas precisas para expresar matices se están esfumando, sumidas en una zafiedad mental pavorosa. Hay zonas del idioma convertidas en un potaje sin tonos, impuesto por personas y personajes con resonante voz pública, cuyos sesos pintan con brocha gorda los pensamientos, si nos permitimos llamarlos así.

Y como era de esperar, los bombardeos de Serbia han tenido efecto colateral en el vocerío público. En relatos y comentarios bélicos, se ha instaurado cuanta chapucería cabe. Se ha dicho por la radio, sin que nadie mueva un músculo, que *tropas militares* están a punto de ser desplegadas en Kosovo. Se marca así que las mesnadas de Solana tienen poco que ver con la de académicos de la Española, los cuales, tras asegurar su voto a Romanones para una vacante, eligieron a otro, lo cual inspiró al conde el famoso dicitario: "¡Joder qué tropa!" (muy útil como alivio de defraudados; debiera ser también caución de expectantes).

Poseo pruebas de que un gentío ingente pasa de estos "dardos". Así, hace

El rollo

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 06-06-1999

Es muy frágil el suelo de los enamorados, ya sean de larga duración o de usar y tirar. Idiomáticamente quiero decir: en él, nunca habían estado tan inseguros los modos de nombrarlos. Fue firme durante siglos el vocablo amante, tomado al latín en el siglo XV, directamente o mediando el italiano. Era la persona que amaba, normalmente el hombre; la mujer era la amada. El término no enjuiciaba la calidad del amor: iba desde el de baja y sustanciosa estofa hasta el místico. Por eso, los diccionarios antiguos detienen amante sólo como "quien ama". Pero la terca sospecha de que el manto de amante cobijaba algo más que ojeo y terneza, desambiguó el vocablo dejándolo corito. Dos siglos más tarde, con la valiosa ayuda del francés, idioma siempre golfo, se había consolidado en español para designar al hombre o a la mujer (rey y reina incluidos) que, de modo casi institucional, compartían persistente lecho, y techo a veces, fuera del matrimonio. La Academia tuvo que rendirse a la evidencia, y, en 1899, con el aval probable de algunos de sus miembros, reconoció amante como voz sinónima de querido, -a. Pero esta es otra historia y la misma.

Porque ¿no es lógico llamar también querido o querida a quien se quiere? Y así se dijo durante siglos, sin rijo necesario. Un personaje de Torres Naharro llamaba su querida a la virtuosa y alegórica Virginidad, en 1505. Cuando algún pastor de la Diana (1559), se creía en el edén gozando (sic) de su querida no es que anduviera esbozando un gañancillo: estaba cambiando impresiones con la zagala sobre la dulce belleza del valle. El gran Aldana, elogia en 1560 a una monjita "a quien Dios por su querida quiso". En cambio, el deslenguado Cide Hamete narra en 1605 cómo, yaciendo don Quijote en su fermentado lecho de la venta con el pensamiento abismado en Dulcinea, le cayó en los brazos Maritornes que, habiéndose concertado con un arriero en aquel camaranchón, iba "buscando a su querido".

Y de ese modo, esta voz y amante se hicieron gemelas en ambas orillas del idioma, con un distingo: las gentes bien comidas, era lo normal, podían tener amante y también querido o querida; los pobres, sólo esto último, aunque a mucha honra. Un peón amante de una planchadora hubiese

resultado exótico: eran queridos.

Ocurre, sin embargo, que las dos palabras viven pero jubiladas desde hace unos treinta años; se pueden decir que poseen amante un magnate o una dama de antigua sangre ambos maduros. Pero el término le está casi vedado, si no se quiere echar énfasis, a quien es joven o, sin serlo mucho, tiene un impuesto sobre la renta negativo o de risa. A veces, el vocablo enfatiza la maña en el amarre, y entonces sí, en un nivel culto se admite calificar a alguien de buen o buena amante, incluso al esposo o a la esposa que aportan al matrimonio tanto mérito.

Pero el trajín que se da ahora en el vaivén amoroso va cambiando de prisa estas y otras antiguallas, y manipulando tantos términos en el viejo arte del ligue, que bien podría darse un doblón por describirlos. Empezando por el rollo. Fue en su origen cualquier cosa cilíndrica o de forma tubular; rollo por excelencia era el tedioso atadizo de autos judiciales y, tal vez, mediando la abogacía, el vocablo se aplicó a lo que se desarrolla prolija y aburridamente: novela, conferencia, película, concierto, sermón, partido, corrida: todo. Por otras inducciones pudo producirse también ese significado de "cosa y hasta persona pelma". Así, daban la lata los soldados viejos que, en el XVII, andaban de despacho en despacho mendigando compensación a sus cicatrices y a las proezas que adveraba aquel rollo de documentos metidos en un tubo de lata. De ahí pudo venir también la equivalencia hoy perfecta de latazo y rollo.

Pero esta palabra significa también una doctrina, una creencia, una conspiración, una afición, cualquier cosa que cuente con adeptos o practicantes que están en ello. Lourdes Ortiz usó solventemente múltiples y vagas acepciones de rollo en su novela *Luz de la memoria* (1976), cuando aún eran meros vagidos o menores de edad. El vocablo, en esos contextos, carece de valor peyorativo, y, así, una persona puede tener buen o mal rollo según le funcione la química. Pueden tenerlo dos personas o grupos o lo que sea, según sea su entendimiento. El amor en sus variadas degustaciones tanto duraderas como de trámite, es también un rollo, de tal modo que si dos personas, mediando cariño, sexo o ambos imanes, empiezan el trato encamado se enrollan; y están enrolladas si lo continúan. Antes mantenían un lío o se liaban, que era, según el parecer áspero de la Academia, "enredarse con fin deshonesto dos personas; amancebarse". Y es que tener un enredo y enredarse, hoy también en retirada, sinónimos de tener un lío y liarse, están siendo expulsados del uso por el nuevo enrollarse.

Como he dicho, el rollo actual entre sexos es complicadísimo y de imposible descripción aquí. Los novios de antes ya no lo son claramente: esta situación equivale también a la de los queridos. Es anejo al oficio de indecentes famosos y famosas de televisión, archicasados por lo regular, que mantienen, truecan y negocian noviazgos infinitos. Muchos matrimonios de juzgado o de iglesia, talludos incluso, se refieren uno al otro como mi

chico o mi chica, pareciéndoles eso de esposo y esposa, marido y mujer demasiado formal y administrativo. Muy abundantemente, el hombre o mujer de cualquier edad llaman mi pareja a quien está enrollado con ellos, sea homo o sea heterosexual, con lo cual, a falta de datos complementarios, deja dudoso acerca de quién comparte su lecho. Tener una relación remite siempre al jadeo. Y los amadores muy tiernos, de aquellos que Góngora llamaba casquilucios, hablan a lo platense de mi pibito y mi pibita. Por cierto, ya apunta en la parla jovencísima que, para confesar la atracción irresistible que alguien ejerce, se dirá sin más aclaraciones que pone: ese tronco o esa jay me pone. Y basta. Casos todos ellos de reducción del lenguaje y, por tanto, de la mente. El ápice de tal merma era *tema*; se le suma *rollo*. Son voces que ahorran el esfuerzo de diferenciar; en *rollo*, con clara deliberación, sustituyendo una vieja hipocresía por otra. Gran signo de un tiempo en que tales suplantaciones son normales; quizá la menos dañina, sin dejar de ser hipócrita, es esta que acontece en el ámbito embrollado y placentero del amor.

Oratoria electoral

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 04-07-1999

En verdad parece justo y necesario proclamar que la democracia es la forma menos mala de gobernarse los pueblos. Y aún sería más proclamable si, para que marche, no fuera preciso atravesar cada poco una campaña electoral, esa dantesca "selva selvaggia e aspra e forte/ que nel pensier rinova la paura". Acabamos de salir de una espantosa. Olvidando que la retórica y su compañera la dialéctica nacieron en Grecia como fundamento de la democracia, el discurso político se ha hecho mayormente a coz y flato entre apretones de letrina, con la coartada infame de hablar "coloquialmente". Lo único bueno de ese recorrido -tantas manos estrechadas como si fueran manojos de rábanos, tanto beso sin carne, tanto claqué de muñeca sobre hombros desconocidos- es su desenlace, esa noche de escrutinio durante la cual sobreviene un derrame de felicidad en todos los partidos (o casi). El colofón compensa a la ciudadanía del hosco camino, con el civismo de candidatos y secretarios generales zurrados que se reprimen fingiendo un enorme alborozo. Gran lección cívica tras haber azuzado.

Hasta ese final, sin embargo, la selva verbal es áspera. El hablar bondadoso y bronquial de una candidata, por ejemplo, que afirma no ser *mediática*, aunque la acusan de serlo por hacerse notar tanto en transistores y pantallas. Era de temer: se fue indulgente con semejante adjetivo, la Academia le expidió pasaporte y ya anda por ahí campando dementemente: se puede ser *mediático*.

El vocablo empezó a viajar por el mundo hispano hacia 1993, diez años después de nacer en Francia, con su significado de origen: "concerniente a los medios o transmitido por ellos". Y su éxito fue vasto y basto: plataforma, revolución, imperio, universo..., todo podía ser mediático; pero no las personas. Había estrellas de las ondas: ¿quién no añora a la vibrante doña Pilar Rahola, que hace pocos años se le aparecía a uno apenas abría el transistor? Y en efecto, un periódico de Barcelona, en 1994, la llamaba figura *mediática*. Allí mismo un presentador de televisión era denominado *líder mediático*. Pero ellos no eran directamente mediáticos; nuestra candidata ha dado un paso más cuyo triunfo auguro: también se es

mediático por trabajar en los medios: "Vosotros los mediáticos..." ronqueaba afónica la susodicha dirigiéndose a sus entrevistadores. No hay duda de que este nombre gana en prestancia con el sinónimo esdrújulo: mediático o mediática impone más que periodista.

Hay una áspera palabra que, en la actual campaña, ha chocado mucho: desagregación. Felipe González la ha repetido y es, sin duda, un claro galicismo: se le ha reprochado, con probable razón, que no empleara *desintegración* (*disgregación* o, más precisa aún y medieval, destrucción). Y es que, en efecto, el ex presidente destila formación gala; una temporada tuvo en vilo a nuestra lengua con su cuota parte, *la quote-part* de nuestros vecinos: lo que corresponde a cada implicado en un reparto de pagos o percepciones. Lo de *desagregar* (y *desagregación*) -a la palabra sola aludo- es menos grave porque tiene salvoconducto: está en el diccionario desde 1899 con el significado de "separar, apartar una cosa de otra", que es, justo, eso que se intenta hacer dentro de España. Ocurre, sin embargo, que, siendo ya tan añejo el vocablo, no ha dejado huella escrita que yo alcance antes de 1980; Francisco Fernández Ordóñez, en su libro *La España necesaria*, habló de *desagregación* social y de partidos; Fernando Arrabal la usaba en 1982 y, desde por entonces, salpica textos de aquí y de América, incluidos, hace varios años, los del propio líder socialista; pero no llamaba la atención.

Otra consagración electoral: los pares ciudadanos y ciudadanas, *compañeros* y *compañeras*, *extremeños* y *extremeñas* repicaron en esas semanas con monotonía de cigarra canicular. Un ánimo reivindicativo mueve a muchos y, sobre todo, a muchas a arrebatar al masculino gramatical la posibilidad, común a tantas lenguas, de que, en los seres sexuados, funcione despreocupado del sexo, y designe conjunta o indiferentemente al varón y a la mujer, al macho y a la hembra. ¿Preguntarán a alguien si tiene *hijos* o preferirán *hijo/s* o/e *hija/s*? Pero esto requeriría discusiones -las ha promovido ya- donde es imprudente entrar. Y está bien, incluso muy bien, que se empiece un mitin con invocaciones tan terminantes como las señaladas: confieren dignidad, solemnidad, respeto al auditorio. No sólo mítines: existen otras ocasiones que lo requieren o aconsejan. Pero una observancia continua y cartujana de tales copulaciones causa ralentización del discurso y tedio mecánico: el femenino se espera como un tac tras el tic del masculino, o al revés, y cansa; persona que inspira tanto respeto como es doña Rosa Aguilar parecía hacer caricatura del sistema con su escrupulosa minuciosidad en el apareo. Puede jurarse que Miguel Hernández no excluía a las vareadoras cuando invocaba a los *aceituneros altivos* de Jaén. ¿Con rigor de arenga o de entrevista debería haber escrito *aceituneros altivos* y *aceituneras altivas*, o al revés como exige el orden ortográfico? Es difícil concebir nada más concejil e iliterario. Por último, el hablar de algunos políticos -no irrelevantes- ha confirmado en esas jornadas tribunicias la vieja retórica llamada anáfora como marca personal. Consiste, se sabe bien, en repetir algo al principio de enunciados sucesivos: "*No venimos a pedir el voto sólo para conseguir escaños; no venimos a pedir el voto sólo para gobernar; no venimos a*

pediros el voto *para* amparar con él nuestros intereses personales. Venimos a *pediros* el voto para servir a la sociedad, venimos a *pediros* el voto para hacer más clara y transparente la política española, para limpiarla de podredumbre". Práctica de oratoria pobre, subterfugio para vestir peponas desangeladas.

¿Eficaz? Sin duda. El auditorio, mecido por el valseo, se dispone al voto igual que el toro bien trasteado al estoque. Hay otro recurso igualmente fértil para los susodichos mareantes; es el contrario, la catáfora, con la cual se infla de repeticiones al final de las cláusulas: "Nadie podrá poner en peligro *nuestra libertad*, ni amenazar nuestra libertad, y aún menos arrebatarnos *nuestra libertad*". Ahora el vaivén es terminal, corajudo, eyaculante, y algo como una centella recorre las vértebras correligionarias provocando delirio: ¿quién osaría birlarnos la libertad? Son recursos de larga tradición retórica, pero hoy quedan como muy antiguos, y añaden trazos indeseables al encefalograma.

Telefonía sin tildes

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 29-08-1999

Sin duda es muy loable la misión de acarrear palabras vivas, llevarlas de acá para allá, adonde y a quien se quiere, trajín que es propio de la telefonía. Además de loable, resulta pingüe para quienes se aplican a él. Y pues medran con el lenguaje, parece que nada debería resultarles más respetable; sin embargo, no muestran mucho miramiento con el que usan. Ahí tenemos a nuestra vieja compañía, hoy abreviada de nombre, casi en tanga, exhibiéndose en letreros por aquí y toda la América hispana como Telefonica, así, monda de tilde. Ni el baturro más hostil al esdrújulo se hubiera prestado a tanta demasía, pero sí los instruidos responsables de imagen que han aprobado el diseño. Lo han tramado quizá publicitarios foráneos a quienes la lengua española importa un pepión: ¿hubieran propuesto a una empresa francesa que se presentara como Telephonique, sin sus dos acentos, o que grandes carteles anunciaran el Theatre Chatelet? Caso de hacerlo, ¿no habrían quedado para septiembre? Si para colmo eran franceses, Dios sabe qué expiación les hubiera vedado vivir de anunciar. Pues aquí no: su diseño gustó cuanto cabe a quienes decidían, juzgando irrelevante verter un poco más de escombros sobre este solar compartido que es la lengua española. Si surgió alguna aprensión ante la falta de virgulilla, quedó conjurada por el cayado con que han prolongado la efe para dejarlo caer sobre la o siguiente. Pensaron sin duda que los entendidos lo harían valer por tilde, y los otros, aire; o puerta, que es lo moderno.

Pues no: el acento gráfico pertenece a nuestro sistema de escritura igual que las letras; significa también o ayuda a significar: valido no equivale a válido, y périto califica culturalmente de suburbial. Nadie niega a la publicidad la licencia profesional de extrañar: atrae chocando. Pero carece de esa venia la simple rotulación, como aquí es el caso: nuestra lengua no puede ser tenida tan en poco. El diseñador debía haber encajado el acento con claridad en su letrero volando hacia la o como una saetilla, y no dejándose caer como estalactita o moco. A la empresa le ha complacido la ablación, y es cierto que, así, la palabra queda más yanqui; ¡lástima que la Academia acordara suprimir ph en 1803! No se previó la futura imagen visual de Telephonica.

Pero ¿quién tiene autoridad para evitar estas higas al lenguaje? Si no lo hace el Estado (Poncio Pilatos en esto de las lenguas), tampoco puede exigirse a las compañías privadas o semi. Y él mismo y las potestades varias que se reparten su poder ejercen de violadores con toda indemnidad. Me gustaría saber de un túnel que tenga en su boca el cartel de gálibo, con la tilde donde debe. Sin salir de la autovía, resulta raro el nombre de una población que, necesítandolo, aparece con ese trazo: ¿por qué razón se anuncia Ávila y a doce metros Avila y luego Ávila y poco después Avila? Y si se entra en las ciudades, verbigracia en Madrid, por la calle de Alcalá, donde las floristas, empieza uno a toparse con un caos acentual sobre puertas oficiales que han dado entrada y salida a innumerables potestades, todas desganas en materia ortográfica.

Esta telefonía sin esa tilde (tiene otras) ha recibido considerable apoyo en su lucha contra el lenguaje común al irrumpir en el mercado otra empresa del gremio, y avisarlo en los medios de comunicación. La radio emite un anuncio que abrirá época, estoy seguro, en la historia de la publicidad, superando a aquel spot del matrimonio que se reía de cuando sólo podía beber agua: ahora pimpla gaseosa. Ese anuncio auguraba la era de la publicidad emética, que ha triunfado al fin con la invención de esta firma. Quiere azuzar aún más el desenfreno del telefonino (¿por qué no esta solución italiana en vez de móvil?), y, para ello, una voz sombría comunica por la radio: "Se derriten los helados en las manos, las parejas ya no se besan, las paellas quedan intactas sin que nadie se digne a probarlas...": tal catástrofe ocurre porque todo el mundo está llamando a sus parejas, parientes y conocidos preguntándoles hola, qué haces. ¿Verdad que ha de atraer muchos abonados esa visión de la gente con las manos chorreando praliné derretido, a los enamorados desamarrándose obligados por otra pasión mayor; y lo que aún causa más pasmo: la gente haciendo ascos a las paellas, con su rico pollo y sus gambas: todos lanzados como leones al loro portátil para inquirir qué está haciendo el contactado. Dando pompa a la cutrez, está ese dignarse a probarlas, con su a excedente, que pone rotundo marchamo analfabeto a esta presentación de la empresa.

En el haber del artefacto hay que contar, eso sí, su ventajoso empleo profesional en radio y televisión, que tanto bien hace a nuestro idioma. Gracias a él, en agosto han podido ser oídos cuentos de comunicadores de corte y provincia narrando fichajes y partidos de fútbol a punta de telefonino. Así han dado un meneo al idioma que lo ha dejado más joven aunque algo más bobo. Se ha contado, por ejemplo -gracias, Túa-, cómo se ha pagado por un as una cifra salomónica: ¿no es acertado ese adjetivo, siendo tan famosas las minas del gran rey de Israel? A otro corresponsal se le felicita desde Madrid por su prolija información, que ha durado minuto y medio, sobre un jugador enojado con su míster. No cabe mayor innovación que la de hacer elogioso el adjetivo prolijo. A la noche siguiente, el enfurruñado ya no lo está, lo cual, afirma el locutor de turno, nos congratula. Decir, como antes se hacía, que nos congratulamos (de ello) queda, no sé, como muy pleistoceno. Me repito: "Las paces de esos

futboleros me congratulan", y siento que me he quitado veinte años de encima.

A lo que no he podido llegar aún es al alante universal de los contadores de partidos de fútbol y carreras: "Sólo hay un jugador alante", "va por alante un grupeto (¡así dicen!) de tres unidades" (o sea, corredores). Armándome de valor, probé este verano a usar el adverbio en el ascensor de un hotel, al advertir a un conocido magistrado que estaba impidiendo con su cuerpo el cierre de las puertas: "Entre usted, señor juez, pasé usted más alante", le dije. Y me lanzó una mirada inolvidable.

Pero el saldo es favorable al telefonino y a sus usuarios deportivos, y las empresas que lo propagan merecen hurras. El bártulo es muy práctico; multiplica hasta el infinito el poder audiovisual para alegrarle las pajarillas a la lengua española. Y como esto es bastante serio, no conviene echar los acentillos de unos a la mar, ni las paellas de otros a la basura.

Escritura electrónica

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 03-10-1999

El estudio adultera a muchos tontos su memez ingénita. Abundan los bobos cuyo desarrollo ha sido entorpecido por los libros, pero sin debilitarlo mucho. Algunos, incluso, tienen fama de doctos, aunque tarde o temprano, y a veces con frecuencia, asoman la patita. Eso no va a ocurrir en un futuro próximo, pues se está produciendo una regresión del lenguaje, la cual, lejos de enmascarar la necedad ingénita, va a potenciarla. Muy pronto tendremos tontos inalterados, puros, como de manantial. Y los habrá también reciclados, restituidos a su condición en cuanto se adapten a la posmodernidad, cuyo ariete es Internet. Figurarán entre ellos muchos que conversan con conocidos o desconocidos por pantalla, valiéndose de un lenguaje pretendidamente universal, escueto y económico, aunque, por ahora, muy simple. Así, si un internauta pregunta a otro por los datos de un compacto que ha oído -es genial, oye- con cuplés británicos cantados por un tal Rod y no los recuerda (este ignorante seguro que se refiere a Rod Stewart y a su celeberrimo Unplugged... and Seated), se despedirá tecleando: , que quiere decir "gracias por adelantado" (o sea las iniciales de Thanks in Advance). Habrá que aprender esto si se quiere gozar de las cálidas amistades cibernéticas con una mínima prestancia. Supongamos que el hablante avisa a su conectado o conectada que interrumpe hasta pronto la comunicación: le dirá, esto es "adiós por ahora" (Bye For Now). Y si es que el conectado o conectada lo ha obsequiado con un chiste desternillante, hará que su módem electrifique el siguiente mensaje; , literalmente "rodando por el suelo muerto de risa" (Rolling"on the Floor Laughing). Pero si no llega a tanto y se queda en la carcajada, pulsará (Laughing Out Loud), la cual, caso de que sea larga, podrá reiterarse como

, , esto es, traducido libremente, ¡ja, ja, ja! Por medio de la red entran a veces en contacto amistoso y, hasta íntimo, dos personas que ignoran sus sexos respectivos. La mujer confesará que lo es tecleando :>, y el varón declarará así su varonía :- . Resulta sucinto pero sugiere en exceso.

No creamos, sin embargo, que los interlocutores están obligados a comunicarse fríamente, bien al contrario: manifiestan muy bien su estado

de ánimo. Así (: (expresa que están supertristes; y si, al contrario, revientan de alegría, especificarán que :-). Este lenguaje que se está pariendo y sólo muestra el cogote, ya anuncia su amenaza contra la escritura normal. De momento, no puede sustituirla del todo, porque le faltan expresiones. Es inservible aún, por ejemplo, para muchos guionistas de cine y televisión, pues carece de esos insultos que dan viveza y naturalidad a los diálogos, con los cuales los personajes se clasifican recíprocamente como bucos, rameras, hijos de éstas o gays en aumentativo. Y, por ahora, no los surte de interjecciones usadas por todo el mundo, incluidos niños, niñas y adolescentes, como joder y coño, soportes naturales del coloquio. Pero, cuando el lenguaje de Internet se provea de estos signos y de tres o cuatro expresiones más, desplazará con ventaja al esperanto, y valdrá para escribir en cualquier lengua.

Por lo pronto, son ya muchos los hispanohablantes que, inventando o importando, trabajan para convertir la nuestra en lengua espectral. Para ello, comprimen muchos elementos, preparándolos para su ulterior reducción a comas, puntos, paréntesis y demás signos del ordenado. Por ejemplo, el verbo consumir, que, como intransitivo, sólo significaba "gastar" ("Este coche consume mucho") y, con más unción, "tomar el sacerdote la comunión en la misa", hoy nombra ahorrativamente la acción de drogarse.

Estas operaciones reductoras exigen muchas veces el paso previo de arrebatarse la transitividad a verbos que la poseen: es el caso anterior. O privarlo de cualquier acompañamiento, según ocurre con salirse (de la carretera, de madre, del partido, etcétera), que le ha sido amputado para que él solito elogie de modo supremo. Si Fulano o Fulana están que se salen, es que no los alcanza un galgo en elegancia, en belleza, en energía, en rumbo... Durante el último "tour" galo, sus píndaros radiofónicos repitieron hasta enronquecer que el ciclista Armstrong se salía. Y no de la carretera: es que le sobran fuerzas para desmadejar a los demás. Bien mirado, esto exalta con más educación que intratable, el adjetivo anglosajón al uso, tan poco apropiado para el valeroso velocipedista. Además, salirse puede decirse a propósito de todo y de todos, no sólo de los deportistas; se ha conseguido una ventajosa mengua verbal. Será preciso reducir cuanto se pueda si se quiere meter al idioma en cintura telefónica. ¿Habría vocablo más mental que entender? "No entiendo esta palabra", "Se le entiende bien lo que dice", "Entiende mucho de música", "En el caso entiende el juez X", y varios usos más; en todos acompaña al verbo la explicación de qué entiende con la cabeza el que entiende. Pero hace algunos años, ese complemento necesario fue cercenado y, exento, entró en otra jurisdicción: hoy significa "ser homosexual". La televisión de madrugada anuncia "chicos que entienden", es decir, expertos en apagar incendios por tal demarcación. Los profesores que pregunten a sus alumnos si entienden, pueden ser perseguibles por acoso.

Curiosamente, entender también significa, según define el Diccionario, "penetrar": ¡"Cuánto penetra, para lo joven que es!", se dice de alguien encareciendo su agudeza. Desde hace mucho -pero con extraña ausencia del infolio-, el vocablo ha cargado, y bien estrechamente, con otro sentido no sólo gramaticalmente transitivo: el de "entrar armado el varón en cavernas rendidas o no". Obsérvense las vueltas que he dado -es fácil hallar muchas más- para decir aquello que significa penetrar (y que casi dice la palabra misma).

¿Hará falta decir que casi todas estas síntesis proceden de laboratorios cosméticos galos? Hace cuatro siglos, se inventó allí también el verbo sodomiser, exportado pronto a toda Europa; España ha tardado en adoptar el invento, postergado por la expresión castiza, más larga, basta e indecorosa. Ahora sólo falta incorporar tal verbo al léxico oficial. El francés - hoy ayudada por el inglés- es lengua pionera en esto de fabricar píldoras lingüísticas, ingeniosas y útiles muchas veces, pero sobre todo, maravillosamente aptas para su electrocución.

Calcinar

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 07-11-1999

Me cuento entre los peores televidentes del país, pero no tanto que llegue al ayuno y, menos aún, a la abstinencia de carne. Zapeo, veo y, normalmente, vuelvo al zapeo. Sin embargo, el lenguaje que sale del aparato me retiene bastante. Lo que se ve es fuerte, esos concursos talentosos donde se remunera con diez mil duros por saber qué río baña Miranda de Ebro; o esas impresionantes controversias sobre "famosos" que se entrecuestan por hastío y lucro; o con padres llorando de gozo cuando su criaturita se contonea y desgañita, la pobre, imitando a alguna cantante españolísima; o, aún más "humano" -así dicen-, las cuitas de quienes exhiben su intimidad. Están, como perfección última, las series indígenas, habladas pavorosamente por abundantes actores. Pues bien, aun siendo casi todo perfectamente harapiento, lo es aún más el lenguaje revolucionario que emplean las TV (superadas tal vez por las radios). Así, un noticiario que, al menos ese, debería pasar por filtros más rigurosos, ha contado que los desventurados supervivientes de una patera marroquí, tras saltar a tierra, "se *mimetizaron* entre la vegetación próxima", esto es, adquirieron el aspecto de la fronda circundante; pero no: sólo se quería significar que tomaron el olivo. Pues digámoslo así con mayor cultura y modernidad: el ladrón me ha arrancado el reloj y se ha *mimetizado*; al igual que se *mimetiza* ese banderillero cuya tirante y oronda taleguilla ha irritado al toro.

No pasa día sin que oficiales y privadas peguen quince o veinte arreones parecidos al idioma. Los dan en casi todos los programas, y son más de sentir, por su naturaleza, en los noticiarios que, a la hora de comer o cenar, se ensañan mostrando cadáveres escarnecidos, manchas de sangre o sesos, llagas con moscas y vísceras frescas. Momentos hay, sin embargo, en que se rinde culto al chisme brillante y a los fastos de la vida social; ¿cómo olvidar a este apuesto actor yanqui con quien tantas mujeres aspirarían a un vis a vis, a pesar de que hoy festeja su sesenta *onomástica*? Así pues, a pesar del soberbio aspecto que exhibe, sus huesos ya han sido baqueteados por muchos Saint Charles. Y hoy, que es Saint Charles, soplará en la tarta la vela sexagésima. Obviamente, el redactor de esa interesante noticia confunde los cumpleaños con los santos.

Turbación semejante obnubiló el habla del locutor que traducía a palabras los trotes que veíamos en el reciente partido Madrid-Barcelona: "Es el último derbi del milenio", decía encareciendo la trascendencia de aquel vivo vaivén del balón. "¡El último del milenio!", volvía a repetir insistentemente, por si alguien se había adormecido. ¿Era verdad? ¿Qué catástrofe impedirá que vuelvan a chocar esos equipos el año 2000, en que efectivamente acaba el milenio? Si esto no fuera así, el actual constaría de 999 años: serían mil años mal contados. ¡Cuántos píndaros de estos precisarían a su lado un maese Pedro que les enfriara el énfasis! Con lo cual, no cabe ignorarlo, irían al paro.

Por eso, se defienden hablando la jerga profesional que, en el fútbol, empezó utilizando *chut* o *chutazo*, *tiro*, *disparo*, *cañonazo* y otros sinónimos así de sencillos: con el *chut* nos metía un gol el inglés, pero las otras metáforas volvían a introducirnos en tierra propia: simples tropos, diría un lacónico. Sin embargo, en la busca del clímax impetuoso a que se entregan los locutores de audiovisuales, el *zapatazo* se les está comiendo el terreno; y aquí no hay metáfora, sino invasión. Ya hay mucha fantasía en llamar *zapato* a ese calzado de los futbolistas, que, en portugués tiene el nombre cautivador de *chuteiras* y que, en español, tuvo y aún conserva el genérico nombre de *botas* (*borceguíes* dicen algunos, más precisos que breves). Pero a nadie se le ocurrió llamar *botazo* al *chut*; el zapato, sin embargo, goza del privilegio aumentativo. En efecto, el *zapatazo* es el golpe dado con el zapato (inevitable Jruschov), y, a veces, el puntapié: "Echar, tratar, llamar a una puerta a *zapatazos*". Nada parece oponerse, pues, a que esta delicadeza entre en el recinto sacro del balompedismo, ya que el *chut* se da con esa punta. Pero hay algo que choca sin duda a los bien amigados con su idioma. Y es que el *zapatazo* se da con enfado o ira para maltratar a una persona o cosa, lo cual no ocurre en este juego; porque el futbolista no quiere reventar el balón ni dejarlo en cueros muertos. Por el contrario, pone su anhelo en convertir la bola en vivísimo obús: no ha deseado descalabrarla, sino persuadirla razonablemente, amorosamente a veces, de que vaya a la red. Aquí el *zapatazo* lo recibe el idioma.

A diario pueden oírse docenas de errores, como el de la *onomástica*, o el que cometió un hermoso busto cuando, la pasada semana, en un programa "cultural", llamó *Sadé* al obsceno marqués: son fallos personales que quedan en eso, y, por tanto, de escaso efecto sobre la lengua común; todos nos equivocamos (la frondosidad de dislates entre quienes hablan en público es lo preocupante). Pero hay ignorancias y haraganerías peligrosas especialmente, las que se contagian a otros, y además achican el idioma.

He aquí un caso notable de común empequeñecimiento. *Calcinar* es una vieja palabra que la Academia definía en 1729 como "reducir a polvo los metales u otros materiales sólidos por medio del fuego". La definición sufrió varios cambios poco sustanciales hasta la última, que reza: "Reducir a cal

viva los minerales calcáreos...", y "Someter al calor los minerales de cualquier clase para que de ellos se desprendan las sustancias volátiles". En la lengua española sólo se *calcinan*, pues, los minerales. Sin embargo, la TV muestra a diario piltrafas humanas renegridas, diciendo que están calcinadas. Y es que el francés, aunque cuenta con *charbonner*, "reducir a carbón", emplea *calciner* para significar "reducir a carbón o a cenizas". A pesar de que la cal es blanca, los cadáveres achicharrados y las ciudades bien chamuscadas están, según nuestros medios, *calcinados*. Otra palabra, *carbonizar*, carbonizada.

Igual que *cómputo*, voz tan apta para noches electorales como la reciente. Los votos se cuentan, y esa acción consiste en *computar*. No oí cuanto se dijo esa noche, pero sí casi: ni una sola vez sonaron en las largas y engañosas informaciones esas dos palabras tan evidentes: "Se están computando los últimos votos" o "El cómputo acabará pronto": siempre el tozudo *recontar*, que, aunque sea legítimo, resulta tan pelmazo como la espera.

Espíritu de geometría

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 05-12-1999

¿Podríamos hablar sin la geometría? Se nos cuela por todas las costuras del idioma, sin casi darnos cuenta. Inevitablemente, los políticos y los medios de comunicación, aliados en la locuela (que parece diminutivo de loca, pero es sólo pariente de locución). Apenas a los chicos vascos o equivalentes les da por travesear algo, salen con eso de que "va en aumento la espiral de la violencia". Nunca es una recta pujante o un zigzag que, a sacudidas, trepa como la fiebre de un colérico: es una espiral, sin excepción imaginable. Se trata de una metáfora perfectamente válida, idiomáticamente bella, esta de la violencia vista como un tornado que se empina vertiginoso hacia arriba girando alrededor de un punto. Lástima que no sea invención nuestra: hace mucho que la conoce el inglés. Y lo malo que tiene es la asiduidad en los medios, proclives a las frases hechas, tanto de la violencia como de su dichosa espiral; cuesta reconocer talento en quienes se mueven por el papel o las ondas agarrados a tales lianas. Bastaría decir que aumenta o crece la violencia, pero ese aumento, dicho así, parece sin alma, y, sobre todo, es ajeno al dialecto que muchos comunicadores emplean para dirigirse al público. Pascal afirmaba de los geómetras -él lo era, y genial- que "son rudos e insoportables", y escaseaban los que, además, poseían "esprit de finesse". Gran razón la de tan enérgicos adjetivos si se aplican a los repetidores de la metáfora espiralina, cuyo forjador la creó con un golpe de ingenio sin sospechar que estaba fabricando una muleta para que cientos de informadores renqueen con ella por la prosa.

La aportación de tropos geométricos al caudal de las lenguas ha sido desde antiguo muy considerable: la nuestra, en el lenguaje del amor cuenta, por ejemplo, con el triángulo; los narradores eróticos de principios de este siglo - en donde, pese al estruendo del milenio, vamos a permanecer aún todo el año 2000- llamaban horizontales a las damas de cama fácil. Hay gentes que todo lo ven bajo un prisma; Galdós los llamaba prismáticos. Por los años cincuenta, señoritos y señoritas mutuamente condignos fumaban cilindrones mientras castigaban la pepsi con gin, y se dedicaban a tumbar la aguja de sus lentos bólidos por la carretera. El mundo social ha entrado a saco en el sacro recinto de Euclides; contamos con círculos de labradores, de bellas

letras, aristocráticos, de fumadores: la tira. Existen las altas esferas, los sectores afectados, los polígonos de desarrollo y las curvas de crecimiento. En las demandas salariales, se piden a lo yanqui aumentos lineales para todos; por lo contrario, el también yanqui puntual es lo que afecta sólo a algo concreto; se habla de la pirámide de edades; se ven las cosas desde un determinado ángulo; el Congreso se deja de asuntos centrales -la formación humanística, por ejemplo- y se sale por la tangente. Un juez -salvo excepciones- es recto, y su trayectoria, por tanto, rectilínea; pero hay ocasiones en que se pasa de la raya (¡qué cruz!). Pero no por eso deja la Tierra de girar alrededor de su eje y del Pentágono, cuyo radio de acción ya está llegando a Marte.

Frente a la espiral, la recta; mientras aquélla se vuelve y revuelve sin saber hasta dónde, la recta lleva como una sombra el adjetivo final. Cuando falta ya poco para que algo acabe (el curso, un partido de fútbol, un proceso...), dicen de ese algo que ha entrado en su recta final. Se trata de otra estampación lingüística de percalina. Con esa plantilla, desaparecen cien variaciones posibles para decir lo mismo, pero la jerga profesional político-mediática, esa santa alianza, impone el bordoncillo hasta producir bascas. ¿Y si el final termina en curva? Lo normal es que sean rectilíneos los metros últimos que han de recorrer compitiendo los semovientes de sangre o de hidrocarburo. Pero, por ejemplo, el remate de un curso escolar suele estar lleno de sobresalto, y alumnos hay que lo recorren por sinusoides: ni locos dirán que el curso está en su recta final, cuando muchos han de seguir corriendo durante el verano. Otro topicazo geométrico de los que manan a cada momento por altavoces caseros y columnas de papel.

Nuestros indefectibles amigos los cronistas del deporte han lanzado no hace mucho otro en verdad útil: cuando, por ejemplo, un chava de quince años muestra habilidad sobresaliente con el esférico en sus pies, se asegura de él que tiene gran talento y una inmensa proyección. No es que su sombra se alargue por el campo, sino que lleva un carretón: podrá integrarse pronto en esos conjuntos de millonarios que, miércoles tras sábados y domingos, cambian el pantalón largo por el corto, y encienden pasiones por los estadios. Sus bardos -son muchos- prefieren proyección a "futuro" o "porvenir" porque, claro es, tal nombre está más cerca del inglés projection.

Y dentro de ese gremio y de ese espíritu de rudeza -según el diagnóstico de Pascal- figuran entre los geómetras de esparto unos cuantos preciosos ridículos que, cuando un jugador cae, pierde la verticalidad, a no ser que, después de haber sido empujado y trompicado, se quede en pie: entonces no ha perdido la verticalidad. Ni Paravicino en plena hoguera barroca hubiera segregado joya semejante.

Pero hay otra grey, la que envía publicidad por fax -¿para cuándo una ley que, como en otras partes, la prohíba?-, que no conviene perder de vista por lo innovadora. Me faxea una empresa dedicada a adaptar "las nuevas

herramientas de marketing al segmento de jóvenes". Hace tiempo que no presenciaba tantas cornadas juntas a la lengua española. Los adolescentes son para tal empresa teens, como en Texas; suman nueve millones y medio, según su cómputo, y constituyen "el target más potente en cuanto a números [sic] y poder de compra". Son ellos quienes definen lo que es cool y lo que es out; de ahí la necesidad de un marketing directo, one-to-one y de cross promotions con tan apetitosos compradores, puesto que, hablando a lo geométrico, constituyen un segmento muy gordo de la población.

Día tras día se informa de cómo, por costas canarias o andaluzas, han sido aprehendidos unos cuantos desventurados a quienes el hambre ha lanzado al mar. Pero, sin necesidad de patera, van penetrando en el lenguaje público mensajes que corroen nuestro idioma, es decir, nuestro ser. Nadie reacciona; Francia hizo un intento de poner frontera al suyo, y algo ha conseguido. Sería un espectáculo interesante ver a nuestros diputados discutiendo un proyecto de ley similar, aunque fuera más tímido.

Entrando en año

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 02-01-2000

Hoy es día histórico (así se dice) en mi vida: éste es mi primer artículo del año 2000. Impresiona ese cambio en las unidades de millar; muchos de mi edad, y, con motivo mayor los de más, tenemos que agradecer a los impacientes trucadores (no simples trocadores) de fechas que, regalándonos un año de vida, hayamos podido hacer pie en el siglo XXI; y no podrá decirse que sin comerlo ni beberlo, con Nochevieja por medio. Confieso la congoja que me acometía ante la posibilidad de haber sido sólo "un señor del siglo pasado", pero la amputación que han infligido al XX (y al milenio, por tanto) me libra, y a otros como a mí, de ser unos simples finiseculares; cerrando los ojos a los cómputos, henos aquí viviendo en "el cruce de las dos centurias"; lo cual es otra categoría. Y aprovecho esta sublime ocasión para responder a una amiga que me pregunta en un "christmas" por qué la Academia se desentiende del vocablo rumorología. ¡Es tan linda me dice!, con la persuasión porteña que rezuma su carta. Además, la recogen bastantes diccionarios. Le aseguro que no sé por qué falta en las columnas del sacro aposento, aunque, si persiste tanto, entrará. Lo cual no impide que me parezca -y no sólo a mí- una gema en el tesoro de cutrez culta que está acumulando nuestro idioma. Es muy reciente, tal vez no muy anterior al año 80 de este siglo (al XX me refiero), y sirve para ennoblecer a punta de sufijo el salteador anónimo que, muchas veces navaja en mano, colma el apetito de ajenas sorpresas, tan grato a todos, mejores cuanto más estrepitosas. Del formante -logía dice el diccionario que aporta el significado de "tratado", "estudio" o "ciencia", y, en efecto hay que escarbar poco en el idioma para comprobarlo. Cuando se tenía con el idioma otra amistad y otro aquel, se inventó para decir lo mismo chismografía; empezó siendo, como lo fue rumorología, una voz burlesca para designar la marea de chismes que empapa a la sociedad en un momento dado, pero no era tan petulante. Al nombre rumor -aunque menos afrentoso que chisme, es cierto-, se le ha puesto el rabo prestigioso de nombres de ciencias y saberes, para que nazca el pipiolo y medre y arrumbe a la vieja chismografía. Pero nada ocurre sin causa, y ésta puede deberse al moderno arraigo -en España al menos- de profesionales del rumor que ejercen tal oficio en los medios: el nombre rumorólogo luce la misma trasera que sexólogo, parasitólogo o entomólogo,

y, muchas veces, se aplican al mismo objeto. Tan fértil hallazgo abre grandes horizontes genesiacos a -logía y -logo: gracias a ellos, podrán fundarse nuevos vocablos imprescindibles, madridólogo o barsólogo, por ejemplo, para especialista en ambas futbolologías.

Tal vez no fuera muy desenfocado interpretar rumorología como un oximoron o paradójica reunión de contrarios. Es una pareja de hecho formada por antagónicos, o casi. Y nada hay más bellamente retórico (un silencio elocuente), gracioso (unos finos insultos) y hasta místico (que muero porque no muero). En cualquier caso, se trata de un fenómeno normal, y en crecida imparable.

Son muy notables, verbigracia, los pregonados tirones alcistas de la Bolsa en diciembre, después de haber andado de capa mustia durante meses, y de tener a mucha gente en un ay. Pero al final del otoño vinieron las lluvias, y al misterioso juego de los valores se le puso buena cara, según decían, aunque bastantes continuaron demacrados. Y es que la ascensión pingüe, aunque cosa de pocos, elevaba el promedio de las cotizaciones, y esto parece ser lo que se cuenta. Como dijeron, y no sólo una vez, por la radio es que la subida se producía por culpa de Telefonica (pronúnciese telefónica) y empresas así. "Felix culpa", como dijo san Agustín con un celebrado oximoron. Pero no creo de menor agudeza éste de algunos glosadores de la economía: hacen culpables a las compañías en alza de algo tan risueño como ha sido el despertar del sopor dinerario; a cambio, pudieron vencer el insomnio tantos conciudadanos a quienes esa situación ocupaba y preocupaba (por decirlo con esta boba muletilla hoy trotona).

Es singular el prestigio que rodea a la figura retórica agustiniana. Así, sigue sonando alguna vez lo de sufrir mejoras por experimentarlas. Es verdad que las mejoras hacen sufrir a veces (asfaltados, obras de aparcamiento, depilación de piernas, etcétera), pero eso es otra cosa. Sin embargo, este oximoron no abunda tanto como otro que alancea de cutio ojos y oídos. Es el de conseguir varias derrotas seguidas, cosa que, según comentaristas, hicieron los grandes titanes del balón hasta hace poco (¿o aún?). Pero en el significado de ese verbo, como en el de lograr, entran como fundamentales las notas de "pretender", "con deliberación" y hasta "con esfuerzo". Sin embargo, no rechazo ese uso con decisión: pudiera ocurrir que, en conseguir derrotas no hubiera asociación paradójica. Porque ¿y si el amor que proclaman a su camiseta esos jóvenes potentados les impidiera someterlas al sudor, plebeya secreción del esfuerzo, temiendo que empape unas prendas tan amadas -por contrato- y gloriosas. Se resisten a convertir su once en una gañanía montada en Ferrari: también se deben a la marca. Y ese propósito recto los vuelve incomprendidos para el vulgo de las gradas, a quien gusta, y es gusto zafio, ver las axilas de los muchachos rezumando. Pero se ve que muchos zagales cresos no están por esa labor, y prefieren conseguir derrotas, irritantes para la plebe, pero sin oximoron.

En cambio, escarceando por entre la broza de los estadios, lo hallamos en la abyecta afirmación de que tal futbolista metió un gol de bandera con su magnífico oportunismo. Constituye plaga este disparate que remite, ciertamente, a oportunidad, la cual consiste, según el diccionario, en aprovechar al máximo las circunstancias para obtener el mayor beneficio. Lo cual hacen algunos jugadores príncipes. Pero es que el riguroso mamotreto exige algo más para ser oportunista: se precisa que ejecute su acción sin "tener en cuenta principios ni convicciones". Al elogiar el oportunismo de un jugador -tengo ante los ojos el dedicado hace pocos días a Helguera- se produce una asociación de contrarios (mérito-ratería), que ya no desconcierta a los cronistas de los verdes campos del domingo.

Tampoco es indigna de consideración la alianza extraña a que causó el peligroso temporalillo de nieve y frío con que empezó a asomarse el invierno: un gran diario anunciaba con destacado titular cómo se habían adoptado oportunas "medidas para sofocarlo".

Chuzos sin punta

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 06-02-2000

Hemos padecido -no sé si aún- la pedregada cósmica. En mi tierra zaragozana, llamamos pedregada a lo que el castellano nombra granizada, palabra, sin embargo, que no vale para esto de ahora; ni siquiera, aunque más enérgico, el nombre pedrisco, ya que, según el diccionario, es "el granizo grueso que cae de las nubes en abundancia y con gran violencia". Pero define granizo como agua congelada que cae en forma de granos, y lo que está cayendo más tiene que ver con los misiles que con los granos; según símil inmortal referido a otra cosa, o, mejor, persona, creo que por Pérez Creus, llamar grano a uno de esos macizos fríos sería como llamar colina al Himalaya o arroyo al Amazonas. Y menos, si como afirma el infolio, tales supuestos granos se desprendan de las nubes, porque es imposible que éstas críen en su cuerpo incorpóreo tan gigantescos tusos (como llamamos también por tierras del Ebro a las piedras adultas lanzadas con intención aviesa). Es muy peregrino que tales amenazas de descalabro se encierren tan estrictamente entre las aduanas hispanas (aunque parece que ya descargan sobre Italia; no es raro: están como nosotros). Indudablemente es plaga de castigo. Ni desechos aeronáuticos, ni esquirlas de cometa, ni orines angélicos: se nos está escarmentando. ¿Por qué? Pueden aventurarse hipótesis varias: nacionalismos anexados al estruendo preelectoral; baja calidad de nuestro fútbol, neerlandizado en extremo, por no decir neandertalizado; series televisivas domésticas... ¡tantas culpas! Y sin embargo, aun a riesgo de equivocarme, aventuraré otra suposición (evito por humildad llamarla hipótesis). Y es que, cada vez que por radio o televisión se emplea, por ejemplo, escuchar en vez de oír, el dios del idioma - ésta es prueba de su existencia-, chuzo que te cascás. Lo expongo con la incrédula pretensión de que se intente de una vez no confundir estos dos verbos, tan útiles, seguro de que, apenas se diferencien, cesará esta lapidación aterida. (Desconfío, sin embargo: un sujeto que se declaraba "nalfabeto", dijo anoche -cualquier noche- varias veces aquello de "Fina, ¿me escuchas?"; la neutralización de oír/ escuchar forma ya parte del "nalfabetismo" nacional).

No creo tan irritantes para el agresivo vengador de lo alto algunas

modernidades de la pomada idiomática. Con frecuencia he oído elogiar a tal o cual mujer hermosa diciendo que tiene un importante físico. Es un caso más del progreso, ya lo advertí años atrás, que hace en nuestro idioma ese adjetivo; y no sé por qué, de manera tonta, había asociado últimamente el físico importante a beldades femeninas del plató. Ahora se aplica al mozacón que, en cualquier deporte, opone corpulencia al avance de sus rivales. Y así como, referido a una bella, lo de físico importante me parecía sutil y gracioso y verdadero, cuando se dice de estos fornidos, lo encuentro un poco ridículo. Claro que, a lo mejor, desde el otro sexo se ven las cosas al revés. No creo, sin embargo, que esto atraiga piedras del olimpo unisex del lenguaje.

Considero, sin embargo, altamente provocativo para la deidad el salto de garrocha que da gran parte de la prensa sobre las normas de la acentuación u otras: se las pasa de un brinco ceñido. Un diario meridional, que me envía un lector y que elijo entre tantos, escribe en titulares: miércoles, Africa, exámen, jóven, ésto, un sólo voto, además de elije. (Y se adorna con una revolera: "El presidente Chaves va a coger una gripe de tanto bajarse los pantalones". Ahí queda eso). Aún hay adultos que ya no creen en los Reyes Magos, pero sí en que las mayúsculas no se acentúan. El arcángel guardián de las letras ya habrá dado parte: no extrañe, pues, si cae ante nuestras narices (más atrás, resultaría imposible quejarse) un cacho de iceberg celeste.

También puede provocar la ira empírea decir de algo averiado o parado -el ordenador, pongamos de un pupitre en el aeropuerto-, que está disfuncional, dando un barniz castellano al inglés dysfunctional. Y aún se aplica tal adjetivo en ese idioma para calificar cualquier avería del cuerpo; es casi seguro que algunos médicos nuestros ya fascinan a sus pacientes con el diagnóstico de que tiene los riñones disfuncionales; o cualquier otra cosa, rime o no rime con ellos. Esto debe de gustar poco en el aposento de los muertos bienhablados.

Y aún menos, el desparpajo del locutor deportivo que, ante el punterazo fallido de un jugador ante la portería contraria, exclama: "¡Qué lástima. Ha tenido el gol en sus manos!". O el del redactor de un noticiario radiado, en el cual se da cuenta de un hatajo de desalmados chinos que se dedicaba a la trata de blancas con mujeres traídas de su país. O el alucinante consejo que, por ese medio, se da a las mujeres encintas para que no fumen mientras ingestan.

Y aún sospecho más del pisto que se está guisando con las determinaciones del tiempo. Ya casi ni advierto cuando un/a locutor/a, corta el curso de su programa asegurando, para retener la audiencia, que "volvemos en un minuto". Quiere significar, mintiendo, que regresarán de la publicidad dentro de un minuto, pero no lo dicen mal adrede, sino de buena fe, con el candor que aporta al trabajo el qué más da.

Otra pujante tontada, impelida por altas instancia políticas, es decir, verbigracia, "a día de hoy, no hav ninguna novedad". ¿Por qué al día de hoy y no hasta hoy? Sin duda, así emparejan nuestra lengua con el prestigioso *aujourd'hui*, pero es sandez gemela de la anterior. Pueden decirse también en el día de hoy, por hoy, y en el día de ayer, por ayer: las bobaditas nunca son únicas. Y siguiendo con las precisiones de tiempo, otro lector me jura por escrito haber oído en una retransmisión de fútbol que "el partido está en sus primeros estertores". ¿Por qué han de ser siempre los últimos?, se habrá preguntado este reflexivo demóstenes.

Y ahora, jovencísimo, casi fetal, está el uso desaforado de momentáneamente. Es palabra larga y, por ello, atractiva. Y así, se dice por ejemplo que habiendo cesado tal jerarca, se hará cargo momentáneamente del puesto tal subjerarca. Con ello, los de hablar ultraligero quieren decir que éste va a sustituirlo de momento. Pero lo que están diciendo con momentáneamente, en paleoespañol al menos, es que el sustituto va a ocupar el sillón sólo un ratito; cuando puede que se quede con él. Esto puede acarrearlos teides de hielo. Ah, y Teruel existe: ánimo paisanos.

En repulsa

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 05-03-2000

Terminó febrero del modo que suele todo tiempo: medio trágico, medio carnavalero. Esta vez, con dos crímenes abyectos y, a renglón seguido, el principio de la campaña electoral. Un tanto ensordecido, es justo concederlo, por el preámbulo de dolor e indignación que los oradores pusieron a sus mítines de media noche; pero vino enseguida la ilusoria desfloración de una campaña que lleva meses trotando calles y esquinando. Ya es legal la gresca que soportamos desde hace tiempo: quienes se deslomaban de hecho pueden descostillarse de derecho durante seis días más, hasta el sábado, el shabat democrático, que añade a las 39 prohibiciones bíblicas, la de seguir inflamando a compañeros y a compañeras, y a camarados y a camaradas; la de continuar adoctrinando a ciudadanos y ciudadanas irresolutos/as; y la de obstinarse en exhumar votos de abstinentes, que no yacen en bolso sino en bolsa. Los acontecimientos referidos en primer lugar han congregado en todo el país a miles de iracundos reprimidos. Y los medios han dado justa cuenta de ello, pero diciendo sin reparar en gastos que las manifestaciones acontecían, acontecieron o iban a acontecer en repulsa de los crímenes de Vitoria. Infortunadamente, llevamos muchos muertos asegurando que eso se hace en repulsa de (o por). Es uno de los más vistosos granillos que le han florecido al acné juvenil del idioma. Con él, se ha hecho un violento achique de aquello que, hasta hace poco, decíamos los hispanos: en señal o testimonio de repulsa o como expresión o exteriorización de repulsa y cosas así, en que de repulsa complementaba a un nombre introducido por en; sin él, la frase carecía de significación; en este caso, el complemento puntualiza que las manifestaciones eran un signo de congoja y corajina juntas. Pero a alguien se le ocurrió la ágil pirueta de saltar por encima de aquel nombre necesario, y ahí tenemos, reiterado hasta el empalago, eso de las manifestaciones en repulsa.

Es brote reciente: el archivo académico lo registra en España a partir de 1997; pudo nacer antes, pero, en cualquier caso, es aún bebé. Y, como suele ocurrir, fue invención (y es uso) de gente a quien se retiró la lactancia idiomática antes de tiempo.

Algunas de estas construcciones viven, ciertamente, en el idioma ya desde antiguo, como complementos adjuntados al verbo y no a un nombre: "Le han regalado una stock option por su gracia y salero", donde podría haberse esperado que le regalaron tan pingüe cosa en (o como) reconocimiento de su galanura. Caben otras posibilidades (por gratitud a, como retribución a, como premio de o a, como muestra de entusiasmo por su sandunga), y cien más que a cualquiera se le ocurren.

Pero la ablación de estos nombres no sucede siempre: es imposible decir que "están doblando las campanas en duelo" (por en señal de duelo), o que "le mostró el puño cerrado con un dedo discrepante en desprecio" (cuando se quiere significar que le hizo tan mal gesto en prueba de desprecio), o que "le dio un par de zurras al árbitro en cariño", según reciente efusión de un futbolista.

Uno de tales casos imposibles era, hasta fecha reciente, en repulsa, probablemente calcado en España sobre en rechazo de o en repudio de, que, venidos de América, habitan entre nosotros hace unos diez años: "en rechazo del terrorismo", en vez de "como expresión de rechazo", por ejemplo.

¿Merece censura? Si contamos con posibilidades antiguas, como en agradecimiento + preposición en todo el territorio del idioma, ¿por qué no en repulsa por o de? Lo sorprendente es la velocidad con que se propagan las novedades, cómo saltan entre continentes y cerebros. Sólo el deseo de colgarse pendientes molones explica que muy pocos se pregunten si aquello lo decían ellos mismos hace poco. Prefieren la arruga bella y prêt-à-porter.

La manipulación de las preposiciones constituye hoy un deporte muy generalizado, con consecuencias sintácticas notables. ¿A quién no le ha ocurrido llamar a alguien importante por teléfono, y que le salga al paso su secretaria con un "Está reunido", en vez de en una reunión? El dicho y el hecho juntos causan hinchamiento de narices, por la certidumbre de que es infame subterfugio para no contestar a nadie ("¡Pero a nadie, sabes, Pepita, a nadie!"). La colerina es sólo comparable a la promovida por la ausencia de aquél que buscas en su oficina y "está desayunando"; mira uno el reloj, son las doce, y reniega de que existan gentes tan bohemias.

Aunque irrite, debe comprenderse, sin embargo, que algún obstáculo deben interponer algunas personas cuando están trabajando, para protegerse del asalto telefónico que corta a veces un discernimiento, saca de las casillas e inunda el cuerpo de adrenalina. Contestar que el solicitado no está, lo desprestigiaría porque debía estar. En cambio, el está reunido enriquece al demandado con un plus de importancia: los cualesquiera no se reúnen.

Lo oímos tanto ya, que no choca. Y, sin embargo, es un sinsentido

idiomático de buen tamaño, porque reunir significa 'juntar' o 'congregar', lo cual exige que lo reunido sea múltiple, en modo alguno único: "Se reunieron Aznar y Almunia"; siendo dos, no hubo prevaricación gramatical. Y si en ese momento los acecha el móvil de algún intruso, es seguro que en sus secretarías respectivas le contestarán: "No puede ponerse porque está reunido con su sastre, por ejemplo, o, más vagamente, en una reunión". Seguro que ambos líderes habrán prohibido está reunido: no puede esperarse menos de quienes, tras la victoria, se proponen mejorar el lenguaje del país, por si en ello le fuera algo a la democracia; que sí le va.

Progresarán de ese modo bastantes medios de comunicación; dejarán de decir, por ejemplo, que alguien "contrajo el hongo aspergillus en un hospital", como si los hongos fueran la gripe; que fracasó "la jornada huelgaria de ayer" en vez de huelguística; que "los alumnos tienen que consumir algunas actividades obligatorias", dicho sin referencia alguna a la clase de educación sexual... Nuestra BBC (bbc) nacional, narrando el entierro de dos policías y un bombero sórdidamente asesinados en Valencia, aseguró hace pocos días que "iniciaba el séquito el bombero, seguido de los dos guardias"; confundir séquito con cortejo, y afirmar que un muerto iniciaba una marcha, causa pavor. Además, lo iniciaba, cuando en realidad lo abría; y aun esto será falso: ¿nadie iba delante? Nuestros asesinados alaveses han tenido abundante compañía. Y descompañía.

El cine

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 02-04-2000

Confieso mi adicción sincera a los seriales de polis y gánsters americanos, con sus sobrios capitanes, normalmente tan negros como los/las jueces, sus agraciadas ayudantes del fiscal del distrito, y aquellos agentes, abnegados guardianes de la ley, deseosos del retiro para irse a pescar. Pero sin negar ningún mérito a la intriga, ni muchísimo menos, lo que me seduce de tales películas es el doblaje. Puesto que el ambiente no es cartujo, en ellos se habla mucho de dinero, de la pasta quiero decir, cuya unidad cómputo es el pavo. Me parece recordar -agradecería ayuda, porque tengo ya contaminada la parla- que, en mi juventud, la jerga marginal llamaba pavo al duro; no hay otra palabra para designar el dólar en esos entretenimientos. El meollo de tales filmecillos -y sus parientes mayores- suelen consistir en muertos, carreras pedestres o montadas por autopistas, callejones y tejados, a propósito de la mercancía (= droga), y que si pavos arriba, que si pavos abajo. Aún no picotean, sin embargo, la escritura: los veo sólo por alguna comedia o novela española de veinte años acá, con yankis y dólares para colorear el estilo de barras y estrellas. El pavo viene a ser como la pela hispana, aunque mayor: equivale más bien a una peluca; pero, en punto a vulgaridad, así se andan. La televisión, por rebufo del cine, ha creado ese lenguaje que vamos aprendiendo entre tanda y tanda de anuncios y partidos. Y más, ahora que han pasado las elecciones. Aparte la mercancía y los pavos, entra en el núcleo duro de ese dialecto llamar grande al billete de mil dólares; pero no de cualquier manera: ha de ser diciendo "tantos o cuantos de los grandes". Y ello, a pesar de que, me parece, el papel moneda norteamericano es todo de igual tamaño. Sólo por un acomplexado concepto de nuestras pelás no llamamos grandes a las modestas pero adorables estampitas azules.

También la "police" tiene sus modismos que nuestras series imitan muy bien. Por ejemplo, llamar señor al que manda, aunque sea de grado mínimo: "¿Da su permiso, señor?", dice el agente pidiéndoselo a un sargento. Y no digamos si es a un comisario. Pero tengo la impresión de que no cuaja por aquí este préstamo de las Fuerzas Armadas y Cuerpos de Seguridad de los Estados Unidos de América: de adoptarlo, seríamos más apreciados en el

marco de la OTAN. También sería imitable -y ya se imita en la tele indígena- el alusivo modo que tienen los custodios del orden para referirse a sus superiores, a ese incorpóreo espectro que ordena traslados, regresos al uniforme, ceses y demás: lo hacen llamándolos, sin ánimo de coña, los de arriba, y aceptando topográficamente su situación subordinada. Pero sería más conforme con el genio de nuestra lengua, que, al doblar al castellano tal referencia, se precisara más diciendo algo así como "los cabrones de arriba".

Otra bellísima costumbre de quienes luchan contra el crimen en aquel país -y, en esto, nada se diferencian de otros grupos sociales, incluidos los criminales-, es la de solemnizar cualquier evento feliz reuniéndose de esmoquin y esposas de traje largo en actos sociales ad hoc. Intercambian sonrisas y saludos, y como tal vez han compartido en el pasado cosas sumamente memorables, un "picnic" por ejemplo, lo evocan llamando los buenos tiempos a aquel entonces. Es expresión dialectal del mundo de la imagen: estoy seguro de que ningún compañero de mili en Canfrac, años cuarenta, chusco y hielo, me ha dicho nunca: "¿Recuerdas cómo lo pasábamos de mal en los buenos tiempos?".

Pues bien, satisfechos los recuerdos, llega inevitable el momento del discurso: alguien tiene que decir dos palabras al común. Y ¿cómo empieza?; ¿con qué vocativo requiere la atención de sus oyentes? Invariablemente, llamándolos: Damas y caballeros. Hago memoria y tampoco me acuerdo de haber oído, fuera de las pantallas, otra cosa que Señores y señoras (que muchos, fieles al orden ortográfico, truecan en Señoras y señores). Percibo, sin embargo, un no sé qué de mayor distinción o, por decirlo sencillamente, una "touche" de elegancia, en lo de damas y caballeros que falta a nuestra salutación ritual; se diría que aún no se ha inventado el cine, según es nuestra rudeza. Sin embargo, hay signos de civilidad en la Legión, donde, a las valerosas mujeres ahora enroladas se las llama damas legionarias, haciendo juego con los caballeros del Tercio.

Viendo cine -sólo veo el comprimido en casa-, me cercioro de cuán educativo es y de cuánta urbanidad puede enseñarnos. Ya hace años apologicé lo estimulante que ha de resultar para un abaleado a punto de espicharla que alguien se acerque a él susurrándole: "¿Te encuentras bien?" (mejor: "¿Te encuentras bien, cariño?"), frente a nuestro seco y depresivo "¿Te encuentras mal?", "¿Te duele mucho?", y cosas igual de imprudentes. Pues aún hay algo mejor, alejado de nuestro laconismo, que puede oírse hasta en las comisarías policiales (no digamos en los grandes almacenes y oficinas públicas) cuando uno se aproxima con intención pacífica. Compárese el austero "¿Qué desea?" de dependientes, oficinistas, ordenanzas y demás gente hispana, con el gentil "¿Puedo hacer algo por usted?" de filmes y filmetes. ¿No contribuye esta diferencia a situarnos en un escalón zoológico más bajo? Sin duda, algo tienen contra nosotros los laboratorios de doblaje.

En la misma línea de primor entra lo de llamar villanos a los malos y, con elogiabile sobriedad, bastardos a quienes aquí aludimos desplegando el concepto en tres palabras. Porque, en efecto, es muy grande la aportación que al idioma puede hacerse desde el arte cinematográfico. Deteniendo un momento el zapeo, veo, por ejemplo, un trozo de un serial nuestro donde un periodista dice que tiene que escribir un artículo sobre un suceso. Así llaman a sus escritos informativos los periodistas norteamericanos cuando se les traduce a mocosuena; en una redacción española nunca llamarán artículo a una noticia: de igual modo que un recluta, menos un teniente, jamás se dirigirá a su comandante tratándolo de señor.

Pero no todos estos adelantos proceden de imitadores y dobladores: la periferia también contribuye a mejorarnos. Mi amigo y paisano, el gran director José Luis Borau, con garantía sólo carente de fe notarial, me cuenta cómo una reportera de televisión explicó que ella misma había locutado un documental sobre la reina de Inglaterra. ¿Pudo ofrecer una radiografía más castellana y cautivadora de su mente?

Babel

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 07-05-2000

No es grande mi acuerdo con fray Martín Sarmiento, el fiel defensor de Feijoo, cuando explicó cómo el castigo de Babel consistió en que si alguien, pongamos el capataz de la célebre Torre, ordenaba a un peón que puliese un pedrusco, el pobre esclavo se quitaba una sandalia; y si éste pedía el botijo al vecino de andamio, recibía un caldero. Tal teoría expone bien el porqué del derrumbe de aquella famosa máquina: el cielo pudo haberla destruido de un hálito, pero prefirió que mediara el lenguaje. No obstante, si fray Martín tuviera razón, habría habido tantas lenguas como babilonios, con la consiguiente y sobrecogedora catástrofe humanitaria. Pero la damnación no fue tan dura: dividió a los hablantes en grupos de idéntica lengua, y los enfrentó, rompiéndose así el monolingüismo que el Paraíso había legado al mundo, ya fuera el sánscrito ese idioma único, como han pensado notables eruditos, ya fuese el euskera según opiniones no menos autorizadas. Pero la desgracia quedó ampliamente compensada por una ventura: el germen de los nacionalismos. Es en nuestros días cuando fray Martín tendría razón, porque se ve amanecer la posibilidad de que cada humano posea su propio idioma, apartándose del de la tribu: cada vez es mayor el número de quienes emplean las palabras según su ocurrencia, lo cual anuncia que al español va a sucederle otro idioma: el guirigay.

Por ese mal camino ha entrado ya de lleno el adjetivo culpable. Para todo habitante de esta lengua nuestra, culpable es la persona que tiene culpa, y culpa es, a su vez, la falta o delito que se ha cometido o se imputa. En nuestros días culpable puede ser cualquier hombre o mujer que cometan lo dicho, pero también los autores de hechos laudables y benéficos; así, según sentencia del entrenador del Real Madrid, el portero Casillas "ha sido uno de los culpables de que estemos en los cuartos". De final de Copa, se entiende, que es estación de paso hacia la gloria. Resulta muy probable el origen litúrgico de semejante traslación: un himno religioso de estos días pasados pone música a un trozo de una homilía de san Agustín donde se califica de feliz la culpa de Adán, porque gracias a ella pudo acontecer la Redención. Así, pues, aunque infinitamente menor, es feliz la culpa de ese joven arquero. El cual ha merecido ser calificado, por su calidad, de muy

valeroso, en dictamen emitido por uno de los infinitos píndaros que invaden noche y día el espacio radioeléctrico.

Pero no es menos babélico el lenguaje taurino, que, él mismo, fue antaño milagro de gracia torera, y ahora, con creciente frecuencia, se despacha con bajonazos al costillar del idioma. Sin ir más lejos, cuando se ha dicho hace poco que, en la Maestranza, el toro insufló una cornada grave a un matador. ¡Qué sorpresa la de ese deslenguado si alguien le informa de que insuflar es, como define inapelablemente el Diccionario, 'introducir a soplos un fluido en un órgano o en una cavidad'! El infolio no habla para nada de los cuernos, ni se sabe que el toro los hinque a soplidos.

El cambio de gobierno ha hecho soñar a algunos con que aún es posible reanimar el macilento sistema docente (¿recuerdas, querido Alfredo Pérez Rubalcaba, cuando te anuncié que la reforma nos mandaba a la cuneta, al menos en lo atingente a lo poco que sé?). El caso es que plumas ilusionadas con tal bienaventuranza, proponen remedios propios del 6 de enero. Una de esas recetas reconstituyentes pide que, en unos planes nuevos de estudio, se obligue "a los alumnos a consumir algunas actividades obligatorias". Ah, qué bien si al infeliz arbitrista le hubieran obligado a copiar veinte veces el diccionario desde la primera palabra hasta la última, zuzón, útil vocablo, que, como sabemos, designa la conocida hierba emoliente.

He aquí que a un joven escritor le ha tocado ya su primer premio literario, y es entrevistado por televisión. La entrevistadora -no es machismo: era una mujer- le hace la pregunta de rigor, pero así: "Y ¿a cuánto ascienden los emolumentos del premio?". No puede haber prueba más contundente de nuestro viaje a Babel: emolumento o 'retribución que se percibe por un trabajo acordada con quien paga' es tanto como dar caldero por botijo, según hizo con toda probabilidad aquel alarife del frustrado torreón. Lo malo de la cosa es que el barbipungente galardonado entró al trapo y le infornió de a cuántas pesetas/euros ascendían esos emolumentos.

Otra piltrafa que hace temer un desastre como el bíblico es el empleo que se está haciendo de la locución prepositiva en aras de. La cual significa 'en honor o beneficio de algo o alguien'. No lo entendía así el innovador analista del mundo del fútbol que, explorando la clasificación de los clubes, recomendaba al Atlético que se echase alante (sic) en los tres partidos que restaban (sic) en aras de no despeñarse en la Segunda División. Es uso que responde al machaqueo con que hoy se tunde el sistema de nuestras viejas preposiciones. En este caso, se da un empujón a para y se mete en aras de; igualmente que, lo he dicho muchas veces, por la vía de suple a mediante, a través de jubila a por ("entraron a través de una ventana"), a se sustituye por sobre en el lenguaje del fútbol ("el árbitro pita falta sobre Sergi", lo cual sugiere la insidiosa sospecha acerca de qué estaría haciendo ese señor encima de Sergi); este sobre aquí excedente se escamotea a favor de en torno a ("habrá conversaciones en torno a la pesca"); y multitud de casos

más, a los que debe sumarse el andrajo en aras de.

Pero la cima de este despropósito babilónico tal vez se encuentre en el periódico de una lejana ciudad que, al tratar de las minas antipersonales, asegura que este armamento militar ha sesgado y sesga la vida de miles de civiles". Dar el nombre de armamento (es decir, conjunto de armas) a las minas antipersonales es tan corrosivo para el idioma como llamar efectivos (esto es, conjunto de soldados o policías con su material belicoso) sólo a esas personas. Por cierto, alguien me ha regañado por dardear tal uso, dado que el diccionario ofrece otra acepción de efectivos: "Número de hombres que tiene una unidad militar, en contraposición con la plantilla que le corresponde". Pero, cuando se dice "la tropa desplazada a Kosovo está formada por mil quinientos efectivos", lo que se quiere decir es otra cosa.

En la información figura también el empleo un tanto raro de sesgar, que, antes, era esa cosa que hacían los sesgadores antiguos con una hoz. Lo dicho: Babel.

Celebraciones

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 04-06-2000

La actualidad tiene de malo que obliga a hablar de ella; atenta contra la libertad de expresión. Y no es porque no acontezca nada, como solía antaño; bien al contrario, sucede mucho, pero siempre lo mismo. Es el chino que pasó veinte veces delante del centinela, y éste, al dar el parte, aseguró que habían pasado veinte chinos. Sólo que ahora pasan unos cuantos chinos unas cuantas veces, pero son los que pasaron ayer. La conversa de los oficinistas en sus multitudinarios desayunos de mediodía, de los automovilistas entre sí ante los semáforos, de los pacientes del hospital aguardando a que, al fin, entre el primero, gira siempre en torno a las mismas cosas. Y de ello hablará cualquiera de nosotros si, dentro de un mes, tomamos el tren para ir a San Fermín, por ejemplo, y no a Villadiego, que es de donde parte la escondida senda de los sabios. Todos tenemos que hablar de lo que pasa, que es vario pero fotocopiado. Y, por tanto, los medios de comunicación, se ven obligados a retratar la actualidad y a ponerla en boca de todos (que si el fútbol, que si el famoso y la famosa, que si el fútbol, que la gasolina, que el sueldo por un lado y los impuestos por otro, que el fútbol, que Insalud, que la tele, y otros sujetos y objetos similares anejos al Estado de bienestar, sin olvidar el fútbol). Algunos informadores, justamente aburridos por tener que repetir hoy lo de ayer, agilizan su prosa noticiera con relámpagos de ingenio. Sucede incluso en casos muy graves, en los más graves que pueden suceder, que son los que paran en muerte, unas veces accidental, y otras a tiro hecho. Entre éstos están, inútil recordarlo, las habituales carnicerías del llamado nacionalismo radical, con el cual, niega cualquier parentesco el llamado democrático. Sin embargo, algunos les atribuyen fraternidad gemelar como ha ocurrido hace poco en un abyecto atentado. La noticia, glosada por un importante rotativo nacional, aparecía con este gran título: "Arzalluz ha sido el inductor filosófico del asesinato , asegura Vidal de Nicolás, presidente del foro de Ermua". Verdad o calumnia, ¿no hay juez que dirima?: una de ambas cosas es punible. Sin embargo, no es la antigua imputación al veterano patriota vasco lo que chocará, sino el que se le llame inductor filosófico. Tal denominación debe de equivaler a lo que, a secas, se llamaría inductor o urdidor. Desde hace seis u ocho años, se venía dando el nombre de autor intelectual a quien

planeaba una fechoría así, distinguiéndolo del mañoso en pistolas o explosivos. No hay duda de que el titular de marras, ha querido realzar la personalidad cultivada y espiritual del señor Arzalluz, convirtiéndolo en autor filosófico, que es mucho más que intelectual, dónde va a parar.

Otra cuestión recurrente: con el calor vuelven los accidentes pirotécnicos, esta vez uno terrible, cerca de Gandía, con muertos a los que era preciso enterrar. Y las familias -dice la televisión- no habían decidido aún si iban "a celebrar una capilla ardiente conjunta". Expuesto así, se quita lobreguez y amargura al lugar donde un cadáver guarda su penúltimo reposo, asociando un verbo normalmente vivo a algo donde no hay nada que sea parecido a una celebración. Porque allí no se aplaude un mitin o un espectáculo, ni se conmemora algo, ni hay por lo general motivo de alegría, que son las cosas habitualmente celebradas (puede haber una excepción: la eucaristía, llamada misa antiguamente). Pero el informador habló de celebrar la capilla ardiente, en lugar de instalarla. Ese verbo gusta mucho en ocasiones de ese tipo; al morir el conde de Barcelona, algún medio aseguró que en el funeral se celebró una homilía; simétricamente, un obispo destituido por el Papa, había pronunciado su última misa ante sus diocesanos. No sólo cosas melancólicas o tristes pueden celebrarse últimamente; así, cuando se aseguró que un célebre actor americano había celebrado su sesenta onomástica; aunque no hubo audacia en ello, si, al nacer el sesentón, le pusieron por nombre el del santo del día; o si hubo verdadera celebración con champán, qué menos.

Hay cosas, no esas, que en efecto, sí pueden y deben ser celebradas. Lo hicieron, verbigracia, los hinchas del Valencia en aquella jornada de Liga en que acongojaron al Barsa amontonando balones en su red. El titular que un gran diario consagraba al evento estallaba así, rotundo como una carcasa: "El Valencia ridiculizó al Barsa (4-1)". Conforta mucho el desenfado con que muchos cronistas deportivos entran a saco en la lengua: la airean, la flexibilizan, la meten en la ruta del bacalao, y, en sus dicharachos, esplende la juventud que le inyectan. ¿Por qué, si todo cambia, hemos de mantener un idioma de cuello duro? Cambiémoslo, pues, para adecuarlo al mundo actual. No obstante, hay veces en que debe ponerse alguna puerta al campo. ¿Qué hemos de entender si los chicos de Mestalla ridiculizaron a los blaugranas? Pues lo obvio: que les sacaron la lengua, les restregaron el cuatro por las narices, les colgaron monigotes en la espalda y les hicieron la mamola. Como tal cosa es impensable en un equipo educado, casi champion de la champions, el rejuvenecimiento de ridiculizar, haciéndolo sinónimo de poner en ridículo, parece osado en casos como el presente.

Sin embargo, no son extraños los aciertos idiomáticos rotundos en la glosa de los deportes. El adjetivo sentimental, por ejemplo, inventado en Inglaterra a fines del XVIII y venido a nosotros durante el ochocientos por los Pirineos, tuvo hace algunos años una hermosa mutación semántica en compañero sentimental, manera delicadísima francesa de designar al

otro o a la otra en la coyunda celebrada -¡ahora sí!; al verbo me refiero- sin juez, alcalde o cura. Ventajosa situación más extendida cada vez, que lógicamente se denomina relación sentimental. Hace juego con el feliz hallazgo, igualmente galo, de hacer el amor, es decir, de hacer eso que, apetecerlo siempre y beber sin sed, establece la diferencia, según Beaumarchais, entre los humanos y las bestias. Si esta expresión gálica ha tenido tanto éxito, no es menor el que aguarda al vocablo sentimental por su facilidad combinatoria. Que ya ha empezado en las pistas de tenis, cuando de uno de estos virtuosos de la pelota cuyo triunfo en tal o cual torneo desea la gente celebrar (ahora también), se dice que es "el favorito sentimental" del público. La razón numérica impide el riesgo de equívoco. Gran acierto.

El socio

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española. FERNANDO LÁZARO CARRETER

EL PAÍS | Opinión - 06-08-2000

Entró el verano atosigando, no por calor, que tardó en embestir, sino por ciertos horrores -accidentes, crímenes-, y, en tono mucho menos grave, por impaciencias a cargo de los vivos: elecciones para sendos tronos en el PSOE, en el Real y en el Barsa, sumandos éstos que pueden juntarse sin sacrilegio, pues el fútbol no ocupa menor espacio que la política en la preocupación colectiva. Tales acontecimientos han promovido puntazos al lenguaje, muchos de ellos reiterados con pelmacería, y otros de reciente aborto. El asesinato del desventurado concejal malagueño dio lugar, según una radio, a que se instalara la capilla ardiente en *conmemoración* suya. Por desgracia es ya casi cotidiano hablar de capillas ardientes, con la notable particularidad de que muchos comunicadores ignoran qué son, y no abren el Diccionario donde leerían que la tal capilla es el lugar donde "se vela un cadáver o se le tributan honras". No hace mucho oí, según conté, que se hablaba de "*celebrar* una capilla ardiente conjunta"; ahora, de *conmemorar* con ella a un difunto. Además, en el cortejo fúnebre de éste, "la esposa y los hijos iban *cargados de emotividad*", para decir, simplemente, que iban muy emocionados. Aumentan los comunicadores ágiles y desenfadados para quienes el idioma es un simple *pokémon*.

Y así, pueden escribir que seis enfermos "han *contraído* el hongo aspergillus" en tal hospital como si éste fuera la enfermedad y no su agente. Entre los parlantes que no distinguen entre arre y so debe contarse con pleno derecho quien, dando cuenta de la reciente huelga de autobuses, hablaba de "la jornada *huelgaria* de ayer", usando un vocablo tan bello como la jornada misma. No menor fuerza inventiva fue la de quien redactó esta noticia, que lo hace digno del toisón: "La liberalización total de los mercados eléctrico y *gasista* se adelantará al año 2002". Sólo extraña la asimetría: debió hablar también de mercado *electricista*.

Junto a estos modernos novatores, están los diestros en anteponer el formante *auto-* a otra albarda ya puesta, porque consideran escaso el reflexivo: "Un periodista colombiano *se autoexilia*" escribía en titulares hace

poco un diario madrileño; y, aún hace menos, otro, en el mismo medio, enalbardaba el verbo con idéntico garbo: "Bono se *autopostula* candidato a la Secretaría General". Recuérdese que, en los comienzos de la transición, se habló mucho del *autosuicidio* de las Cortes franquistas, y que, en aquellos momentos, las reuniones conspiratorias o disidentes del régimen se *autoconvocaban*: ningún grupo habría reconocido a otro autoridad para convocar, y lo hacía la reunión misma por arte de birlibirloque. Con estos precedentes, los *auto-* antedichos revelan poca audacia; cabe esperar pasos más decididos; que alguien se atreva a decir, por ejemplo, "no me *autoconfío*", por 'no confío en mí', o "*se ha autoenamorado* de la jefa" queriendo significar que no la arrulla por interés, sino que el amor le ha brotado de la entretela.

Una incitación amiga me exhorta a celebrar la dilatación adquirida en neoespañol por la noción de *complicidad*; en efecto, *cómplice* era antes el "participante o asociado en crimen o culpa imputable a dos o más personas". Hoy se puede ser cómplice de acciones loables: "El secuestrado pudo escapar gracias a la *complicidad* de un guardián". Otro gran amigo, universitario, que curioseaba por Internet, me advierte muy extrañado que, en la página *web* del Consejo de Universidades, se escribe y se reitera *primer área*. Pero, estando en la pomada, ¿puede maravillarse de cualquier cosa demente que ocurra en la Univesidad?

Esto es grave, dado que la información, tan precisa para el desarrollo social, muchas veces está en manos de personas con una lactancia idiomática deficiente. ¿Qué cabe entender cuando se lee que los Reyes, en su viaje reciente a Bolivia, "depositaron flores en el monumento a los héroes del movimiento *libertario*"? Cuesta imaginar que rindieran homenaje a personas que, Diccionario en mano, postulaban "la supresión de todo gobierno y de toda ley"; sería, parece evidente, que dedicaron ese gesto de respeto a Bolívar, Sucre y otros *libertadores* que, en 1825, desgajaron el país de la Corona española.

Volviendo al principio -una vez elegida la ruta, el propio escrito aparta de ella muchas veces-, retorno a mi primer propósito, que era delatar un caso de machismo inicuo en el habla electoral de los clubes de fútbol. Insistentemente, exclusivamente, los aspirantes a pilotarlos, tanto madridistas como culés -especialmente éstos- se han dirigido al *socio*: ha de hacerse lo que quiera el *socio*, el club es *del socio*, ha de mimarse *al socio*, *el socio* hablará en las urnas, viva *el socio*. Y de la *socia* ¿qué? Ni pío: nadie ha hablado de ella. Puede ser que eso de *la socia* suene mal. Designa, sí, a la partícipe en una sociedad, pero también, aquí y en buena parte de América, a la mujer de uno, tal vez con sacramento interpuesto, esto es, a la parienta, y con frecuencia a la coima. En vista de lo cual, los aspirantes a mangonear los clubes, tan agrestes de ordinario, han optado por el epiceno abrumador, continuo y único *el socio*, que abarca mujeres y hombres, como *gustar el conejo* involucra al macho y a la hembra. Cabía la solución *socios y socias*:

pues se ha evitado. Y aún mejor el epiceno *los socios*, que es la solución de andar holgado y bien por el idioma.

Los candidatos políticos han evitado ese epiceno singular, y han preferido el emparejamiento copulativo. Todos ellos han dirigido a los votantes una carta que empezaba diferenciando los sexos, bien con arcaico paréntesis: "*Estimado(a) Delegado(a)*"; bien con barra estructural (feliz invento de Umbral este nombre), *Querido/a compañero/a*; e, incluso, con arroba cibernética, *Estimad@ compañer@*, cosa que, dicho con todo afecto, querido José Bono, no debe hacerse. Carta adelante, tres candidatos proseguían la diferenciación: *delegados y delegadas*, pero con desfallecimientos. Así Rosa Díez: *todos los afiliados, candidatos, unos y otros*; Bono, *ciudadanos y ciudadanas* pero, luego, *juntos podemos conseguirlo* (¿sólo ellos?). Tal flaqueza se advierte también en Matilde Fernández: *compañeros y compañeras*, pero *entre nosotros mismos*. Sólo José Luis Rodríguez Zapatero se limitó al vocativo inicial consuetudinario; después mantuvo el idioma en sus propios términos, sin concesiones: *ciudadanos españoles* (imaginemos *ciudadanos y ciudadanas españoles y españolas*: ¡qué espanto!), *preocupaciones de todos, una tarea colectiva en que cada uno...* ¿Habrá tenido esto que ver con su victoria? Como indicio, no es baladí.

En sede parlamentaria

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 03-09-2000

Un mes para recordar, este último agosto de crímenes, bombas, amenazas, quemas, en compañía de funerales consuetudinarios, llantos, mansas manifestaciones coléricas y esperanzas políticas demolidas. Además, se ha vivido más caro. Es cierto que una gran parte del país ha vivido aletargada y ha hecho su agosto enmascarando que su ira está tal vez cerca del punto de derrame. Como fondo del espectáculo, los entretenimientos audiovisuales han sufrido, con pocas excepciones, la degradación estival que implica bajar aún más sus abundantes programas sórdidos, su cota moral -que, en muchos programas, ha penetrado en el subsuelo de lo repugnante- y, como es natural, roer los zancajos del idioma, pues más arriba no llegan. Todo igual: muy inquietante resultó un titular redactado así hace pocas semanas en un gran periódico gallego: "Aznar prioriza la respuesta del Estado de derecho sobre una reunión de partidos". Temiendo que fuera un modo local de hablar, consulté con un asentador de Rianxo y con un cosechero de imponderable albariño, presente un canónigo de Mondoñedo: ni aun ayudados por dos botellas de degustación conseguimos averiguar qué demonios quería priorizar Aznar; ¿habría asegurado que las responsabilidades con el Estado están por encima de la opinión de los partidos? Juzgo excesiva la alegría con que acogimos esta exégesis del prebendado.

Los medios siguen considerando galano decir "el acto se celebrará *a partir de* las doce de la mañana", en vez de "se celebrará a las doce". Tan vulgar dilatación del hablar es comprensible -no del todo- si se anuncian cosas de desarrollo temporal prolongado, que resulta hacedero presenciar o a las que cabe asistir en cualquier momento siguiente a esa hora. Una verbena, por ejemplo, una jornada electoral o una tertulia televisiva de activos yacentes...; o puntualizando el momento en que se abre un museo o un "parque temático" (¡cómo se nos entromete en el idioma esta sandez!). Pero ese *a partir de* parece muy tonto si el principio de ese desarrollo no es indiferente: una función de ópera (aunque aquí el retraso puede ser prudencia), la boda propia, la clase; o una corrida de toros o un partido de fútbol, en que lo mejor sucede casi siempre al salir los alguacilillos o al

primer pitido del árbitro, es decir, antes de que sobrevenga la realidad, esa escoria de la ilusión.

Los incendios estremecedores que han traído el verano han dado la ocasión para atornillar fuertemente en el idioma el verbo *calcinar*, a expensas de *carbonizar*, que casi nadie -sobra tal vez el casi- emplea ya en los medios. Aunque sea evidente que los árboles, al arder, se hacen carbón y no cal. ¿Por qué? Sin duda, actúan causas diversas, pero de modo fundamental, la jerga que se han fijado los comunicadores como seña de identidad profesional, al igual que ocurre con quienes se dedican a otras cosas, magistrados o afiladores, fisio y psico terapeutas, pinchadiscos, ecologistas, cazadores de mayor o menor... En el caso de los que tienen por oficio noticiar o comentar, esa jerga consagra o sacrifica caprichosamente vocablos o expresiones, y son muchos quienes se sienten obligados a emplearla por fidelidad al oficio que justamente aman, aunque, pensándolo bien, concluirían que obliga a más su lealtad con lectores y oyentes. No la observan cuando imponen como exclusivos *iniciar*, *finalizar*, *escuchar por oír*, *riesgo de lluvia* por 'posibilidad de lluvias o tormentas', en plena sequía o en el apogeo de los incendios forestales; punto y final, volvemos *en unos minutos*, *alante* incluso en informativos no deportivos... Son cientos de picotazos al idioma contra los que hemos alertado desde hace tiempo con tinta y decibelios quienes creemos que ese lenguaje refleja un obstinado ablandamiento de la pasta cerebral colectiva.

La expresión política ha dado un paso estival de gigante. Algo que, en el gran archivo electrónico de la Academia se registra desde 1990, ha estallado con formidable estruendo en la locuela de los políticos, que han hablado por los codos de mesas para conversar, en las cuales según creen, está el nuevo Versalles. Consiste el dengue idiomático en decir, verbigracia: "Es asunto que debe discutirse *en sede parlamentaria*". Pura y simplemente, unos y otros han amordazado el viejo y noble sustantivo *Parlamento*, que es donde aquel asunto debiera discutirse. Le han quitado voz e imagen a tal vocablo, para sustituirlo por la memez citada. Es también una ocurrencia jergal; su empleo clasifica como miembro de aquel grupo selecto cuyas manos menean la sartén pública.

Es cierta y creciente la tendencia a la omisión del artículo, normal en casos como estar *en casa*, *en cama*, *en "boxes"*, *en clase*, *en comisaría*, *en misa*, *en capilla*, etcétera. Pero tal ausencia repelería en nombre de instituciones: "el asunto se juzgará en Audiencia Nacional", "se celebraron las exequias en Catedral", "pasa las tardes en Ateneo", "trabajo en Biblioteca Nacional", etcétera. Es cierto que la falta de artículo ha cuajado en algunos raros casos, como "jugar *en Bolsa*", pero también aquí se da el rasgo de habla gremial, es decir, como connotación de familiaridad con los vaivenes del Ibex. *En sede parlamentaria*, para nombrar lo que desde el siglo XVI se llama *Parlamento*, añade a la rareza una arroba de cursilería. Con ayuda de la cual se logra insistir, hacer que tal expresión sea idéntica a *Parlamento*; en

muchos escritos de prensa, aparece incluso con otras preposiciones que no son *en*: "España cuenta con *sede parlamentaria* y allí hay que debatir [sic] sobre terrorismo"; o "Anguita se amparó en su condición de diputado para insinuar *desde sede parlamentaria* que se está planteando...". Parece que tal melindre resulta poco o nada frecuente en América. Entre nosotros, se ha abierto a sede un gran futuro; cabrá anunciar, por ejemplo, "El vencedor de Gran Hermano dará una conferencia *en sede universitaria*".

Como todo en el lenguaje, estos juegos de quitaipón con el artículo revelan cosas del hablante. ¿Quién sino los oficiantes y devotos del dios fútbol es capaz de decir que "el balón sale *por banda derecha*"? Tal tipo de revelaciones o delaciones se produce también con otros determinantes, con los posesivos por ejemplo. Llegan, incluso, a constituirse en santo y seña de clase social: en mi Instituto zaragozano, se decía *ir con mi padre* -los aún bebés decían *con mi papá*-, pero en los colegios de pago era de rigor *ir con papá*. Pertenecíamos a otra tribu más basta, que dirimía sus diferencias con tirachinas, y merendaba pan con pan o con chocolate.

Brotos cataclísmicos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 01-10-2000

Ya está aquí otro otoño, poco melancólico hasta ahora. Si el verde no estuviera desprendiéndose de los árboles, parecería estación jovial. Caen las hojas, pero a cambio nos consuelan brotes lozanos en el idioma; algunos suscitan entusiasmo. Nadie se explica cómo ha podido vivirse en español sin ellos. Algunos de estos renuevos nombran cosas antes inexistentes y, por tanto, sin voz hasta que ellas han venido. Así, está gustando cuanto cabe el adjetivo *presencial* (*presential* en inglés), con el cual se designa lo que acontece estando presente; lo contrario de *ausencial*, y, aún mejor, *absencial*, vocablos que podrían formar pareja de hecho con la anterior. Éste se aplica, sobre todo, a aquellas actividades docentes que, dicho a lo televisual, requieren la comparecencia de los alumnos en vivo y en directo. De ese modo, se anuncian cursos impartidos electrónicamente y, como aliciente, se advierte que los matriculados tendrán algunas clases *presenciales* con el profesor. Las clases no presenciales, espectrales, seguramente grabadas, hubieran regalado muchas horas de sueño matutino a los profesores pigres. Nada hay que oponer a cosa y palabra tan cómodas, y a su sacrosanto origen anglo. Cabe esperar su ensanchamiento, y llamar, por ejemplo, *mueertos presenciales* a los difuntos de cuerpo presente.

(Por cierto, he dejado atrás lo de *parejas de hecho*; es una excelente designación, ya que no las hay aún *de derecho*; pero resulta etimológicamente raro llamarlas *matrimonio* -así se está haciendo-, cuando se trata de varones: ese nombre se vincula a *mater*. Lástima que *patrimonio* sirva aún menos; la convivencia dentro de esa palabra con Hacienda resultaría incómoda a cualquiera).

Admira la agilidad olímpica que ha adquirido ya el neoespañol: es de platino. El *-al* de *presencial* promete mucho como formante de más neologismos. Por lo pronto, para conjurar enfrentamientos dañinos, un ministro de nuestro Gobierno ya ha invitado a abandonar en política posturas *resistencialistas*. Inaugura así la doctrina del *antirresistencialismo*, que puede arruinar el prestigio de Numancia. En francés existe desde hace cuarenta años *résistanciel*. ¿Son nuestros vecinos

los inventores de tan benéfica disposición del ánimo? Apenaría no haber sido nosotros capaces de tanto.

Los vocablos con el sufijo *-al* dan lustre, y deben ser bienvenidos. También sus crías, porque ya campa, sobre todo, por hospitales y clínicas el adjetivo *generalista*: viene aplicándose al médico no especialista. Su origen resulta incierto; existen el francés *généraliste* y el inglés *generalist* desde hace mucho, pero su eco no aparece en español hasta los alrededores de 1994. Lo más probable es que nos llegara por entonces vía atlántica. Y no se refiere sólo a los médicos, sino a los ingenieros, a la historia, y, sobre todo, a la televisión, que es *generalista* si, además de anuncios, concursos, golfas, golfos y gays inverecundos, presenta magazines, testimonios "humanos", algo de cine, mucho deporte y mucha telecomedia; en fin, cuanto se precisa para vivir. En el invento trabajan también, simultaneando capacidades, *especialistas-generalistas*. Se habla, incluso, de Geografía *generalista* para oponerla a la autonómica. La solución mejor para denominar al no especialista la dio, tal vez, Santiago Montero, deslumbrante profesor de Historia, a quien, en una conferencia universitaria, presentó el rector sin saber de él poco más que el nombre: "He aquí a este joven catedrático gallego, gran especialista...". Ignoraba en qué, y se dirigió a él: "¿En qué es usted especialista?". "En la totalidad" le constestó con recato Montero. Y así, si los especialistas no objetan, llamaríamos al generalista *especialista en la totalidad*. Cualquier cosa menos la otra solución francesa: *omnipraticien*.

Del prestigioso inglés (aunque en él sea probable inmigrante francés) procede el vocablo que un influyente diario de la Corte introduce al referir varias hipótesis sobre el origen del sida: ¿mordiscos de mono?: quizá no; ¿mala manipulación de sus escuálidas pero sabrosas carnes al cocinarlas?: parece menos probable. Con más acierto, se atribuye la difusión del mal a una vacuna contra la polio, que causó "estratos *cataclísmicos*". No contento aún con una importación tan práctica (inglés *cataclysmic*), el reportero ilustra con suposiciones de otros investigadores: cargan ese mochuelo a la CIA o a venganza de las antiguas potencias contra sus colonias; son, en suma, teorías *conspirativas*.

La Vuelta a España en bici fue acontecimiento de finales de verano que también dejó poso en el idioma. Tan importante alarde muscular sucede al Tour, y no es extraño que algunos de los encargados de dar cuenta directa y diaria de esa hazaña se traigan vocabulario para contar la nuestra. Quizá por inadvertencia, hasta este año no había oído que un corredor *picaba* seis segundos a otro, y, por tanto, que a éste le había *picado* esos segundos el de antes. *Piquer* significa también en francés 'robar': nuestros dinámicos píndaros, libres de responsabilidad con el idioma que los alimenta, han realizado esta preciosa aportación, que cabe añadir a la no menos valiosa y graciosa de llamar *unidades* a los componentes de un grupo (o *grupeto*, a la italiana, si es pequeño); ello, verbigracia, permitió afirmar del velocipedista Di Grande que era "una *unidad* muy importante para el equipo".

Y así, sobre dos ruedas, hemos entrado una vez más en el mágico mundo de los deportes, donde siempre aguardan deslumbrantes espectáculos idiomáticos. Desde Sidney, el satélite de los Juegos Olímpicos trajo y deyectó en nuestros televisores nada menos que esto: un prohombre colgando al cuello de unos atletas sus medallas; era la ceremonia de la *premiación*.

Sin embargo, y como suele ocurrir, es en el amplio escaparate del fútbol donde se exhiben inventos soberbios. Así, el Depor coruñés, vencedor en la última liga, es para muchos glosadores de tal juego, no el *actual* (hasta el fin del torneo, por lo menos, lo será), sino el *vigente* campeón de liga. El diccionario dice que ese adjetivo se aplica "a las leyes, ordenanzas, estilos y costumbres que están en vigor y observancia". Y como en la nueva temporada algunos equipos han remozado su indumentaria, se alaban o denigran sus nuevas *equipaciones*: los *equipamiento* se han tirado con las camisetas sudadas y las botas rotas.

Aguardo con impaciencia las nieblas y las heladas. Serán estímulos suficientes para entrar en el BOE, donde me prometo como lector los mayores gozos.

Hablar versátil

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 05-11-2000

La ingenuidad alcanza su cima (*culmina*, dicho con lenguaje periodístico correcto) en algunas personas que achacan a la Academia falta de energía por no ejercer el poder que le atribuyen (?) para aventar del idioma usos perversos; *mutatis mutandis* -pero cambiando mucho- sería como atribuir al decálogo la existencia del pecado. Hace medio siglo, el comediógrafo de moda era Adolfo Torrado: pocos lo recordamos ya, pero en una obra sacaba a un académico, docto y facundo, que se proponía introducir lógica en el diccionario. ¿Por qué, se preguntaba, el *bombín* es cosa de mayor tamaño que el *bombón*?; hay que permutar ambos nombres. La misma falta de racionalidad afecta según él a *polvorín* y *polvorón*, a *botín* y *botón*... Dejaba sin pareja al *cojín*, por la censura tal vez, pero quizá, por fanfarronería. A ese estereotipo académico obedecen dos cartas que me han escrito sendos ciudadanos invitando a la protesta de que se llame *tertulianos* a los participantes en tertulias, y no *contertulios*. A primera vista, parece que esto es lo debido: los formantes *con-* y *co-* entran en numerosos vocablos con el significado de 'que se comparte algo o se participa en unión de otros': *convecinos*, *concelebrantes*, *compañeros* (que comen del mismo pan), *comensales*, *coautores* y cien más. Pero la historia del idioma no les da la razón: lo primero fue *tertulio*, empleado desde el siglo XVII, y es el término conservado aún por "Clarín" y Galdós: *tertuliano* se documenta el siglo pasado, y no sigue *contertulio* hasta los umbrales del actual. Se inventaron otros nombres: como *tertuliente*, que empleó con asiduidad, por ejemplo, Carmen Martín Gaité. Nada hay, pues, que objetar a la sinonimia entre tales vocablos.

Sí debe ponerse el grito en la tierra, ya que al cielo importa poco, ante la gansa denominación *cargos electos* que los políticos y sus tornavoces mediáticos repiten hasta el hartazgo: por ejemplo, tal secretario general dirige un fervorín a los *cargos electos* de su partido, que asisten píamente a escucharlo. Pero ocurre que fueron elegidos hace tiempo y han dejado de ser electos. Ya usaban vocablo tan culto nuestros antepasados medievales, y lo acogió, como era natural, Covarrubias en 1611, definiendo como *electo* a aquel que ha sido "nombrado para alguna dignidad, como *obispo electo*, en

tanto que el Papa confirma la elección y la consagra". El Diccionario de Autoridades, a principios del XVIII, puntualizaba con mayor precisión que era el "nombrado o escogido para alguna dignidad"; añadía, pues, esa nota esencial de *escogido*. Más tarde, en 1914, la Academia cambió de participio, prefirió *elegido* conforme a la etimología, y añadió: "mientras no toma posesión". Así lo ha dejado con evidente razón hasta hoy. Enlaza de ese modo con el obispo de Covarrubias, aportando esa precisión, a la que ahora propinan el pase del desprecio quienes tolean con el idioma. Porque resulta evidente que, una vez instalado en su cargo, el *electo* ha dejado de serlo: ahora es concejal, diputado, senador o lo que sea, a secas; esos señores son *cargos públicos*.

Por supuesto, *electo* es puro latín, esa lengua que persiguen inmisericordes quienes planifican la ignorancia y la reparten con equidad. Así, consiguen que se produzcan saludables empujones de risa -y ya recaemos en el pozo insondable del radiofonismo deportivo-, como el dado a la audiencia por un relator al afirmar, lo juro, que "Xavi es el *alma mater* y también el *alma pater* del Barsa". Aunque tiene su lógica; si sólo fuera lo primero, se limitaría a ser madre nutricia. Pero no hay maternidad sin padre. Y si se afirma que el brillante muchacho es ambas cosas a la vez, se le tilda de hermafrodita: un horror.

Otra voz de origen latino, *versátil*, "de genio o carácter voluble e inconstante" en la lengua madre -ésa sí era madre-, se ha remozado en la nuestra con una útil acepción, de origen inglés por supuesto, que ha penetrado también en francés, italiano o portugués: la de que es *versátil* la persona de variadas aptitudes, y, a veces, la cosa que sirve para empleos diversos. Habrá que alojar tal significado en el diccionario, sin olvidar la antigua. Porque no sólo la propiedad sino la oportunidad dan salud al lenguaje: en plenas dubitaciones del jugador Luis Figo sobre si el Barcelona o el Madrid aseguraría mejor el caviar de sus tataranietos, un diario, queriendo decir que el notable futbolista podía jugar con solvencia en puestos diversos, lo calificaba de *versátil*. El periódico, por supuesto, no era catalán: ese adjetivo, en el Nou Camp hace dos semanas, hubiera parecido de lactantes; allí, Figo fue algo mucho peor que tornadizo para los miles de culés, sin duda desinteresados en sus propios contratos, que no lo juzgan inmigrante -lo es, aunque de yate- sujeto al vaivén del mercado, sino descendiente directo del tambor del Bruch.

Ese juego ha creado en fecha reciente otro nombre con el formante *-ismo*; es formidable la capacidad genesiaca de tal sufijo: hace un mes, anunciamos a los hispanohablantes el nacimiento del vocablo *resistencialismo*; hoy proclamamos, con tenebrosa alegría, la parida de otro: *resultadismo*. Aparece oportunamente para designar la doctrina de una de las dos escuelas existentes en torno a tal deporte. Una sostiene que el juego ha de ser alborozado, exultante, con los jugadores triangulando y hasta exagonando a la perfección, disfrutando con el curre, como ellos dicen, mientras trotan

con el fin de procurar a los espectadores sumo deleite del ojo: para esta escuela, importa jugar bien. La otra, fundada en el práctico exordio de "a lo que estemos, tuerta", se deja de zarandajas estéticas, de vaselinas, túneles, caracoleos y otros fililís de bota, para buscar y lograr el gol con ceguera: es el *resultadismo*; bendito sea.

El neonato tiene aplicación inmediata a infinitos aspectos del vivir que se estaban desarrollando sin nombre. Así, brinda sustento filosófico a los audiovisuales, incluida TVE, que, en vez de espejo donde se miraran el ver y el hablar, son muchas veces esperpento visual y audible del Callejón del Gato (¡pobre Álvarez Gato!). Tal ocurre a menudo cuando transmiten partidos; por las antenas se ha dicho que a determinado jugador "le confían misiones de menor responsabilidad, dada su *avanzada edad*". Si edad avanzada se define por el diccionario como "ancianidad, último período de la vida del hombre", deben de ser extremadamente curiosas las evoluciones de un artrósico o de un tosegoso, quién sabe si de un alzheimer, con el balón.

Novísimos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 07-01-2001

Descubrámonos ante el colmo de advenimientos que han acaecido entre la lombarda y el cotillón: acaban de arremeter contra nosotros todas las unidades de tiempo. Manuel Halcón se quitaba edad para ser un escritor del siglo XX, pero hace unos días, en diciembre aún, contrariando así su voluntad, hemos celebrado su centenario en Sevilla. Somos muchos, en cambio, los afortunados que, sintiendo en la nuca el aliento acezante de ese siglo viejo, hemos escapado de él dejándole entre las uñas el sambenito de ser finiseculares que mi gran amigo quiso esconder: hoy llevaremos ya una semana de siglo XXI, que es otra categoría, más bonita, dónde va a parar.

Para esta situación fronteriza parece haberse inventado el adjetivo *novísimos* que, a ojo de diccionario, califica a lo muy último, y también a lo muy nuevo (sin olvidar las cosas enigmáticas que aguardan *post mortem* y que encierro en este paréntesis). De ese modo, un atuendo pudo ser llamado novísimo si se estrenó para la cena de San Silvestre, fecha en que el siglo viejo acaba, y también si el estreno aconteció en la fiesta de los Manolos, que es aurora del nuevo. Así cabe interpretar la paradoja del diccionario.

El idioma ha saltado a esta época de novísimos con bastantes desgarros de diciembre sin remendar. Están, todavía esas vacas locas, que nadie hubiera sospechado contemplando su manso ordeño. Pero, al parecer, ellas no constituyen la única amenaza: algún periódico ha hablado ya de *ganaderos vacunos* arruinados, y además, a juzgar por el adjetivo, sospechosos de Creutfeldt-Jakob.

Tampoco se ha desvanecido el insulto que nos inflige el fatigado *Tireless* en Gibraltar. Ya vimos que para una porción de la prensa estaba *varado*, y no *atracado* que es como está ese sarpullido brotado en la misma inglé peninsular. Pero otra parte importante de la prensa informante asegura que el submarino está *encallado*, verbo que, o bien asegura que la nave ha chocado 'en arena o piedra, quedando en ellas sin movimiento'; o bien que, incapaz de salir a puerto, se ha empadronado en nuestras costas hecho un

Chernobil.

También durante estos días novísimos la publicidad televisiva se ha visto interrumpida algún momento con cosas 'culturales'. Apenas si se han notado, de imperceptibles que son; a cambio, ha resultado muy entretenido comparar tarifas telefónicas, y averiguar cuál es el perfume más varonil. Pero aun así, con algo se topa, y a lo dicho de los concursos el mes pasado podemos añadir esta pregunta: '¿Qué significa la expresión latina *sotto voce*?'. El concursante, hurgando en sus firmes estudios humanísticos, no halló semejante cosa. Ya fuera de concurso, pudo oírse inesperadamente que *El trovador*, el modesto y famoso drama de García Gutiérrez, era una 'gran novela histórica'. Con un paso más, se le hace tango.

Pero estábamos en los novísimos, de los cuales ya adelantamos en nuestro último 'dardo' del siglo pasado el de *violencia de género*, que tal vez merezca una nueva visita. Sea el primero del actual la *governabilidad*, masivamente presente en el español de América, y que aquí se me apareció por vez primera en los relatos sobre la reciente cumbre de Niza. Antes, ese término, predicado de alguien o de algo, sólo aludía a la posibilidad o precisión de que fueran obedientes a quien gobierna. Y así, se establecen acuerdos de gobernabilidad si son varios los aspirantes a gobernar.

Ya no se trata sólo de esto: el presidente Frei, en 1997, hablaba de otra cosa cuando 'planteó como base de la Cumbre Iberoamericana la *governabilidad*, es decir, una democracia que responda a los problemas de sus ciudadanos, una democracia honesta y una democracia eficiente'. Se trata de una acepción con menos de diez años de vigencia, engendrada a escote por los innumerables organismos internacionales que circundan el mundo, y acuñada en inglés como *governance*. Con tantos zoospermos en su sangre, nada debe extrañar que su significado sea un tanto ambiguo. Según el Banco Mundial, la *governance* es 'el modo como se ejerce el poder en la gestión económica de un territorio y de los recursos para su desarrollo'. Pero hoy, según leo, no quiere ser sólo simple gestión del sector público, y muchos la conciben como la 'capacidad de una sociedad para trazar y lograr objetivos'; sus agentes no son los gobiernos sino las sociedades, tanto nacionales como internacionales. De ahí, su imprescindible carácter democrático.

Sería inútil intentar mayor precisión: hay más definiciones y matizaciones que pelos en un *hippy*. Y aún vino a complicar más las cosas el nacimiento de *governability* como sinónimo de *good governance*. Los funcionarios de habla hispana intentaron diversas traducciones de esos términos (*gestión pública*, *buen gobierno*, *governabilidad participativa*, y varias más), aunque los más potentes lanzaron *governabilidad* a secas, versión 'conscientemente problemática', según uno de ellos, pero triunfante, por ahora, como nombre de la esquiva noción. Y he aquí que, en la última Cumbre de Estados Americanos, nuestro gobierno signó sin rechistar lo de

governabilidad, añadiendo a la firma la acostumbrada higa cuando se trata oficialmente de asuntos idiomáticos. Porque diversos traductores habían caído ya en la cuenta de que el español disponía del galicismo medieval *governanza*, pariente visual cercana de *governance* y del francés *gouvernance*. El término se ha ido abriendo paso en los últimos meses. Entre otros lugares, aparece en la traducción oficial de la resolución de 18 de diciembre del 2000 del *Committee of the Regions*; de *governanza* habla exclusivamente la Organización Mundial de la Salud. Carlos Fuentes, en septiembre pasado, hablaría de *governancia* ante el Senado de México, pero en febrero había empleado *governanza* en este mismo periódico.

Ante tal caos, la Academia ha acogido el último vocable, y, en el Diccionario remitirá a él *governabilidad*: es el modo de expresar su preferencia por el primero. Pero el triunfo de *governanza* será difícil: la América hispana habla casi constantemente de *governabilidad*; en portugués, se enfrentan, como en español, *governança* y *governabilidade*; en francés domina *gouvernance*, pero no desconoce *gouvernabilité*, incluso en títulos de libros; y en italiano *governabilità* es casi exclusivo; en España mismo, en Barcelona, funciona el *Instituto Internacional de Governabilidad*, y en catalán abunda *governabilitat*.

Creo que la apuesta académica por *governanza* es sensata; por una parte, nos aproxima gráficamente al inglés *governance*, donde se ha forjado el concepto; nos acerca también al francés y al portugués. Y por otro lado, conjura la confusión entre dos significaciones diversas de *governabilidad*: la que espera Ibarreche para seguir, y la que nombra cosas muy hermosas, propias de este día aún epifánico.

Retrato de familia

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 04-02-2001

Primero fueron los reyes y próceres, que podían pagarse un pintor para que les hiciera un *goya* a ellos con su mujer y la prole. Vino después el fotógrafo trotamundos, con el cajón milagroso por las ferias, del cual salía una avecilla espantada por el magnesio; aquel susto permitía plasmar en cartulina al severo labriego o al comerciante que podía permitirse tal plasmación, sentado en medio, erguido el talle, leontina al vientre, la mujer de pie y toda su camada. Se consagraba así el retrato de familia pudiente, destinado al ocre. Los japoneses vinieron al fin, el arte fotográfico se popularizó y todo el mundo tiene, entre infinitas, algunas instantáneas con su parentela hechas en el bautizo del bebé o en la boda de la niña poco antes de divorciarse. Nadie o casi nadie llama ya a eso *retrato* o *foto de familia*. Ahora se llama retrato o foto de familia al que es sin familia: ciudadanos diversos con algo en común se han reunido, a la voz de ¡los fotógrafos esperan!, y se ha precipitado hacia unas gradillas *ad hoc* para posar como azores en alcándara o vencejos en alero, hombro con hombro, egregio junto a egregio, y salir en la foto llamada *de familia*. Muchas veces, la reunión ha sido a cara de perro, pero, cuando menos, le sirve al retratado como testimonio de haber estado allí. Lo cual puede aportar algún voto a los políticos, y nostalgia a quienes estudiaron juntos hace ya que ni se sabe. Es admirable y didáctico presenciar en vivo y en directo, como transmitido por televisión, un cambio semántico así, es decir, la muerte total y el nacimiento simultáneos de significados en una palabra. Lo cual no mueve a lamento, como ocurrió con *oír* o con *acabar*, asesinados en poco tiempo por los medios audiovisuales.

Esos últimos matices que permiten distinguir significaciones próximas pero no iguales son los que están desapareciendo apresuradamente y dejando nuestro idioma en pura raspa: lo hemos señalado muchas veces. No hace mucho, me contó una hija mía que se *había muerto de la risa* por no se qué; sin embargo, estaba bien viva ante mí, y tuve que reprenderla por decir aquello delante de sus hijos. Pero, de repente, por las ondas sobre todo, he oído cien veces ese horrorcillo, que extingue la distinción, por ejemplo, entre *morirse de rabia* y *morirse de la rabia*, *morirse de cansancio* y

morirse del cansancio, morirse de pena y morirse de la pena, donde, sin artículo, la expresión tiene un simple sentido ponderativo o hiperbólico. Con el artículo, significa literalmente palmarla. Como es natural, la Academia sólo da visado a *morirse de risa*, locución que, con su habitual desparpajo, identifica con *mearse de risa*. Pruébese a meter aquí el artículo, y se verá cómo ello produce un rubor íntimo y húmedo a quien se ríe.

Nadie que escribe en la prensa o soliloquia en los audiovisuales emplea el idioma con impunidad: son muchos los comunicadores que sufren tundas diversas, con cartas al director o a otras personas, por ejemplo, dentro de la modestia, a mí. No siempre son justas las quejas, pero casi siempre son punzantes; no lo es una, singularmente gentil, recibida de París, en que se me pide que, 'sin delatar a sus autores', corrija públicamente un grave error. El supuesto tropezón es un titular de este periódico que reza así: 'Veteranos del Golfo enfermos advierten de que la historia se repite en los Balcanes'. Pero no hay error, y no estará solo este lector en tal creencia: son muchos los convencidos de que *advertir de + que* constituye siempre un caso de dequeísmo. Y no es así; de los numerosos ejemplos que aporta el gran Diccionario de Cuervo, elijo este de Martínez de la Rosa por su brevedad: 'Llegó un criado que le advierte de que vive'. Los bastante más antiguos y más largos, que absuelven de sospecha al titulador: simplemente, ha apelado a una vieja sutileza de aquellas que, como decíamos, daban a los hablantes más cartas en el juego del lenguaje. En efecto, *advierten de que + oración* llama la atención sólo sobre ésta, es decir, sobre la advertencia; en cambio, *advierten que*, podría significar 'dan cuenta' o 'avisan', orientando igualmente hacia la advertencia, pero también que ellos, los veteranos, 'se dan cuenta de que la historia se repite en los Balcanes'. El periódico quería conducir la atención sobre el aviso, y no sobre quienes advierten. No hay, pues, dequeísmo en el rótulo, sino algo que llaman los gramáticos un complemento regido.

Siguiendo con periódicos en la mano, no es difícil toparse abundantemente con tropelías de este tipo: *Zapatero declaró que 'queremos dar un paso más'*. (Véase cómo están dislocadas las comillas del estilo directo, el cual tendría que haber sido reproducido así: *Zapatero declaró: 'Queremos dar un paso más'*). Pero el escritor, al preferir el indirecto, le ha torcido el pie al verbo, con esguince de modo y persona; una vez sana, esa frase se escribiría de esta manera: *Zapatero declaró que querían dar un paso más*. Emplear juntos el *que* y las comillas puede provocar muertos de la risa.

Es muy poco probable, sin embargo, tal suceso, ya que el siguiente titular de un diario madrileño no ha producido ninguna catástrofe: *Mariano Rajoy ha dicho que 'si somos objeto de ataques por Liaño, nos defenderemos'*. Al seguir leyendo se advertirá que el Gobierno no teme ser objeto de embestidas por parte del señor Liaño, sino que está dispuesto a dar estopa si lo atacan por el indulto del ex juez. Brillante combinación, pues, de comillas extravagantes y sintaxis de molusco.

Pero, en fin, dejemos aparte la prensa y encendamos la televisión: ¿qué oímos? Está comenzando el diario hablado y su presentador vuelca atentados, accidentes, vacas locas, violencias de sexo, terremotos, necesidades de la ministra...: la costumbre. Pero, de pronto, salta magnífico lo extraordinario: se acaba de decir que mil kilos de hachís han sido puestos a *recaudo de la Guardia Civil*. Por los sesos del oyente atento brotan de pronto chispas de entusiasmo: ya no se dice *a buen recaudo*, que antes significaba 'a salvo de una amenaza, en lugar seguro', y la mente, así encendida, goza pensando que aquella droga se ha salvado de las asechanzas de los guardias. Pero ¿qué español aprenden nuestros licenciados? (¿Y qué francés? El presentador de un concurso muy popular y visto -el concurso y el presentador- ofrece a diario su desdén por él y por otros idiomas. En una pregunta tuvo que nombrar, hace una semana, a Proudhon, pero lo convirtió en *Práudon* o algo así, que quería ser inglés, y que hacía anglo al famoso anarquista galo; lo cual no sólo mostraba desprecio por la lengua francesa, sino por una cultura de un grado inferior al de general). Decididamente, la familia hispanohablante sale bastante mal en el retrato.

Reforma

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 04-03-2001

Es casi seguro que, en la plaza, el torero y el toro enfocan la corrida de modo distinto. Y muy cierto que la noticia de que va a regularse de otra manera (endurecerse, se decía en estas páginas) el ingreso en la Universidad será acogida con cierta ira y temor por quienes viven en la edad áurea del estudiantado. El propósito ministerial tiene mucho de positivo: que el gobierno, un gobierno, se haya decidido a mirar el panorama que ofrece la enseñanza; y bastante de malo: el precedente triste de que todo cambio en tal tinglado conduce a peor.

Sin embargo, cada renovación es seguida por una esperanza, como quizá haya brotado en la profesora andaluza de Leyes que me ha enviado, con una carta estremecida, un manojo de ejercicios de Selectividad estremecedores. Huyendo de todo dramatismo, declarándolo sin énfasis y sin olvidar nada, la situación de todo el sistema educativo figura desde hace varios decenios entre lo más grave que le pasa a España. En todas las carencias nacionales, disimuladas bajo una policroma sombrilla de bonanza material, subyace la enorme debilidad de la instrucción nacional, que, dicho con brevedad, incumple su función social.

Como es natural, el lenguaje exhibe esa realidad como una radiografía o, mejor, como una resonancia. No se trata de que se entrometan en él neologismos, tantas veces beneficiosos, sino de una creciente falta de intimidad que poseen los hispanohablantes con su idioma; parece que, en muchos dedicados a hablar o a escribir para el público, se ha quebrado la relación entre los vocablos y su significado, de tal modo que ambos tiran por su lado: no tienen el gusto de conocerse. Así debió de ser Babel.

Eso no siempre ocurre con palabras raras, antes al contrario. Seguramente, atravesó con nota el coladero de la Selectividad aquel comunicador que, hace poco, escribía: 'Quince kilos de cocaína han sido puestos a recaudo de la Guardia Civil'. Si algo significa esta frase es que la coca ha sido puesta a salvo de unos guardias perseguidores, tal vez jadeantes como galgos tras

liebre.

Quizá un primo del anterior es el causante de este otro estropicio: a alguien se le ha dado una medalla por los méritos *contraídos*, con lo cual esos méritos eran probablemente una gripe, a no ser que un bajón de temperatura los hubiera achicado; porque en español, *contraer* se reserva para las enfermedades y para lo encogible. Aparte, claro, el matrimonio, indeciso entre ser enfermedad o mengua.

He aquí otro ejemplo de corrimiento del significado: un locutor de radio, narrando un caso de abnegación maternal, ha enternecido a la audiencia hasta la lágrima. Y el narrador glosa el relato: es, dice, 'una historia llena de *humanismo*'. Resulta extraordinaria la capacidad de *humano* para inducir disparates. Cuando la creíamos limitada al aborto ya asentado de *crisis o catástrofe humanitaria* (adjetivo, todo el mundo lo sabe menos muchos, que califica a lo que mira o atiende al bien de las personas: ni de lejos es propio de los terremotos), he aquí que *humano* traslada sus inocentes priones a *humanismo* y lo enferma. No bastaba con hablar de una catástrofe *humana* o de una historia llena de *humanidad*. Parece fácil aprender las diferencias entre *humano*, *humanitario*, *humanismo* y *humanidad*; pues no: para muchos, chino.

Ahora estamos viendo, faltaba más, un partido de fútbol: el estadio Bernabeu es una inmensa olla de luz y de rugidos hirviendo en la gran avenida madrileña. Sobre la hierba acontece el ordinario vaivén del balón. De pronto, a un jugador contrario se le suelta el pie, hiere un muslo casero y le hace una larga brecha; el lesionado sangra por ella, y el locutor hace notar lo grande que es aquella *cicatriz*. Otro pigre a quien la significación se le desprende del significante: repetimos que ocurre mucho.

Un nuevo caso: en un encuentro reciente, un defensa infligió a un adversario una patada sin sangre pero con dolor, si lo medimos por los retorcimientos que hacía el supuesto dolido por el césped. El partido estaba caliente, los jugadores acudieron rápidos a la dialéctica de los puños, y se armó la tángana. El narrador televisivo no dio importancia al asunto; con voz tranquila, aseguró que era un choque *costumbrista* siempre que se enfrentaban aquellos rivales. Por falta de puntería, su locuela fue a llamar *costumbrista* a lo que era *acostumbrado*. ¿Mero lapsus casual? Es posible pero improbable, dada la amplitud de esa forma de errar que vamos viendo.

La cual tiene otra refulgente manifestación en la reciente noticia de una encuesta hecha entre entrenadores de fútbol: se les preguntaba qué equipo ganaría la Liga, y todos coincidieron -con matices- en el Madrid. Lo cual expresó así un gran periódico de la Corte: *Unanimidad en cuanto al favoritismo del Madrid*. Dado que el *favoritismo* se produce cuando el favor prevalece sobre la justicia, los tales misteres, según el reportero, se adhieren a aquella tontería coral, tan cantada por esos campos de Dios, según la cual

'Así, así, así gana el Madrí'.

Justo al llegar a este punto del escrito, me llega una carta de mi tierra con el recorte de un querido diario: corrobora con fulgor la tembladera que ha entrado al idioma. Más de una vez he señalado cuánto aumentaba la confusión de *corpulencia* con *envergadura*, identificando la fortaleza física con la largura de ambos brazos extendidos. Ya anda consagrada la equivalencia por varios diccionarios y entrará sin remedio en el académico: otra distinción significativa que se esfuma. ¡Son tantas desde que, hace ya mucho, se suprimió el examen de ingreso a los diez años! En el recorte antedicho, se refiere cómo varios testigos vieron a un etarra colocando un coche-bomba en Madrid hace unos días, y continúa: 'Los vecinos explicaron en su primera declaración que era de *envergadura delgada*'. Al lado de quien se expresa con tanta valentía, los místicos, maestros del oximoron ('muerte que das vida', 'oh regalada llaga', 'que muero porque no muero'), parecen poco inspirados.

Tan oportuna sorpresa me ha quitado holgura para otro asunto constituido en epidemia. Salta a los ojos cuando se leen o se oyen cosas así: 'El consejero dijo que era necesaria una *actuación* radical contra la pobreza', 'Hay barriadas en situación de *actuación* permanente', 'A lo largo de este año se *actuará* en las carreteras', etc., etc. *Actuar* y *actuación*: son la última moda, y caen tanto sobre el papel como misiles en Bagdad. Habremos de verlo con más espacio. Y aún hallo en otro diario no madrileño esta pepita de oro: 'Durante doce horas consecutivas, cientos de almonteños pasarán por la Casa de la Cultura para recitar los versos que componen *Platero y yo*'.

Reforma ya, o nos anegamos. Pero, eso sí, con tiento, pericia y justicia; si no, recemos lo de aquel parálítico en Lourdes.

Primavera verbal

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 01-04-2001

Verba volant. Y ¡de qué modo vuelan en esta primera primavera del siglo! Como golondrinas, como violeteras, como moscas. O, mejor aún, como abejas rubenianas, que pican en el corazón de quienes son sensibles a estas importantes quisicosas. Pululan por las ondas, sobreviven a los ciclones, a las inundaciones. Abres un transistor, una teuve, un diario y allí están, tenaces, estos *verba* volanderos, nada volátiles: no se disipan.

Y es que el gobierno, acéptelo o no, brinda demasiadas ocasiones para ello. Así, se le ha ocurrido aprobar ahora el uso de la píldora anticonceptiva que, durante las veinticuatro horas posteriores al evento, actúa en lo derivado como un bazuca. Era esperable que, apenas trascendiera la noticia, los medios fueran a ponerse a hablar como locos de la *píldora del día después*. Y así ha ocurrido. Quizá la probada discreción gubernamental no haya encontrado mejor momento para autorizarla que este arranque de la primavera. Ahora bien, ¿se ajusta a la realidad eso de *el día después*? ¿Acaso escasean los casos en que, oh jóvenes, no existe tal día, ya que todos los días son hoy?

Pero, en fin, estas meditaciones son demasiado trascendentes, y los vocablos tienen naturaleza alígera y frágil; tanto, cada día más, que mucho las aúpan o derriban de un soplido. Esto de *el día después* fue alzado por novadores de inglés enteco, que vieron profusamente anunciada, hace años, por todo el país, una película exitosa (hablando de cine, este adjetivo horrible va bien), titulada en nuestras carteleras *The day after*. Magnífico, se dijeron; y *el día después* quedó anclado en sus teclados y en sus voces como ocurrencia prestigiosa. De ese modo, se consumaron al menos dos violaciones: se cambió el adverbio *después* en extraño adjetivo para calificar el nombre *día*; y, de paso, se arrumbó *el día siguiente*, dejándolo apto sólo para la tercera edad. A los pobladores de ésta nos resulta muy difícil entender cómo el idioma español se ha divorciado tanto de las meninges contemporáneas. Y nos produce perplejidad que los medios impresos y las emisoras se encarnicen con él de tan malos modos.

Cientos de neologismos entran en nuestra lengua con su pan bajo el brazo; quiero decir, con las cosas nuevas que nombran o con matices que no percibíamos; salud para ellos y bienvenidos, pues traen modernidad y ganancia. Pero no se sabe bien qué pintan y qué demonios hacen por aquí groserías como ésta, impresa en el folleto que acompaña al tal vez más conocido periférico de ordenador: 'Manual *instructivo* de operación para la impresora...'. ¿Qué será eso de *instructivo de operación*? Estas empresas gigantescas, ¿no podrían tener traductores que establecieran una relación razonable entre ellas y los miles de clientes que hablamos español? ¿Tan a salvo se sienten de medidas legislativas que un gobierno podría establecer - sin ir más lejos, Francia- para impedir la ofensa que se hace a los ciudadanos llamando *manual instructivo* al manual de instrucciones?

Pero, en fin, hay que acostumbrarse: pedito de monja en Nueva York, pedorrera en Europa. Oigo por la radio a un excelente periodista: viene de las costas gaditanas de la muerte, donde ha visto varios cadáveres de patera varados en la orilla misma de su sueño. Ha llegado al estudio profundamente impresionado. Por ello, advierte a sus contertulios, le es imposible ser más explícito: no ha tenido aún tiempo para *procesar* lo que ha visto; así lo dice, y así lo repite. A mí me aflige lo que cuenta pero los ojos -aberración profesional- se me van al verbo del relato. *Procesar*, dice el diccionario, es un término tecnológico que significa 'someter datos o materiales a una serie de operaciones programadas'. Yo sólo conocía esta acepción: escribo en un ordenador, que está ahora mismo procesando lo que escribo. Así que creí hallarme en el nacimiento mismo de una novedad, pero no: resulta que, según el gran archivo académico, es habitual, desde hace un cuarto de siglo, concebir el cerebro como un procesador al que le entran los datos, los hace rodar por las fibras mielínicas y los saca aptos para el consumo. Lo ignoraba por tener tan abandonada mi, antes predilecta, información psicológica. Y como temo que a muchos lectores les pase lo mismo, ahí tienen el advenimiento de esta metáfora informática inglesa, ya más que adolescente, audaz, sugestiva y útil: procésenla y disfrútenla esta primavera.

Pero no abandonen por ello otras noticias apremiantes; así, la del gran club vasco que ha cambiado de presidente por estos días. ¿Qué rumbo imprimirá el vencedor? Un cronista deportivo radiofónico tiene la clave: se propone desarrollar un proyecto *continuista del anterior*. Otra mala avenencia entre el vocablo y su significado: *continuismo*, dice el diccionario, y parece cierto, es la 'situación en que el poder de un político, un régimen, un sistema, etcétera, se prolonga indefinidamente, sin indicios de cambio o renovación'. ¿Es ser *continuista* o ser *continuador* lo que se propone al nuevo presidente? Porque se puede continuar y renovar, evitando dar de lo mismo, y menos, cuando lo mismo no es boyante. Pero distinciones así, que se aprenden mientras se está aplicado a la teta materna, parecen inaccesibles en esta época en que suele administrarse leche de farmacia.

En los mismos laboratorios parece haber mamado un colega del anterior, éste de TVE, que contando el reciente partido del Madrid contra el Leeds, dijo literalmente que ninguno de los dos equipos estaban jugando 'con calidad pero sí con *animosidad*'. Sin embargo, no se apreciaban codazos ni había montería de tobillos, sino sólo buen ánimo o entusiasmo en el juego. Y, en efecto, éste podía ser calificado de *animoso*, y, por tanto, vendría bien lo de *animosidad*: es el primer sentido del diccionario, que Manuel Seco diagnostica como 'raro'. Más que la calentura, podríamos añadir: porque he rebuscado por el banco de datos de la Academia: en los veinticinco años últimos y, en los más de cien registros del vocablo, éste trabaja sólo con un único significado: *animosidad* equivale a 'aversión, ojeriza, hostilidad'. Y como es improbable que aquel comentarista pretendiera hacerse el arcaico, o aspirara a convertirse en autoridad léxica a contrapelo, sólo cabe interpretar que el tal vocablo aleteaba por su mente sin control, y, en pleno despeñamiento, se le agarró a *animoso*.

Mientras concluyo estas columnas, mi fax echa su primer capullo primaveral: es publicidad. ¿Por qué no se prohíbe este abuso, pues la paga - en rollo de imprimir- quién la recibe? Y ¿por qué han de ser provocativos sus textos? Esta flor de papel que me han metido al despacho no cautiva: ofrece el viejo *buzoneo*, ya saben, llenarnos el buzón de basura, pero también *parabriseado*, ponernos anuncios en el parabrisas. Un asco.

Alud de excepciones

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española

EL PAÍS | Opinión - 06-05-2001

El correo de este mes me ha hecho temblar las manos con la cólera vibrante de lectores que se sienten lingüísticamente ofendidos por el título de la película *Antes que anochezca*. Falta un *de*, claman: *Antes de que anochezca* sería lo correcto. Contra tales protestantes se ha escrito en este periódico que son unos 'puristas', con el mismo desdén progre que ponía el loro de Iriarte en su insulto a la cotorra castiza: 'Vos no sois que una purista'. Pues no; sería purista quien, al contrario, viendo anunciado *Antes de que anochezca*, exigiese *Antes que anochezca*, porque esta es la construcción 'pura', la única que emplean los clásicos: '*Antes que* la noche viniese, di conmigo en Torrijos', cuenta el pícaro salmantino. Y como él, don Quijote al aseverar: '... tengo determinado de ir *antes que* en otra aventura me ponga'. De ese modo, sin preposición, se mantuvo tal precisión temporal hasta nosotros; y cuando el desventurado novelista cubano Reynaldo Arenas tituló así el libro en que han basado la película, andaba en la compañía más solvente.

Pero ¿por qué recusar a quienes prefieren *Antes de que anochezca*, si ello es también posible, desde finales del siglo XVIII al menos? Rufino José Cuervo apela a Alberto Lista para documentarlo: '*Antes de que* los Reyes Católicos expeliesen los judíos...'. Ello, sin duda, no gustaba al maestro colombiano, ya que, en sus admoniciones a los bogotanos, diagnostica como 'desaliño' tal uso; sin embargo, algo más tarde, en su *Diccionario*, no prevenía contra él. Y es ésta la fórmula que hoy alterna ventajosamente con la clásica, de tal modo que María Moliner la registra con el ejemplo '*Antes de que* salga el Sol', y confirma en un apéndice que 'parece razonable no negar legitimidad' a esta construcción. De igual modo, el *Esbozo* académico de 1973 se limita a afirmar, sin restricción alguna, que ambas locuciones se emplean para expresar la simple sucesión más o menos mediata. Y es que, como hemos dicho, la fidelidad al *ante quam* latino cesó hace más de doscientos años entre gente ignorante -¿quién ha hecho en lo básico los idiomas neolatinos sino los ignorantes?-, y obró la presión analógica (perdón Varrón, ave César) de '*antes de* anochecer'; o de '*antes de* la noche', introduciendo la oración sustantiva *que anochezca* allá donde estaban sus parientes gramaticales: un

nombre o un infinitivo. Una muestra de la actual preferencia por la fórmula con preposición lo ofrece el error de una conocida enciclopedia que, al enumerar obras de Arenas, le atribuye 'Antes *de que* anochezca'. Y eso sí que es pasarse.

Pero estas son cuestiones demasiado arduas para ponerlas negro sobre blanco en un periódico. Lo de poner *negro sobre blanco*, con el significado de 'poner por escrito', es cosa que ahora gusta mucho en los medios de comunicación, y hasta hay un programa así titulado en la horrorosa televisión nacional que intenta convertir en lectores a los televidentes con inyecciones de idioma legítimo en vena. Para ello, calca el inglés *black and white*; si el español era, según una definición clásica, un latín mal hablado, pronto será un inglés chapurreado.

Aun desde muy lejos del purismo, causa malestar tanto maquillaje de marca anglosajona incrustado a brochazos en el español sin que añada nada al natural. Recuérdese el *Damas y caballeros* en los filmes doblados o ya en los de aquí, soslayando el *Señoras y señores* que era de norma en nuestros perorantes. Y no se olvide la fascinante sandez, tan repetida en la pantalla grande o pequeña cuando dos personajes se encuentran pasado algún tiempo, y se ponen a recordar en estilo neomanriqueño los *viejos tiempos* (*old-time*).

No de aquellos, sino de estos tiempos es la amenaza de una innovación que algunos llaman televisión digital *terrenal*. Pero ¿aún cabe una televisión más opuesta al cielo que la de ahora? Si *terrenal* es, en español, lo contrario que *celestial*, una de dos, o estos terroristas del lenguaje creen que es empíreo todo lo que ahora sale por antena, o meten de matute el inglés *terrestrial* que, en esta acepción, es decir, la de *terrestrial transportation* (y no por aire o mar), equivale a *terrestre*. Pero no lo saben.

Volviendo a nuestras flojeras propias, esto es, no contagiadas por virus exteriores, prosigue incansable la conversión de los verbos intransitivos en transitivos; choca ahora *batallar*, al que analfabetamente se atribuye la misma naturaleza gramatical que a *combatir*. Por ello, cuando hace poco murió el gran narrador venezolano Uslar Pietri, uno de nuestros periódicos más ilustrados lo definió como 'un intelectual que *batalló* la injusticia con las armas de la palabra'. De igual modo, se ha afirmado que los pescadores andaluces, a quienes están arrebatando una parte esencial de su vida, están *batallando* su derecho a pescar en aguas moras.

Cunde, por cierto, la creencia en que este adjetivo, tan latino (*maurus*), es peyorativo; puede serlo, al igual que *español* cuando, por ejemplo, lo exudan con intención de miura abundantes labios donostiarras y vizcaitarras; pero resulta completamente aséptico para designar, según el Diccionario académico, al 'natural del África Septentrional frontera a España' y, funcionando como adjetivo, a lo relacionado con los de allí y con sus cosas.

Los propios moros estiman ofensivo que se les llame moros, y muchos prefieren ser aludidos como *musulmanes*; pero nuestros pescadores, firmes en la seguridad católica que les dan sus Vírgenes, no desean faenar en caladeros mahometanos -pues esto significa *musulmán*-, sino sólo en los pertenecientes a Marruecos, aunque sus aguas no sirvan para bautizar, por moras. O por *marroquíes*, hablando más precisamente, si se insiste en ver xenofobia o racismo en *moro*. Ambas cosas hay sin duda, pero esta es carga aneja a muchos gentilicios, y *marroquí* no la alivia.

Entre las alegrías que pueden permitirse no sólo los políticos sino también los informadores, está la de negar el principio de contradicción; ocurre cuando, con toda maestría, afirman que una cosa es y no es a la vez. Hace un mes murió el atleta Diego García, y un periódico comentó que su repentino fallecimiento era 'el último caso de muerte súbita de un deportista, *algo excepcional, pero que se repite con alguna frecuencia*'. Se trata, con todo, de un gozo mínimo comparado con el de hace unos días, cuando un veterano cronista narraba así: 'La Reina, que había nacido y crecido entre caballos, con un intenso cariño hacia ellos, me recordaba con espanto cómo un toro destrozó literalmente a dos *jumentos* bajo el palco real que ocupaba junto al Rey'. ¿Son excepciones ocasionales, o es que está ya así de enlodada nuestra lengua en muchas mentes?

Para nada

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 05-06-2001

Basta asomarse a un periódico para ver que la inmigración está trayendo abundantes jaquecas. Como ésta: con muchos africanos ha llegado a España el rito de la clitoridectomía. Ya se sabe, poner salvajemente a las mujeres en el trance de exclamar con Jorge Manrique, '¡Cuán presto se va el placer!', si ya lo han acordado; y si no lo han acordado, tristes por no haber comprobado en carne propia si da dolor o no. Es asunto que no debe tomarse a ligera: hay que alzar sin contemplaciones nuestra ley frente al cuchillo cercenador. Y como todo mal deja huella en el lenguaje, ya tenemos una palabra nueva: la radio -aún no la he leído- habla de mujeres *ablacionadas*; si hay hombres *capados*, ¿por qué negar el participio al otro sexo?

El desenfado con que se inventan palabras como ésa es uno de los rasgos más evidentes del español actual. Dada la recatada modestia de nuestra lengua, tales invenciones eran muy mal vistas en el pasado, pero ese pudor ha perecido ya con otros pudores antiguos. Aunque bien mirado, tampoco hay por qué amordazar a los traviesos: si exigimos libertad, que hablen como quieran. El *mandatario*, bien es sabido, era el elegido por el pueblo -o el dictador- para que gobierne, es decir, un mandado para que mande. Más que traviesa se mostró una conocida comunicadora al decir: 'Desde que *mandata* Bush...', no recuerdo qué *mandataba*, pero ella se divirtió haciendo una higa al diccionario, y arrebatando al pueblo yanqui la potestad de *mandatar*, para entregársela a Bush. ¿En quién *mandata* el gran mandón, si ya no tiene a quién? Por lo pronto, ella y otros han convertido *mandatar* en un suplente con más amplia hechura -los exiguos de idioma optan siempre por lo más largo- de *mandar*.

Este gracejo contagia también su alegría a la gramática. Una de esas noticias macabras, que tanto gustan a los medios sin excepción -ábrase el televisor durante la comida para comprobarlo- rezaba así en un diario del mes pasado: 'Un podólogo *degolla* a su empleada porque quería despedirse', en la que, aparte su ambigüedad, aparece ese lindo *degolla* -igual que de *arrollar* decimos *arolla*-, y que tanto satisfará a los analogistas profesos. El

hallazgo abre el camino a una insurgencia digna de César: ¡mueran los verbos irregulares! Pero no triunfará sin grave oposición de quienes se empeñan en hacer usos desinhibidos de la gramática, y van por el mundo de anomalistas. Como esa otra gentil presentadora de un celebrado concurso televisivo, que, sin perder su encantadora sonrisa, decía hace poco a unos concursantes: *'Lleváis consigo 33 puntos'*. Se rebelaba así contra esa lacerante obligación que impide concordar la segunda persona (*lleváis*) con la tercera (*consigo*). No sé, en cambio, si hubo desvío en quien, transmitiendo por televisión una corrida de la Maestranza, justificó un mal par de un peón de Jesulín 'por su *envergadura* reducida'. ¿Es que el peón tiene cortos los brazos?; si es así, el comentarista habría acertado, y el banderillero tendría mucho mérito por osar serlo. Pero si se limitaba a ser bajito, esa *envergadura* constituía sólo la millonésima proclamación del disparate.

Sin embargo, una de las novedades más rápidamente implantadas por nosotros ha sido ésta: -'¿Tú crees que se irá por fin ese señor? -¡*Para nada!*'. Esta ingeniosa negación, habita, me parece, entre gente con un punto más de finura que el común, el cual sigue respondiendo *no* o *quia* si habla por lo breve, o, si se pone enérgico, optando por *ni hablar, de ninguna manera, ni mucho menos, de ningún modo, que te crees tú eso* y expresiones así; se exceptúa algún viejo que en sus tiempos estudió latín, y que será capaz de responder, a lo humanista, *nequaquam*.

La génesis de esta invención parece clara: apareció como simple refuerzo al igual que otras formas de negar; de 'No lo temo *en absoluto*', este rotundo apéndice se autodeterminó, se independizó y pasó a ser un soberano y rotundo *no*. 'Lo temes -*En absoluto*'. Eso mismo ocurrió con este *para nada* de hace pocos años, a través de fases, como las siguientes, que partían de un depauperado sentido final originario, y que ha llegado a extinguirse del todo: 'No la dejan salir *para nada*', 'Con esto no tengo *para nada*', 'Su enfado no le sirvió *para nada*', 'En la reunión, *para nada* intervendrán los ministros', 'No cuento *para nada*', 'Ese individuo no me gusta *para nada*', etc. Pero María del Monte, en 1990, rechazaba el infundio de que en el Rocío sólo hubiera borracheras; por el contrario, lo que hay, decía, es mucha devoción. Pero le parecían mal unas vallas que ponían para retener a los romeros: 'A mí, no me gustan *para nada*', sentenciaba, sin el más remoto sentido final. Por entonces, en ámbito artístico bien diferente, un personaje de la admirable Paloma Pedrero preguntaba a otro si le estaba dando la tabarra; y éste contestaba 'No, *para nada*'. Era ya el paso decisivo: el significado de *no* había invadido el de *para nada*; y la ablación del *no*, hoy tan en auge, vendría a poner un punto de exquisitez a la energía.

Gusta proclamar alguna vez una noticia buena: parece que el idioma jurídico, tan amojamado y mustio hasta ahora, va a recibir un enérgico tratamiento rejuvenecedor para hacerlo más claro y elegante. Así lo declara en su exposición de motivos la Ley de Enjuiciamiento Civil del año 2000,

donde dice: 'En otro orden de cosas, la Ley procura utilizar un lenguaje que, ajustándose a las exigencias ineludibles de la técnica jurídica, resulte más asequible para cualquier ciudadano'. Para ello, sigue, va a 'mantener diversidades expresivas para las mismas realidades'. Y ejemplifica ese recién nacido desparpajo anunciando que se dispone a utilizar como sinónimas las palabras *juicio* y *proceso*, y que va a usar indistintamente *pretensión* y *pretensiones*, y *acción* y *acciones*. Sólo menciona estas audacias, pero hay más, muchas más. Así, en el párrafo citado, que comienza con el tópico periodístico, sonrojante en una Ley, *En otro orden de cosas*, utiliza *asequibles* por *accesibles*, solemnizando tan disparatada sinonimia.

Hay otras muchísimas audacias conspiradoras contra la ley del idioma, que tantos legistas no respetan para nada, y que es más antigua y universal que la de Enjuiciamiento. De contar con paciencia para leer la prosa de ese indigestible texto, saldrá disparado un dardo. De momento, ahí va un ejemplo de la claridad que de sí mismo proclama este aborto de las Cortes: 'Esta realidad, mencionada mediante la referencia a los consumidores y usuarios, recibe en esta Ley una respuesta tributaria e instrumental de lo que disponen y puedan disponer en el futuro las normas sustantivas acerca del punto, controvertido y difícil, de la concreta tutela que, a través de las aludidas entidades, se quiera otorgar a los derechos e intereses de los consumidores y usuarios en cuanto colectividades'. Olé.

Desde el proscenio

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 01-07-2001

La primavera se me ha despedido con el enfado de un catedrático de Derecho a quien ha molestado mi crítica del mes último al lenguaje de la Ley de Enjuiciamiento Civil. A juzgar por su irritación, ni el autor material de ese texto, para cuyo entendimiento, asegura, hacen falta saberes jurídicos, pondría tanta energía en su defensa.

Según dicen, el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento, pero, ¿cómo vamos a cumplirla los profanos en tales saberes si no la entendemos? Porque no sólo se legisla para abogados: creo que alguna caridad merecemos los ciudadanos para no correr el riesgo de que nos enchironen estando in albis.

Decía yo que el abstruso texto *solemniza* la 'disparatada sinonimia' de *asequible* y *accesible*. Me refuta su defensor aduciendo cómo la sanciona el diccionario de María Moliner. Añadiré a su favor que también lo hace el de Manuel Seco, pero ambos diccionarios son 'de uso', esto es, tienen como objetivo descifrar lo que se dice ahora. Los hay, sin embargo, que tienen como finalidad advertir de los usos tuertos. Así, el de la Academia, que reserva a *asequible* su significado etimológico de 'que puede conseguirse o alcanzarse', mientras dice de *accesible* que califica lo 'de fácil comprensión, inteligible'. Éste es, pues, el adjetivo que debiera utilizar la Ley enjuiciada, y no *asequible*, cuando afirma que 'procura utilizar un lenguaje que, ajustándose a las exigencias ineludibles de la técnica jurídica, resulte más *asequible* para cualquier ciudadano' (si es jurisperito, claro).

Dado que mi discrepante se acoge a diccionarios, ahí va esta advertencia del *Clave* (1996), a propósito de *asequible*: 'Distingase de *accesible*, '... que es de fácil comprensión'; y, al tratar de *accesible*, previene que no debe confundirse con *asequible*, ya que significa 'fácil de conseguir o de alcanzar'. Pero un texto aún más reciente, el *Diccionario de español urgente* (2000) de la Agencia Efe, puntualiza: 'Los términos *asequible* y *accesible* no son sinónimos y por tanto no debe usarse indistintamente'; a ambos les asigna

los sentidos diferentes que vamos viendo. Aún más, el *Libro de estilo* de este periódico, donde se publicaron mi artículo y su censura, avisa a propósito de *asequible*: 'No es sinónimo de *accesible*'.

Pues claro que esa sinonimia se produce en el uso vulgar, no es reciente y aparece en escritos más o menos literarios; igualmente, *escuchar* se emplea masivamente por *oír*, o *envergadura* por *corpulencia*: el uso confunde esos vocablos, y un diccionario como el de Seco no tiene más opción que registrarlos. Pero ello no autoriza a que una Ley beatifique la pérdida de precisión expresiva que ocasionan tan irreflexivas sinonimias. No necesitan ayuda para triunfar, por su vulgaridad, y el Diccionario académico acabará entrándolas bajo palio. Actúan ahí las dos fuerzas que pugnan en el vivir de las lenguas, bien definidas por Saussure: la centrípeta, opuesta a los cambios, y la centrífuga, que normalmente prescinde de las perfecciones alcanzadas por los hablantes con el paso de los siglos, y las reduce o elimina, tal como ocurre en el caso de las toscas equivalencias señaladas. Resulta forzoso innovar en el idioma para vivir con nuestro tiempo; pero debemos esforzarnos -la escuela, la universidad, las academias, los parlamentos- por evitar que se nos hagan más indistintos los conceptos y más chicos los cerebros.

No debiera ser la primavera estación de sustos pero, rematándola, está el fin del plazo para apoquinar el tributo al César, en cuyas vísperas me ha venido un escrito del banco donde hace tiempo menguan mis ahorros; en él se somete a mi firma la siguiente declaración: 'Por la presente, y habiendo recibido al menos la primera comunicación con el Informe Trimestral de el/ los Fondos de Inversión de los que soy primer titular, renuncio a la recepción de los mismos, a partir de la fecha abajo indicada'. Se me entremeció el encéfalo: ¿me proponía aquel escrito que dejara a beneficio del banco el resto de cuanto me queda? Porque esos *mismos*, así, en plural, sólo pueden remitir gramaticalmente al antecedente *fondos*: a ellos se me invita a renunciar. Hube de esperar a la noche, cuando ya cualquier programa de televisión me ha dejado algo gagá, para que mi mente conectara con el escrito y comprendiera que sólo se me puede decir no al envío de aquellos informes. Hace años que exhorto a los bancos a contratar filólogos de guardia para evitar, por ejemplo en este caso, la proliferación caribeña de mayúsculas en sus escritos, el empleo de la barra en *el/los fondos*, y que a esta doble posibilidad se refiera luego *de los* que soy titular, menospreciando el singular. Si los bancos y el Parlamento se cartelizan (¡nuevo verbo a la vista!) para arruinar el idioma, vayamos eligiendo cueva.

Por fortuna, el fútbol siempre aporta a las vidas nuestras mucha consolación. Nadie podrá arrebatarnos el orgullo democrático de que, en las últimas jornadas de la Copa del Rey, hayan contendido, junto a dos primeras irrefutables, un equipo agarrado desesperadamente al último eslabón de la división de oro, mi atribulado Zaragoza, y otro que lo tuvo al alcance de la mano y se le escurrió (*eheu te miserum!*, Atlético). Y luego está

la alegría que, en sus oyentes, desencadenan radios y televisiones. Así, en el último partido de esta temporada en La Romareda, donde pudo admirarse a mi equipo (cada uno tiene ahora un equipo como, antes, una religión) dando la cara con victoriosa arrogancia, un locutor (muchos ya están cartelizados con el mencionado cártel) advirtió que los *lugareños* estaban pasando calor: se refería a 'los del lugar', esto es, a los jugadores del Zaragoza, los cuales, como nadie ignora, proceden de Croacia, de Guinea, de Paraguay...: de todo el mapa y color. Es un equipo tan cosmopolita como los demás, y llamar *lugareños* a esos magníficos maños es tanto como convertir Nueva York en aldeorrio.

(No se pierdan, por cierto, cómo están acentuando los informadores *epizootía*, es decir, igual que *tía*, la epidemia de nuestros pobres cerdos).

Tengo anotada otra congoja a propósito de algo tan macabro como es la reciente ejecución de un terrorista en Norteamérica. Varios medios han llamado reiteradamente *cadalso* a la camilla donde, con la mayor asepsia, se despacha al condenado. Cuando era imposible suponer que existía un ente escolarizado ignorante de que el *cadalso* era el tablado de madera donde se ejecutaba la pena de muerte, he aquí que alguien, tal vez esgrimiendo en la mano un título universitario, se adelanta al proscenio y desafía: 'Pues yo llamo *cadalso* a la camilla; ¿pasa algo?'

Lenguaje ortopédico

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 05-08-2001

Hay tonterías que gustan mucho, y que distraen del desconsuelo a que conduce el eclipse veraniego de radios y televisiones; porque entre sus gobernantes se ha implantado la idea de que el estío del calendario conduce a la sequía de los cerebros, y de que seremos incapaces de absorber la carga mental con que nos ponen a prueba durante la temporada. ¿Quién, con este calor -deben de pensar-, podría celebrar como merece el humor de esos dos cómicos que, vestidos casi siempre de mujeres con moño y presunto olor a chotuno, fluye desde TVE apenas asoma el otoño? Por sólo poner un ejemplo, si bien desgarrador, de las carencias culturales a que *nuestros audiovisuales* -puesto que los pagamos- nos someten siempre en este par de meses.

Por fortuna, el lenguaje no deja de peregrinar por las ondas, y de hacer estación -nunca de penitencia- en los medios escritos. Entre las cosas más entretenidas figuran los tópicos; así, ahora que millones de ciudadanos huyen por las carreteras a lugares de donde pronto querrán huir, se dice que marchan a gozar de *unas bien merecidas vacaciones*. Ya hace años me fijé en esta sandez, pero ahí sigue, sin que a sus usuarios se les haya pasado por la cabeza que a más de uno de esos fugitivos habría que obligarles a dar algún golpe (o un palo al agua, como ahora se dice donosamente).

Otro apreciado tópico, pero más moderno, es eso de hacer los deberes: 'Nosotros *hemos hecho ya los deberes* -dice un contertulio radiofónico, despidiéndose hasta septiembre- y podemos tomarnos unas merecidas vacaciones'. El tal quiere decir que ya ha hecho cuanto tenía que hacer, y se siente tan satisfecho de sí como un tierno niño o una tierna niña cuando llegan las diez de la noche y cierra el cuaderno de las divisiones y los morfemas.

Pocas cosas hay más útiles que los tópicos: dan la idea acuñada, sin haber hecho el esfuerzo de troquelarla; circula como la buena moneda (es decir, el euro) que no va de mano en mano, porque 'to' er mundo se la quea'. Nada

más desgarrador que la avaricia de una enorme masa de hablantes para apropiarse de lo mostrenco, que, tal vez, tuvo gracia u originalidad en el momento de su invención. Después, repetido como una señal de modernidad, es sólo una ortopedia que ahorra el esfuerzo de hablar por cuenta propia. Hay, incluso, alguna trivialidad de este tipo que ha sido elevada al altar de la ley, como ya vimos en la de Enjuiciamiento Civil, que salta de un párrafo a otro con la liana *en otro orden de cosas*.

Algunos de estos inventos sustitutivos que absuelven del esfuerzo de buscar y de hallar tienen gracia originaria; así, fue buena la decisión que se tomó en francés, alrededor del año 1959, de crear una metáfora extrayéndola del semáforo: *donner le feu vert o feu rouge*, para significar que algo ha sido autorizado o denegado, y que puede continuar o debe detenerse. En español se adoptó el término *semáforo* a mediados del siglo XIX, con sólo su inicial significado de señal marítima, común en las restantes lenguas europeas, pero, en su acepción de 'señal luminosa para regular el tráfico', no entró, como es lógico hasta la instalación de estos torturantes aparatos, cuyo nombre no registra la Academia hasta 1971. Sin embargo, nuestros oteadores dieron pronto con la locución francesa, y *dar luz verde o dar luz roja* pasó, vía medios de comunicación, a un estrato de lengua semiculto; es poco probable que uno de nuestros pequeños y sufridos ganaderos diga que el Gobierno va a dar pronto *luz verde* al vacuno, pero es seguro que sí lo dirá un subsecretario, si no un ministro. Y que lo endilgarán a sus medios respectivos los dóciles asiduos a sus ruedas de prensa. He recordado algunas veces la maravillosa respuesta del último rey portugués, Manuel II, cuando, habiendo preguntado el nombre del embajador hispano que había de recibir aquella mañana, el pudoroso ayuda de cámara no se atrevía decírselo. Por fin, ante la insistencia del monarca, acaba cediendo: 'No sé si debo, Majestad, pero se llama Raúl Porrás y Porrás'. Estos sustantivos nombran en portugués lo que cabe imaginar. El Rey, con una mueca de elegante contrariedad, se limitó a comentar: '*O que chateia* (lo que molesta) *é a insistência*'. Eso es lo que ocurre con el tópico en la expresión.

Considero, sin embargo, mi-núsculas bagatelas las trampas expresivas mencionadas en comparación con la tremenda memez que suele ponerse como remate o epifonema a la información de algo que, de seguro, va a suscitar controversia. Por ejemplo, que el Príncipe quiere casarse con una señorita de sangre roja; un prohombre ha dicho que le parece mal, que la novia debería ser de prez y de casta; una diputada le ha saltado al cuello alegando que las cosas del corazón no se deciden con análisis genealógicos. El asunto es grave: ¿se debe acudir a la hemostasia sentimental para detener la hemorragia?, o ¿debe permitirse que el flujo amoroso corra y mane a ojos vistas? Y el informador remata el relato diciendo sentenciosamente: *La polémica está servida*, igual que anunciaría un mayordomo la cena. Da lo mismo un asunto u otro; en cualquier caso, y siempre que el hecho produzca diversidad de opiniones; *la polémica estará servida*. En quienes se expresan así, no cabe mayor resignación del orgullo de ser ellos mismos.

Entre tanto, una vieja palabra nuestra se ha visto enriquecida con un ensanchamiento que, en mi opinión, mejora notablemente nuestra visión del mundo. Desde hace pocos años, los jugadores y los toreros aseguran en sus declaraciones que *disfrutan* mucho en el estadio o en la plaza. Desaparece así de nuestra compasión la inquietud que causaba verlos afanados en quedar bien y en no arriesgar tibia o femoral: ya sabemos que están disfrutando a fondo, y no podemos hacer otra cosa que envidiarlos por lo bien que lo pasan. No es que *disfrutar* sea un dislate: desde el siglo XVIII, además de recoger el fruto, significa 'gozar'. Pero no parece que el disfrute sea compatible con el temor a errar, siempre presente en esos oficios. Quien lo hace bien puede sentirse electrizado, dueño del mundo, poseedor de una fuerza casi erótica; pero el Diccionario académico, normalmente tan sensato, da a *disfrutar* el significado de 'sentir placer, experimentar suaves y gratas emociones'. Es impensable que esto ocurra a un as del volapié o de la chilena. Seguro que un entrenador antiguo no sacaba el equipo al campo a que experimentara emociones suaves y gratas. Ni que al torero, cuando sale a recoger el toro le dijera a un peón, con la gravedad que impone la montera calada hasta las cejas: '¡Que lo disfrute, maestro!'. Ahora sí; y hasta es posible que el público, si no disfruta, mande a unos y otros a la porra de antes.

Ya inventamos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española

EL PAÍS | Opinión - 02-09-2001

Contaba Pedro Laín que Baroja gruñía contra una inscripción que ornaba el friso del entonces Museo de Reproducciones Artísticas, cuyo autor, creo, era Eugenio D'Ors; en ella se sentenciaba: 'Lo que no es tradición es plagio'. El novelista confesaba que, hasta hacía poco, lo lograba entender tal aserción, pero se le habían borrado o caído algunas letras, y ahora se podía leer: 'Lo que es adición es agio'; así ya la comprendía. Agio, esto es, especulación abusiva, obtención de beneficios a poca costa. ¿Son agiotistas de lenguaje quienes hoy 'enriquecen' su idioma, y a veces el de los demás, sin apretarse una sola neurona, adicionando palabras o giros tal cual, con su ton y su son, o forjando gilipolleces? (Sobre este término, consúltese el Diccionario académico). El caso es que, además de hacer las rutinarias rapiñas superfluas, algunos hablantes públicos se han puesto a inventar vocablos, giros y acepciones, lo cual nos redime de aquel desdén unamuniano tan cutre de 'que inventen ellos'.

Primero, los saqueos que modernizan nuestra lengua. A modo de ejemplo señalo el de la presentadora de un programa con gente, esos donde tienen su día de efímera gloria los vecinos o vecinas simplemente municipales -una de las infamias mayores de la televisión, a los programas con tanta perversidad mental, me refiero, no al vecindario-, que da la palabra a un señor mayor, el cual cuenta que no tuvo madre porque murió al parirlo; y se le arrasan los ojos. Entonces la presentadora le sugiere con dulzura: 'Vamos, no *sentimentalice*'. Es decir, 'no se ponga sentimental'. ¿Raro? Pues el inglés posee *sentimentalize*, el francés *sentimentaliser*, el portugués *sentimentalizar*... ¿Para qué seguir? Vergüenza da que, en los comienzos del siglo XXI, casi con el euro en casa, pueda parecer ocioso a muchos ese verbo tan internacional. Lo cierto es que ya figuraba en el lenguaje de unos pocos doctos, como fue el filósofo García Bacca, y lo son algunos críticos de arte. Pero parecía impensable tanto allanamiento en su uso hasta que la gentil conductora de aquel programa lo lanzó con piedad al huérfano cuarentón, y dotó al vocablo de un simpático porte suburbial.

Pero, junto a quienes ensanchan el caudal comunicativo por este fácil

sistema, están los o las que se inventan palabras con la misma impavidez que un churrero hace churros. El español ha sido menos proclive que otras lenguas a derivaciones del tipo *sentimental* > *sentimentalizar*. Pero se está empleando *vehiculizar*, que, en lenguaje culto y semiculto, prefieren muchos al plausible rodeo *servir como vehículo*, lo mismo de ideas que de proteínas. El uso de ese verbo es especialmente frecuente en el español de América, donde se documenta (Argentina, México...) desde los años sesenta. Junto a él, y a la vez, aparece *vehicular* (francés *véhiculer*). Tienen el éxito asegurado; parecen más elegantes y refinados que *transportar*.

Pero esta soltura con que otras lenguas europeas han formado derivados sensatos se ha extendido anárquicamente a muchos de nuestros comunicadores, que se entregan a la forja de vocablos con la aludida naturalidad churrera. Estos días, por ejemplo, en que todos los españoles andamos preocupados valorando los primeros resultados de la Liga, llega uno de tales aventureros y filosofa sin respeto alguno a las cámaras acerca de quién *campeonará*. Esa famosa -da lo mismo quién- a la que persiguen fotógrafos tratando de cazarla hasta en actos tan personales como son rascarse o limpiarse la moquita, protesta del acoso (esta vez, no lo cobra), alegando colérica que el derecho a la intimidad está *constitucionalizado*. (¿Se atreverá a desconstitucionarlo el arzobispo de Constantinopla?).

En otro programa, se recuerda que, frente al reconocimiento monárquico a ciudadanos eminentes mediante la concesión de títulos de nobleza, la República instituyó un sistema *premieral*, es decir, de premios. El informador expelió aquello por la boca como si fuera un gas natural. He aquí ahora que un político ampliamente votado habla de *gradualizar* la evolución de las autonomías. No se entiende muy bien qué es eso, tal vez ir cediendo poco a poco y no de una vez, a buenas horas, potestades del Estado. Pero ese prohombre creyó que haber salido elegido en una lista electoral le otorga poder sobre el lenguaje (como ocurre al propio ministro de Justicia, a quien parece gustar lo de *punto y final*: eso está feo).

Otras invenciones son menos osadas y no de tanto mérito, como es lógico. Algunas, de puro viejas, no son ya inventos; un acre y popular radiofonista, al dar cuenta de la prensa del día, alude siempre a *la editorial* de tal o cual periódico, femenino que, antes, pertenecía a la casa editora; el artículo de fondo de los periódicos era indefectiblemente masculino. Un lío parecido sucede frecuentemente al llamar *especies* a las *especias*, esto es, al azafrán, al comino, al clavo... En ambos casos se produce una simplificación del idioma, tan útil para esa humanidad hispanohablante que, en creciente número, asoma por la primera rendija del siglo su joven y chato rostro (al que sobra un ojo para ser otra cosa, según acuñación de Quevedo). En este proceso, continúa incursionando imperialmente por los yermos del idioma el hidrópico *tema*: el comentarista de un partido de fútbol señala cómo el balón ronda junto a la meta y que, al fin, el cancerbero atrapa el *tema*.

Pero volvamos a las novedades absolutas como ahora se dice, entre las que cuento el verbo *transmitir*, intransitivo, tal como lo emplean los taurinos. Cuando el astado que va a morir es soso, y embiste sin gracia y sin entusiasmo -lo que revela inteligencia que debiera ovacionarse si esa terrible fiesta de la sangre no fuera tan irracional- se dice que *no transmite*; y al revés, *transmite* la res estúpida que acude al trapo con fanatismo. Sería en cambio muy normal que el verbo en cuestión se aplicase a personas, animales y cosas que incitan a vivir, que alborozan o alborotan el cuerpo y el alma, desde tal hermosa -o hermoso, según la perspectiva-, hasta un Ferrari, pasando por un bogavante de O Grove. ¡Ya lo creo que transmiten!

Concedo un lugar de lujo a otro descubrimiento que debe ser juzgado como excepcional, y que ha surgido de ese cocedero de novedades idiomáticas que es el deporte. Al igual que en todas filas, graduaciones o escalas, hay un último y, por tanto, un penúltimo. En las clasificaciones deportivas, es bien sabido, al que cierra la tabla se le da el poco piadoso nombre de *colista*; pero el que le precede ¿qué es? ¿Precolista? No, porque también anda por la cola. Y *cocolista*, paralelo al *colíder* del que ya hablamos, es la solución. ¡Con que inventen ellos!, ¿eh?

Onda expansiva

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 07-10-2001

El salvaje hundimiento de las Torres Gemelas neoyorquinas ha removido los cimientos de todo, y quizá sea frívolo considerar la remoción desde el lenguaje; pero el español también plañe estas semanas al pie de la desolación en labios pobres de hispanos pobres, y quizá no resulte más insustancial hablar de él que echarse esos cánticos que se pegan por Nueva York en muestra de pesadumbre.

Los sismógrafos registraron la masacre como si fuera un terremoto, ese brutal enemigo de la geometría, que quiebra la línea recta y deroga el principio de contradicción. Este último accidente podemos observarlo en abundantes noticias que viajan por Internet; el titular de una noticia de *El Excelsior* de México fechada en Kabul, reza: 'No se extraditará a *Bin Laden* sin pruebas'. Pero a continuación asegura: 'El presunto terrorista saudí *Osama Ben Laden* no será extraditado de Afganistán...'. En sólo dos líneas, el rotativo mexicano da un salto gráfico de la *-i-* a la *-e-*. No está solo: días pasados, su compatriota *Mural* lo acompañaba por Internet en la inconstancia. Y así, pudimos enterarnos de que el 'terrorista islámico *Osama Bin Laden*' ya había anunciado un gran ataque contra los Estados Unidos: lo refería 'Abdel Bari Atwan, un periodista conocido por tener acceso a *Ben Laden*'. No son sólo diarios de aquellos países, que, al fin, están lejos de La Meca; desde mucho más cerca de ella, la agencia *Muslimedia* lanzaba en 1998 el titular siguiente: 'Following last month's attempt on the life of *Osama bin Laden*'; y entrando en la noticia, llamaba *Osama ben Laden* al elusivo Pimpinela.

Si salimos de un solo periódico y pasamos a los demás del mundo, el bandedo del *ben* al *bin* es de vahído. No se trata de abrumar, pero he aquí: *The Star* de Jordania, *bin*; el *Jordan Time*, de ídem, *ben*. La *Revue* de Líbano, *ben*; también escribe *ben* la versión electrónica en inglés del diario *Pravda* de Moscú. Y como la cercanía de esta lengua infunde *bin*, así lo escribe el *Granma* cubano. Por el contrario, la agencia *Afgha*, de la resistencia afgana, difunde *ben Laden*, así como la prensa gala, casi en su totalidad, con *Le Monde* o *Le Figaro* al frente, y con la agencia *France Presse* en todo cuanto

cubre, incluida la antigua África francesa. Y eso da lugar a curiosos estrabismos, como el de la agencia *Europe*, que distribuye noticias en esas dos lenguas. Haciéndolo en francés, define a *Oussama Ben Laden*, como 'Rique homme d'affaires d'origine saoudienne né à Riyad en 1957 dans une famille d'entrepreneurs'. Pero cuando se suelta en inglés, el personaje pasa a llamarse *Osama bin Laden*, el cual es un 'Rich businessman of Saudi origin born in Riyadh in 1957 into a family of emtrepreneurs'.

Apenas si he recorrido prensa italiana, pero el *Corriere della Sera* escribe *bin*, mientras la agencia turinesa *Unonet* habla de *Oussama ben Laden*. También el *Frankfurter* opta por *bin*. Más cerca de nosotros, el *Diário de Noticias* lisboeta ofrece *ben*, mientras que su paisano *Correio da Manhã* lee *bin*. Y si nos metemos dentro de nuestra lengua, la balanza se aquieta y casi entra en éxtasis ante el *bin*. No es que falte *ben Laden*, y así comparece en diarios importantes como en los colombianos *El Tiempo* y *La Opinión*, o *La hora* de Ecuador, *Reforma* de México, *La Nación* bonerense, y en los despachos de la agencia argentina *Télam* (no obstante, por la rima, *Clarín* prefiere *bin*).

Pero acudiendo a los medios de comunicación escritos u orales españoles (hemos visto una excepción: *La Razón* de Madrid), el *bin* repica incesante; así, en los veinte diarios que hemos oteado, desde *La Vanguardia* a estas páginas, pasando por los periódicos no madrileños como *Heraldo de Aragón*, *El Norte de Castilla*, *El Correo Español*, *El Faro*, *La Nueva España*, *Diario La Rioja*, *Hoy*, *El Ideal*, *Las Provincias*, *Sur*, *La Verdad...* ¿A qué seguir? Nada puede contra ellos el mismísimo Ministerio del Interior, que, el pasado 22 de junio, notificaba cómo la Policía, había detenido en Alicante a un tal Melani, terrorista vinculado a *Osama Ben Laden*.

¿Quién acierta? Tal vez todos, porque el árabe ha ofrecido muchas resistencias al vocalismo romano. Durante siglos hubo bastante conformidad en *ibn*, 'hijo de', y con su versión por *aben* (*Ibn Arabi*, convertido en *Abenarabi*, *Ibn Masarra*, adoptado como *Abenmasarra*, *Aben Guzman*, *Abenamar...*) o en *ben*, como *Ben Hazam*, *Ben Jaldun*, *Ben Bassam* o el famoso poeta ciego de Cabra *Mocádem ben Moafa*: los personales árabes, en suma, de mis manuales de estudiante; y ya casi en mi vejez, por motivo nada literario, fue unánime *ben* Bella). Días pasados, periódicos españoles reproducían una pintada marroquí en Melilla, donde se leía nítidamente en español '*Ben Laden* es inocente' y, tres días después, otro letrado de iguales rasgos abogaba por *Bin Laden*. Y es que esa vocal varía en el ámbito geográfico de la lengua árabe, y son, distintas por tanto, las transcripciones. De igual modo, *bin* o *ben* se oyen de modo diferente dichos por un francés, un yanki o un portugués. Ciñéndonos a la simple escritura, única cuestión que aquí se trata, hubiera convenido una forma única para hispanos, o *bin* o *ben*, consultando a quienes saben de esto: Corriente, Martínez Montávez, Vallvé, verbigracia. De momento, y si esos

maestros no se oponen, voto por *ben*: resabios de juventud. Sin embargo, dado que la mudanza ahora pudiera parecer chocante, quizá convenga el ignaciano no hacerla.

Y eso que no es este el único problema que el barbado fugitivo añade a sus matazas: *Osama, Usama, Laden, Ladin...* No es menos caótico el tamaño que tiene la inicial de la partícula: *¿Bin, ben, bin, Ben?* ¿No suena a tiroteo o a reloj de torre?

Las bombas aeronáuticas han afectado en muchas cosas más a nuestra lengua: no caben aquí. Algunas sandeces han recidivado; así, se ha dicho, y se dice aún, que lo ocurrido en Nueva York ha sido una *catástrofe* humanitaria, o sea que, Diccionario en mano, ha hecho gran bien a la humanidad. Mucho más estruendoso fue el titular que, en una tirada de urgencia, puso a la noticia un periódico madrileño: *Hecatombe contra los USA*. Pero la *hecatombe* es 'mortalidad o catástrofe', y no se lanza *contra* nadie, sino que se sufre *en*. Pero el 11 de septiembre autorizaba al trompicón mental.

El conflicto *vigente* (adjetivo que me apresuro a emplear con la falsa acepción de *actual*, para ser pionero de algo útil cuando triunfe a manos de muchos cronistas deportivos que llaman *vigente campeón* de Liga al Madrid) da materia que aquí no cabe, como, hace poco, cuando la troika, convertir Pakistán y Afganistán en países árabes, o la de confundir *islamista* con *islámico*. Repito: da mucho de sí esta monumental contienda; y aún dará más cuando los norteamericanos, que, según una televisión, van cercando al fúnebre *ben* o *bin* con mucho *secretismo*, actúen a ojos vistas con mayor descarismo.

Talibanizando

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 04-11-2001

Parece que, en la cancha del idioma, *los talibanes* están venciendo a *los talibán*; en cambio, *ben* apenas levanta más cabezas que hace un mes, y pierde incluso en casa. Hojeo ahora un viejo Webster en su edición colegial de 1957 y, buscando por los alrededores de ese vocablo, me topo con *ben* (no *bin*); lo define como 'hijo de', y pone como ejemplo el nombre del famoso tudelano Rabbi *Ben* Ezra, biblista, poeta y gramático. Era judío, pero su lengua está semíticamente emparentada con el árabe; recuérdense los aún próximos *Ben* Bella, argelino, y su rival *Ben* Jedda, o el marroquí *Ben* Barka, partidarios de Alá, junto a *Ben* Gurion, devoto de Jehová.

Pero los famosos islamistas cuentan con muchos fieles hispanos a su plural *talibán*. Estos leales tachan tal vez de ligereza la conversión de ese plural en singular, susceptible, por tanto, de recibir la marca española de plural. Y les escandaliza que el recién nacido Diccionario académico, en sus primeros balbuceos, no ataje *talibanes*. Olvidan tal vez que vocablo tan común como *hoja* es el plural latino *folia*, al que los castellanos hicieron singular, y repluralizaron diciendo *hojas* cuando les plugo. O que *nómina*, del también plural neutro *nomina* 'lista de nombres', siguió el mismo camino.

Si vamos más al Este, el fenómeno se produce una y otra vez en español. Lo tenemos bien a mano en *musulmán*, nombre originario de Persia -informa el DRA-, y que es el plural de *moslem* (o *muslin*, en árabe clásico), lo cual nada impidió, albarda sobre albarda, formar el plural *musulmanes* como había hecho su modelo el francés *musulmans*. En inglés mismo, ningún obstáculo se opuso a *mussulmans*. ¿Desentona tanto *talibanes*?

Historia semejante ocurre con *sarraceno*: llegado desde el plural latino *sarraceni*, se transformó en singular, se regularizó su género y nuestros antepasados ya pudieron decir *sarracenos*, olvidados de aquel extraño plural terminado en *-i*.

Y si acudimos al irrefutable testimonio de los ángeles, nos aguarda, por un

lado, el *serafín*, que, desde el hebreo *serafim* 'nobles príncipes', fue transformado en singular por las lenguas modernas al heredar *seraphim* de la latina. Por otro, el *querubín*, vehiculado también por el latín desde el hebreo plural *kérubhim*, 'seres sobrenaturales'. Mi docto amigo don Valentín García Yebra adujo hace poco el testimonio de estas dos aladas criaturas celestes en apoyo de *talibanes*.

Indagando por los idiomas vecinos, topamos con el raro plural, también en -i, del italiano: hay varios casos en que ha sido tratado como si fuera singular, susceptible, por tanto, de recibir la -s de la Romania del Oeste. Preguntado de sopetón por un periodista sobre el porqué de *talibanes*, recordé sobre la marcha *los espaguetis*. Se ha comentado bastante. En la lengua hermana, el singular es *spaghetto*; pero esta forma no se expatrió: las lenguas romances, e incluso el inglés, acudieron voraces a los *spaghetti*, pero adoptando ese plural como singular, y redoblándolo al modo romance occidental con la -s.

Y aún tenemos, mínimos y jubilosos, los *confetis* españoles; también el francés se mostró poco respetuoso al forjar la oposición *confetti* / *confettis*, olvidada esa lengua, como la nuestra y otras más, de su origen italiano, *confetti*, que ya es plural.

Se me ha tildado de incoherencia, eso me dicen, porque hace doce años me estremecí cuando un periódico ponía en labios de Silvio Berlusconi, esta frase entrecomillada: 'Si el Madrid nos elimina, seré su mejor *tiffossi* en Barcelona'. Y es que eso no puede decirlo un italiano (ni escribirlo: *tifosi*, plural de *tifoso*), y aún menos, siendo presidente del Milán y hoy de su país. Es, además, voz extranjera que sólo utilizan los iniciados como 'tecnicismo' (se trata en realidad de un adorno, una 'touche de glamour' usual en muchos comentaristas deportivos, que parecen no oír ni leer a sus colegas de allí; lo prueba cómo suelen pronunciar *maglia* con *gl* de *glicerina*), mientras que *espagueti* y *confeti* son ya palabras españolas. Plurales son igualmente los *cannelloni* o *ravioli*, o *maccheroni* y otras pastas, que llegan a nuestros platos con el número gramatical en orden: *canelón* / *canelones*, y los mismo *raviolis* y *macarrones*. Aguardan los *fettucini* y los *tagliatelli*, pero ya los ofrecen algunos restaurantes -poco refinados, esos sí- con el apéndice bautismal de la -s.

Y por España y el mundo, ¿cómo andan aquellos belicosos afganos? Pues, como *bin* / *ben*, partidos por gala en dos. Abran *La Vanguardia* donde asoman *los talibán*; pero si se pasan a *Avui* verán brotar pronto *los talibanes*. En lo cual coincide con otros diarios como *La Razón* y este mismo. Los franceses parecen unánimes en la pareja *taliban* / *talibans*; por su parte, *Il Messaggero*, distingue entre *talibano* y *talibani*; también el *Diario de Noticias* lisboeta se apunta a la pareja; y *La Nación* bonaerense.

No es cuestión trivial, aunque lo parezca: con la adopción de *talibán* como

plural (y, para más inri, con un acento español), se acepta que nuestra lengua sea gobernada por leyes de otras, concediendo a esa palabra una excepción, que no se concedió a ninguna otra en iguales o similares circunstancias. Sin embargo, un idioma, para su propia coherencia, perduración y unidad, precisa de la analogía aristotélica: siglos se pasaron los gramáticos discutiendo si es ella la que estructura las lenguas, o reina en ellas la anomalía. Parece claro que un sistema no puede mantenerse con ocurrentes excepciones. Ya hemos hecho nuestra una muy importante: la del plural en los neologismos o xenismos angloamericanos. Hubo un tiempo en que se hizo algo; por ejemplo, con *revólver* (del inglés *revolver*), al que se pluralizó a la española, *revólveres* (aunque se intentó, Gómez de la Serna se apuntó al intento, *revolvers*). Pero por los lejanos principios del siglo pasado ya habían llegado los *boers* (a pesar de la coplilla argentina que empieza: 'Ya vienen los *boeres*, / ¡Vidalilá! vienen los ingleses'). Y más tarde, el aluvión de los *stops*, los *spots*, los *slips*, los *records*, los *sprinters*, los *handicaps* y demás. Excepción son los *clubes* (forma documentada en Colombia a fines del XIX), que parecen imponerse sobre los *clubs*; y eso que este crudo anglicismo contó desde ese mismo siglo con el apoyo de pioneros europeizantes como Miñano, Espronceda, Modesto Lafuente o Emilia Pardo Bazán. Pero si se nos va haciendo el gusto a aquel plural hispanizado, serían perfectamente intragables *estopes*, *recordes*, *handicapes*, etcétera, porque está obrando imparable en español una adición a la regla: para formar el plural de palabras anglosajonas acabadas en consonante, se añade *-s*. Pero no a *talibán*, que es aceite en el agua de lo yanqui. A ver si no la talibanizamos. A la Gramática, se entiende.

Sin paliativos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 02-12-2001

La aún no lejana victoria de Manuel Fraga en las elecciones gallegas causó lógica alegría entre sus partidarios. ¿Qué diré alegría? Alborozo, enardecimiento serían palabras más justas, o exultación. Y no es para menos: repetir a su edad un triunfo político semejante también a mí me enardece, no por afinidad política sino por la edad. Siendo nada menos que un año más joven que él, su suerte me permite creer que todo es aún posible. Y por más que la solicitud de mi esposa me haya frenado la inscripción en un club de atletismo, no ha podido evitar que ande por casa en chándal.

Pues bien, un artículo alumbrado por un rotativo de la Corte proclamaba al día siguiente del evento: 'Una victoria sin *paliativos*'. Con temblor en las manos abrí el Diccionario, por si se trataba de una reacción airada contra el dictamen de las urnas, ya que, a mi entender, aquel titular decía literalmente que aquella victoria era catastrófica y sin remedio. Pero no: quería proclamar lo contrario. Ocurre que *paliativo*, según define el infolio y entendemos la mayoría abrumadora de los hispanos, sirve para designar algo que suaviza o lenifica, y se dice especialmente de los remedios aplicados a 'las enfermedades incurables para mitigar su violencia y refrenar su rapidez'. Según el titular del susodicho artículo adicto, no hay, pues, nada capaz de curar, dulcificar, aplacar o amortiguar aquella victoria. ¿Merecía el triunfo del señor Fraga que lo motejaran como a una enfermedad sin remedio? Parece demasiado fuerte, incluso en el español montaraz que se usa para hacer política o contarla. Y pues no cabe atribuir mala voluntad al titulador, interpretamos que, simplemente, deseaba resaltar cómo el triunfo electoral del señor Fraga fue *inobjetable*. Pero lo dijo lanzándose al acogedor vacío de la sandez: sólo las derrotas y otras cosas pésimas pueden carecer de paliativos.

En tan sandio abismo ha asentado sus pies, con escasa probabilidad de que los alce, eso de *cargos electos*. Desde el senador al concejal, y rebasándolos por arriba o por abajo, resulta que todos los cargos ganados por elección son ahora *cargos electos*; así se les denomina constantemente y, como vistoso

airón (trágico en demasiados casos), tal título ostentan los nombrados de ese modo. Ninguno de ellos, hombre o mujer, protesta alegando que ya no es *electo*. Tal vocablo, todo el mundo lo sabe, es participio de *elegir*, asignado secularmente a la 'persona elegida o nombrada para una dignidad, empleo, etcétera, *mientras no toma posesión*'. Éste es el malvado busilis de la palabra, que se esconde a la agudeza de quienes tratan de esas cosas; el concejal, el alcalde, el diputado y demás agraciados -o desgraciados- por los votos dejan de ser *electos* en cuanto toman posesión, esto es, apenas entran en nómina. Desde entonces son concejales, diputados o alcaldes a secas, lo cual es mucho más que ser novicios. Si precisan acogerlos a todos bajo un sustantivo, bastaría con hablar de los *cargos* de tal o cual partido, porque ese vocablo, además de nombrar una dignidad o empleo, designa también a la 'persona que lo desempeña'.

No es infrecuente que ellos mismos, a los cargos me refiero, traten el idioma como a un pelotón, a puro puntapié, más agudo cuando procede del zapato de damas. Así, esta concejal -me acojo al permiso concedido por el nuevo Diccionario para obviar *concejala-*, más aún, teniente de alcalde, y quién sabe si pronto aspirando a capitán, que anuncia por la radio cómo el Ayuntamiento va a patrocinar una serie de actos para '*conmemorar* el nuevo milenio'. O bien pasma tan poca diligencia, porque el milenio ya dista de ser nuevo; o bien asombra la precipitación municipal, porque aún faltan casi noventa y nueve años para que pueda ser *conmemorado*, es decir, traído a la memoria. No hace falta conmemorar lo poco que hemos gastado de él: lo tenemos de cuerpo presente ante los ojos.

Ahora es un ministro de nuestro Gobierno quien se asoma a las pantallas de los cuartos de estar como nuncio de una gran noticia, no puedo recordar si agrícola, ganadera o de otro ramo. ¿Cuál es su introito? Este: '*Anticipo de que España...*'. Imposible seguir escuchando: chilla el televisor espoleado por el *de que* ministerial, e intento tranquilizarlo dejándolo a oscuras. Piedad inútil, porque apenas abre otra vez el ojo, se ve obligado a expeler el original fervorín de alguien, cargo también, que exhorta temerariamente a combatir el terrorismo '*sin bajar la retaguardia*', cuando parece evidente que más firme estará cuanto más posada.

Del mundo más oficial posible es lo de *distrito único* universitario, queriendo significar que, para ciertas cosas, todas las Universidades funcionan como si fueran una sola. Lo cual es chocante, pues *distrito* procede del latín *districtus*, participio de *distringere*, 'separar'. Y si se tiene en cuenta que nuestro nombre designó en épocas menos agrestes *cada una* de las demarcaciones en que un territorio se subdivide con diversos fines, mal puede significar la totalidad del territorio. Hacia 1986, cuando empezó a hablarse de este asunto, limitado entonces a las universidades de Madrid, se dijo de ellas -así, este periódico- que se agruparían '*por primera vez aquel año, como si* constituyesen un distrito único'. Después se prescindió del *como si*, y se decretó la identidad de la tajada con el melón. Una metonimia

reveladora sólo de cuánto ha dejado de ser sentido el idioma como parte del alma. Por cierto que también en ciertos países de América *distrito único* se aplica a la 'circunscripción electoral única'.

Pero no todo cuanto profieren los patricios es digno del saco roto. En este mismo lugar desde donde ahora gruño sobre el lenguaje oficial y político, se canonizó hace poco una novedad que abre al idioma esperanzadoras perspectivas. Un gran conocedor de este abatanado mundo discurría allí, es decir, aquí, sobre lo que llamaba 'conflicto epidémico de los Balcanes'. Y proseguía: 'Desde la desaparición de la URSS, EE UU y la Unión Europea parecían capaces de *periferizar* o encapsular las crisis regionales'. Extraordinario hallazgo el primero de esos verbos, que ahorra meandros para decir cómo se llegó a pensar inocentemente que las crisis balcánicas serían expulsadas del meollo europeo y remitidas a su rocoso pellejo. Es una delicada expresión barroca equivalente a las más dominicales de lanzar el balón fuera o congelarlo. El primero de esos verbos, casi nuevo, es útil de veras. Cuán dulce puede resultar esta súplica musitada: 'Eso no, cariño. Sólo *periferizar*'.

Ah, el idioma suplica a quien corresponda que sancione, expulsión incluida, a quien, ante un micrófono, siga hablando de catástrofes *humanitarias*; ahora, en Afganistán. Confundir *humanitario* con *humano* es catástrofe sin paliativos.

Epifanías

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 08-01-2002

Tal vez pareciera descortesía pasar de largo sin saludar con el entusiasmo a que son acreedoras, de un lado, la Epifanía del Señor, es decir, hoy, y de otro, la del Euro, escrito así, con mayúscula, pues nombra la manifestación resplandeciente de la poderosa deidad que se nos está apareciendo estos días. Sólo lo he visto hasta ahora encerrado en una bolsita transparente: rojizo, redondo, incomprensible. Dicho a lo Pedro Crespo, no haremos migas los dos; me subyugará como a todos, pero no podré amarlo: se trata de un *okupa* que desplaza a una amiga, indócil tantas veces, de toda la vida.

No siendo perito en epifanías espectaculares (aunque a una nieta me la bautizaron así, habiendo nombres tan castizos como Vanesa, Jenifer o Penelope, pronunciada esta palabra a lo llano; así oí que llamaba la madre, baturra del Rabal zaragozano, a su desventurada), creo sin embargo que es fecha oportuna para exaltar las revelaciones, no del todo epifánicas, es cierto, que recorren el lenguaje con rasgos casi sobrenaturales de tan tontos.

En efecto, ahí están bullendo prevaricaciones resistentes a la muerte, frescas y ajadas como viejas glorias del plató televisivo, mezcladas con jóvenes asechanzas que anhelan ser vistas u oídas en su sugestiva aparición.

Tenemos, por ejemplo, el cambio que puja por triunfar, en el señalamiento del tiempo. Hace ya mucho, noté los avances que está haciendo en el idioma de los políticos -no sólo pero sí más- la locución temporal *a día de hoy*, que emplean en vez de *hoy* o *hasta hoy*, y que transparenta el *aujourd'hui* francés: 'A *día de hoy*, el número de parados...' o de lo que sea, dice cualquier gerifalte de hogaño sin que se le ericen los pelos al huir de tanta indigencia cerebral. Pero este sistema tan perifrástico, que elude *hoy* o *hasta hoy*, tan simples, ha contagiado también a la noche, y ya se oye -lo oigo en mis deambulaciones sonámbulas por las radios- *a noche de hoy*, en lugar de *esta noche* o *hasta esta noche*. Y ha irrumpido con brío roldanesco otra locución, *de buena mañana*, que calca el francés *de bon matin*, muy probablemente a través del catalán *de bon matí*, 'muy de mañana,

temprano'. Se oye principalmente en publicidad y lo emplean bastantes locutores de lengua materna catalana. Sin embargo, aunque resulta perfectamente inútil, es al menos de casa.

Esto de situar las cosas en su tiempo, antes establecido por un sistema simple y racional, se está cachifollando con prontitud. Multitud de matices, de distinciones finas que, por afán de precisión, habían modelado generaciones de hablantes, están siendo arruinadas con el desenfado y el qué más da que forman el espinazo espiritual de nuestra época. Desenfado que implica horror a la sutileza, cuya manifestación más perceptible es el tuteo como tratamiento único, que desvertebra posibilidades inteligentes y socialmente relevantes de la expresión. En las referencias temporales a que aludíamos, infinidad de hablantes públicos están emborronando el adverbio *momentáneamente*. Ocurre cuando dicen, por ejemplo, que las conversaciones entre fulanos y zutanos se han interrumpido *momentáneamente*. La gente de mi tiempo -y del actual, que no sea analfabeta- interpreta al oír o leer eso que las tales conversaciones han cesado un instante, a lo que ha obligado algo imprevisto: para que le dé al móvil un conversante, por ejemplo, o para que el de enfrente acuda al final del pasillo a la izquierda o, incluso, para que todos descansen degustando un fino antes de seguir conversando. Porque *momentáneamente* quiere decir 'por muy breve tiempo'. Los transmisores de fútbol son particularmente adictos al disparate, según corresponde a su ordinaria condición: '*Momentáneamente* gana el Betis por 2-0'. Pero puede ocurrir que el partido termine con ese tanteo, dando una merecida alegría al beticismo, por lo cual no era momentáneo el resultado, sino que así quedaba asentado para siempre en la historia del fútbol. ¿Por qué no probarán a redimirse tales prevaricadores empleando *de momento* o *por el momento*, que dicen lo que ellos quieren decir y no saben: 'por ahora'?

Y ya que, dándonos cuenta, nos hemos metido en el fútbol, convendrá echar un ojo a algunos de sus visajes últimos. Nadie ignora que el Real Madrid celebra su centenario ocupando destacadas posiciones en cuantos torneos juega. Y que ya asoma por las altas cumbres de la Liga, lo cual permite suponer a muchos que puede ser campeón. Durante mis excursiones radiofónicas nocturnas me he encontrado ya dos veces con esa perspicaz sospecha, manifestada así una vez: 'Su posición en la tabla le da claro *favoritismo* de ser pronto el primero de la clasificación'; y otra: 'Como una mala racha no lo estropee, todo el mundo apuesta por el *favoritismo* del Madrid'. Tal era la sintaxis de esos radiofonemas; y su léxico, revelador de cuánto padece la lengua española en los labios de tantos radiofonadores capaces de confundir *favoritismo* (anteposición del favor al mérito) con *ser favorito* (es decir, contar con mayor probabilidad de ganar). No creo malicia alguna en ambos contadores; ni de lejos supongo que estuvieran corroborando el griterío provincial de 'Así, así...', etcétera.

Pero la festiva efeméride ha estimulado más meninges; los doce meses

próximos van a ofrecer dilatado espacio para saborearlas. Por lo pronto, he aquí otra, también de procedencia hertziana: 'Ahora *se está vanagloriando al Madrid*'. Obsérvese bien: no se vanagloria el club -impensable en él jactancia alguna-, sino que es él quien recibe *vanagloria*. Este verbo constituye una invención idiomática absoluta, y además, es fastuosa por su rara originalidad: lo más parecido al neonato *vanagloriar* que existe es *vanagloriarse*, verbo pronominal al que el afortunado innovador amputa el pronombre, y lo hace significar algo así como 'recibir loas, encomios y alabanzas'. Para él, *vana* carece de significado: es un simple estiramiento que hace más percutiente el vocablo.

Es en el fútbol donde el lenguaje no especializado tiene su fértil nido; de él salen, renovándose incansables en osados vuelos, creaciones que buscan ciudadanía española. Un último ejemplo: parece que un entrenador -nunca nombro- fue abroncado por la afición el día en que celebraba haber actuado como tal en 250 ocasiones o partidos. Lo cual ocupaba así el titular de un gran periódico: 'Amargo *aniversario* en los banquillos. , que celebró el domingo su partido 250 como técnico de Primera, bañó en frustración su efeméride'. Y en el relato volvía a decir: ', no pudo celebrar el 250 *aniversario* como técnico de Primera División'. Gran proeza: ya casi nadie alcanza edad tan bíblica.

Rumbos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 03-02-2002

Ya está lejos la Epifanía, nada menos que a un mes de distancia, y aún no se ha pasado la indignación que en mí y en millares, millones tal vez, de ciudadanos produjo una de esas campañas de buen corazón que acometen por esa época. Fue la desencadenada a favor de los *abuelos*: a quienes no aguantamos más de dos horas pedaleando por el monte, así se nos nombró por los media. Y al oír eso en la tele por vez primera, me invadió una corajina que se estiraba cada vez que lo repetía la incansable chicharra. Cuando a don Quijote, roto de una paliza, se le acerca un cuadrillero de la Santa Hermandad llamándolo *buen hombre* con el idioma de la piedad, el manchego se yergue y lo increpa: '¿Úsase en esta tierra hablar de esa suerte a los caballeros andantes, majadero?'. Pues de igual modo nos hemos sentido cuantos, además de esperar a nuestros nietos a la salida del cole (únicos con derecho a *abuelo*), hacemos cosas vedadas a cuantos majaderos nos llaman así: jugar a la petanca, recordar la Guerra Civil, mirar a las muchachas en flor o en fruto con vagos recuerdos. ¡Tantas cosas inaccesibles a tantos! Y parece indecente que las almas buenas deseen contentar a los *viejos* llamándonos *abuelos*; no nos ofende ser llamados *viejos* y hasta *ancianos*. Lo agradeceremos. Lo de *abuelos* evoca melancólicos seres en un banco del parque, entreviendo la vida de alrededor con la mirada perdida, indiferentes a la colilla apagada que cuelga de sus labios. O mujeres canosas junto a ellos, adormecidas.

Es un indisculpable fallo de la TV, ahora que ya casi no los comete. A nadie extrañe este juicio: todo el mundo puede sentirse feliz con los varios entes televisivos si cambia su modo de mirarlos. Hay una manera antigua de contemplar la pantalla consistente en sentir rabia con la publicidad. Pues bien, cambiemos de expectativa y, apenas puesto en marcha el artilugio, dispongámonos a contemplar atentamente un programa de anuncios. Tendremos que confesar entonces nuestra satisfacción, apenas velada por el pequeño inconveniente de que, a veces, salen trozos de película o de informativo o de chismes porno: sólo duran unos instantes, y enseguida se torna a lo bueno, a los mensajes publicitarios -así llaman a los anuncios- para nuestro recreo. Si el poliedro charlatán prescindiera de esas flaquezas,

¿no sería justo convenir en que es irreprochable?

Sin embargo, no debemos desdeñar tales fallos: son rendijas que permiten atisbar el español del futuro cuando aún está en pañales. Nos resulta posible ver, por ejemplo, el avance del adjetivo *romántico* merced a su machaqueo en filmes y telefilmes doblados como suena del idioma yanqui. A quien está enterado de las cosas pasadas del mundo, ese adjetivo lo remite al arrebató, a la pasión violenta, a la anarquía, a la exasperación de las gentes del XIX. Con una vertiente dolorida de desengaño y amargura; por un lado, Espronceda fundando 'Los Numantinos' para vengar el ahorcamiento de Riego, o Larra extinguiendo su amor de un pistoletazo; por el otro, Bécquer o Rosalía, con sus desalientos rotos alguna vez por un grito. Pero, durante mucho tiempo, los hispanos bárbaros acabamos igualando lo romántico con lo cursi. '¡Qué *romántico* eres!', le dice Penélope complacida al chico que la ha comparado con una flor. Esto es cursi, decíamos. Pues bien, así de tranquila estaba la cosa hasta que Hollywood y otras fábricas han desvitalizado el adjetivo, degradando su cursilería, y convirtiéndolo en algo que califica muy positivamente, sin coña alguna, como, por ejemplo, la cena íntima de una pareja en un pequeño restaurante escaso de luz pero con la mesa alumbrada por dos velitas. O una puesta de sol rojiza y áurea frente al mar, contemplada soñadoramente desde una roca por dos enamorados. O la orquídea con que se agradece a la señora haber parido. No tardará en salirse de la pantalla tan redicha manera de hablar, somos ya sus cautivos: es romántico cuanto anestesia placenteramente el alma, y no tardará en calificar cuanto agrade estando en buena compañía; se dirá tal vez que es *romántico* ese coche donde a oscuras, y bajo palabra de Góngora, se hacen las bellaquerías.

Pero esas distracciones de las emisoras cuando incumplen su misión de anunciar permiten contemplar los pujos con que se anuncia la primavera en el idioma. Será ya una estación plenamente dominada por el euro, y nuestra economía se seguirá desarrollando hasta no saber dónde. Ha habido, sin embargo, un pequeño problema en la distribución de la nueva moneda: muchos pueblos no estaban *bancarizados*, es decir, carecían de oficinas de Banca, y ha habido que remediar tal carencia con vehículos que convierten las pesetas en sus complicados sucesores. Pronunció esa palabra, *bancarizados*, un miembro del Gobierno; quizá sea normal usarla en sus ambientes, porque la dijo sin inmutarse, gélido, con la misma frialdad con que se dice, por ejemplo, *dentífrico* o *trompeta*; era un frío que helaba la médula. Porque, según el diccionario, bancarizar no es 'poblar de bancos la nación', sino 'desarrollar las actividades sociales y económicas de manera creciente a través de la banca'. Para lo cual, está claro, son necesarias las ventanillas en aldeas, pedanías y lugarejos, pero ello no los *bancariza*: sencillamente, los hace más felices.

Otro pimpollo asoma por el denso ramaje del español: una ilustre locutora de radio, puesta ante una cámara, confesaba hace días el amor sin márgenes

que le inspira su oficio, la emoción de estar sola ante el micrófono sintiendo que a él se pegan millares de oídos invisibles y ávidos. Nada la hace más feliz, decía, que *locutar*. Y como nada puede hacerse para evitarlo, mejor será felicitarla. Que *locute* por muchos años hasta alcanzar la absoluta felicidad. Eso; y que los cantautores cantauten.

Por fin, y ya en esta larga agonía del invierno, se precipita con fuerza la triunfal presencia de un neologismo semántico. Cuando el futuro inmediato de una cosa es incierto, se dice frecuentemente por tele y radio que se ignora cuál será su *deriva*. Define el diccionario que esa consiste en 'el desvío de la nave de hacia donde iba, por efecto del viento, del mar o de la corriente'. O sea que la empujan fuera los elementos. Pero no es eso lo que dicen esos aturcidos, cuando afirman que no se sabe la *deriva* de aquella cosa. Quieren decir el 'rumbo'; el cual puede ser bueno o malo, a diferencia de la otra deriva, que normalmente, si el azar no brinda un descubrimiento, acaba en desastre. Se trata de un galicismo; parece que, hace unos treinta años, personajes doctos y escritores grandes como Malraux o Mauriac empezaron a utilizar *dérive* en ese sentido de 'rumbo incierto' pero no siempre negativo. Aquí no se exigen usuarios tan selectos, y es perfectamente posible oír en transmisiones de fútbol que 'tal como va el partido, puede tomar cualquier *deriva*'. Es fácil, pues, codearse con aquellos campeones del estilo. Y, de paso, meter *rumbo* en el camposanto de los vocablos asesinados.

Con algún género de dudas

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 03-03-2002

¿Deben obedecerse las leyes, decretos, regulaciones y demás rémoras contra el albedrío humano, cuando contienen yerros idiomáticos reveladores de que, al dictarlas, se ha hecho una higa al diccionario? ¿No es la ley del idioma la más democrática, como hechura directa del pueblo, y, por tanto, la más respetable? Parece que no, al menos para la Comunidad de Madrid, la cual, según reza su Boletín Oficial, deseando poner orden en los modernos apareamientos, ha dictado una providencia que elimina barreras jurídicas a las que llama 'parejas de hecho' (puro inglés: *de facto couples*).

Y es en tal providencia, de 19 de diciembre último, donde habla 'de los derechos de los *homosexuales y lesbianas*'. No es infrecuente error, pero impensable en el autor del desmán, sin duda selecto funcionario. Porque la condición de homosexual nada tiene que ver con el *homo* 'hombre' latino, sino con el griego *homos*, que significa 'igual': en efecto, a los homosexuales les gustan las personas de igual sexo. Y dado que las lesbianas son homosexuales (Safo, en la isla griega de Lesbos, amaba a las muchachas a quienes enseñaba el arte de la poesía, si es que Anacreonte no inventó la noticia), se ignora por qué la Ley autonómica las excluye de la homosexualidad y forma con ellas grupo aparte. Mejor dicho, no se ignora la causa: es por ignorancia.

Cabe, sin embargo, explicar por qué se piensa que la *homosexualidad* alude sólo a la de varones, en correlato con *lesbianismo*. Y es que la opción más frecuente hoy para denominar tal naturaleza en los hombres es la de *gay*, vocablo que, en contextos circunspectos como sin duda es la Ley, se trata de evitar. Porque, en efecto, el término, según define con su acostumbrada exactitud el *Nuovo Zingarelli* italiano, *gay* es el homosexual contento y hasta orgulloso de serlo. No estamos seguros de que eso ocurra exactamente así en España, pero las compilaciones de léxico *gay*, que no escasean en Internet, apoyan esa nota lexicográfica. Hasta en textos hórridamente cibertraducidos aparece *hombre alegre* en lugar de *gay*. Así que, hablando con cuidado, se prefiere *homosexual* a esa última palabra, a costa de fundir sus significados. Además, hay homosexuales que, tal vez, no sentirían

satisfacción al ser nombrados *gays*.

Es esta la razón, pensamos, de que, además de la perturbación introducida por el *homo* latino 'hombre', la Ley madrileña haya dado ese traspiés, sacando a las lesbianas del recinto de quienes, en amor, necesitan al mismo sexo. Si ha reservado *homosexuales* para los varones que lo son, se debe casi seguro a que ese término ha parecido menos connotado que *gay*, más respetuoso.

Es notable, por cierto, la palabra *gay*; empezó calificando el arte de los trovadores en lengua provenzal, practicantes del *Gay Saber*, aquel monótono y bello modo de cantar a las damas regulado por las *Leys d'amors*. Con las formas *gai* y *gaie*, el término calificó y califica en francés todo lo alegre. De este vocablo salió por los años treinta el *gay* norteamericano, empleado en las cárceles para nombrar eufemísticamente a los homosexuales, tanto hombres como mujeres, aunque estas últimas prefirieron pronto acogerse al de *lesbianas*. Y con una inyección semántica de viveza combativa regresó a Francia, a Europa.

Gay indiscutible es quien *sale del armario*, expresión que se limita a calcar el inglés americano *coming out of the closet*. Y *armario* designa en los medios *gays* españoles a quien permanece escondido, sin atreverse a salir, de quien se dice que es *un armario* o que *va de armario*. Por cierto que un movimiento de ateos yanquis se ha apropiado de la expresión, y llega a distinguir cinco fases en el proceso evasivo: en la primera, ni aun la esposa conoce el ánimo del fugitivo; después, la esposa lo conoce; tras ello, saben de él algunos amigos discretos; seguidamente, no se hace ningún esfuerzo para ocultarlo; y, por fin, la puerta a hacer gárgaras.

Otro anglicismo ampliamente utilizado en España referido a ese mundo es el de *ambiente*, término que, según uno de los léxicos de ordenador en que me documento, significa 'circuito de locales frecuentados por gente *gay* o lesbiana', es decir, bares, hoteles, discotecas, saunas: todo lugar donde puede haber 'meneo' (*sic*). El término *ambiente* aparece en nuestra lengua desde el siglo XVI, tomado del latín *ambire* 'rodear', y hoy designa, entre otras cosas, 'condiciones o circunstancias físicas, sociales, económicas, etcétera, de una colectividad'. En francés, junto a *ambient* se formó el siglo pasado *ambiance*, importado en inglés como *ambience*. Término difícil de hispanizar americanizándolo a mocosuena (hubiera sido, horror, *ambiancia*), por lo que, en nuestra lengua, se cargó *ambiente* con la acepción vista.

Nada de esto causa perturbación al idioma: cada comunidad homo o hetero suele necesitar sus propias jergas, que la aísla de quienes no la entienden o, para seguir en ésta, no entienden y son *straights*. Pero hay un neologismo que no pertenece estrictamente al lenguaje de la homosexualidad, aunque también la engloba. Se trata del desarrollo impetuoso que, día a día, va

adquiriendo el vocablo *género* para acoger tanto al varón como a la mujer, incluidas sus distintas *orientaciones* sexuales. Y acabo de emplear un anglicismo que se está colando en el idioma sin ninguna resistencia; *orientar* es 'dirigir o encaminar', y la mujer y el hombre no nacen orientados, sino poseedores de una determinada condición, índole o naturaleza: cualquiera de estas palabras u otras semejantes hubieran debido elegir quienes, para traducir, macarronizan.

Volviendo a *género*, en la conferencia de Pekín de 1995, ciento ochenta gobiernos firmaron un documento donde se adoptaba el vocablo inglés *gender*, 'sexo', para combatir la *violence of gender* (la ejercida por los hombres sobre las mujeres) y la *gender equality* de mujeres y hombres. Y el término se repitió insaciablemente en los documentos emanados de la masiva reunión convocada en el año 2000 por Naciones Unidas llamada 'Beijing+5': este + es porque habían pasado cinco años desde la pequinesa.

Ocurre, sin embargo (Webster), que, 'en rigor, los nombres en inglés carecen de género' gramatical. Pero muchas lenguas sí lo poseen, y en la nuestra cuentan con *género* (masculino o femenino) sólo las palabras; las personas tienen *sexo* (varón o hembra). A pesar de ello, los signatarios hispanohablantes aceptaron devotamente *género* por *sexo* en sus documentos, y, de tales y de otras reuniones internacionales, el término se ha esparcido como un infundio. Lo señalé hace meses, pero por ahí tenemos galopando tan aberrante anglicismo; y, a quienes tan justa y briosamente combaten la violencia contra el sexo, ejerciéndola cada vez más contra el idioma.

Se habla español

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia.

EL PAÍS | Opinión - 07-04-2002

¿Quién no ha sentido el anhelo irreprimible de adquirir un coche en el Estado de Oregon, USA? Pues es fácil: una vez allí, se consulta una revista dedicada a *cars*, y en ella se encontrará este anuncio resolutivo: 'No Credito Mal o buen Credito todos recibirán el buen Trato que se merecen Aquí en Broadway Toyota Favor de hablar para su cita al #2841105 Pregunte Por el Señor Noe ENriquez Que estara a sus ordenes acistiendo ala comunida Hispana. Se habla español'.

Un paisano que ha estado en semejante lugar me envía una página con ese aborto de final tan patético, para no tener que creerlo a pura fe. ¿Quién está interesado en mantener a muchos hispanos en tanta indigencia mental? ¿Y hacemos algo eficaz por remediar esa desdicha quienes sí estamos concernidos?

Pero ahora que a Francisco de Goya le han aposentado los cuadros en Washington, es ocasión de visitarlos aprovechando el viaje a Oregon. No estará de más, antes de la visita, saber algo profundo del gran pintor. Consultemos en Internet su WebMuseum y aceptemos la invitación a leerlo en español; informa de esto: '*Goya (y Lucientes), Francisco (José) de* (b. de marcha la 30 de 1746, Fuendetodos, España - d. De abril el 16, 1828, Burdeos, capítulo), artista consummately español que pinturas, dibujos, y grabados multifarious relajaron agitaciones históricas contemporáneas e influenciaron los pintores importantes diecinueveavo y 20th-century. La serie de aguafuertes *Los desastres de la guerra* registra los horrores de la invasión de Napoleonic. Sus obras maestras en la pintura incluyen *el Maja desnudo* y *el Maja arropado*'. ¿Por qué habrá hecho Goya transexuales a sus majas, ejerciendo además sobre la/el primera/o tal violencia de 'género' en pleno invierno? El sistema Beta de traducción automática que aquí se ha aplicado consigue una explosión de risa que, apelando a lo insuperable, jamás lograrían Chaplin, Keaton, Tip y Gila juntos.

Y es así como suele tratarse nuestra lengua por esos mundos; algunas veces

he llamado la atención sobre tamaño ultraje, especialmente asiduo en las instrucciones -enigmáticas normalmente- para el manejo de cualquier invención que nos hace más civilizados. Tengo ante los ojos el envase de una especie de cosa llamada Disk File 80, que, como su nombre indica, sirve para archivar ochenta disquetes de tres pulgadas y media. Y ¿cuál es la ventaja de esa útil manufactura? Hela: '*Ahorra espacio*'. No creo que el Gobierno debiera permitir la venta en España de productos que entran haciendo una higa a nuestro idioma; ningún Gobierno hispano debiera permitirlo. Pero supongo que ni siquiera un desdén compasivo causaría proponer a nuestro Parlamento algo parecido a una ley de defensa del idioma similar a la de Francia.

La veleidad flexiva patente en *el Maja desnudo* también produce miasmas cerebrales entre nosotros, que dan origen a *las antípodas* o *la maratón*, feminizando el masculino con singular violencia de género. O que permite calificar de *bermellona* la camiseta del equipo de fútbol mallorquín, afeminando y violando el color *bermellón*. Pero ¿qué puede esperarse, si las propias disposiciones oficiales llaman *patrullas unipersonales* a los policías que, sin acompañante, nos vigilarán por los caminos para que no andemos en malos acelerones? Las patrullas, ¿no han sido siempre *grupos poco numerosos* de soldados o policías? Pero, claro, es que *patrol*, en yanqui, nombra a 'una persona o varias personas patrullando'. Ese 'una' es el que ha metido en la lengua española otro indeseable sujeto, urgentemente nacionalizado por la autoridad competente.

Otras cosas de enorme interés han ocurrido y han dejado huellas en el idioma antes de que el invierno acabara despegándose del calendario. Acontecimiento inolvidable fue el cumpleaños del Real Madrid, cuyo comienzo de celebración escoñó el triunfo coruñés. Un periódico de la Corte anunció así el desastre: 'El Depor *da un golpe bajo* al Centenario'. ¿Será posible? Se lee en el Diccionario que el *golpe bajo* es una 'acción malintencionada y ajena a las normas admitidas en el trato social'. Quienes presenciamos el partido podemos jurar que ningún pie gallego buscó el vientre contrario: aquel titular era claramente tendencioso. Otra cadena sentenció que el Centenario empezaba *haciendo aguas*; claro que quiso decir *haciendo agua*, pero el plural convertía el suceso en mera micción.

Acontecimiento funesto, plenamente invernal, fue lo del esquiador germano-murciano Johann Muehlegg en los Juegos de Salt Lake. Todos los buenos españoles saltamos de gozo al verle empuñar la tercera bandera; todos nos derrumbamos al ver cómo se la arrebatában; y ¿de qué modo comentó este drama colectivo un charlador de TV? Pues diciendo que 'con Muehlegg nos ha salido *el rabo entre las piernas*'. ¿A todos, a todas? El Diccionario asegura además que eso del *rabo entre piernas* supone 'quedar vencido y abochornado, o corrido'. Encima.

A Olimpiada muerta, Campeonato puesto: dentro de nada, ahí tendremos la

Cumbre Mundial del Balón. ¿Quiénes defenderán nuestra casaca? Tal vez haya que hacer a Kluivert murciano como a Muehlegg. Por fortuna, nuestro asalto a Copa tan insigne cuenta con un buen estratega; por ello, un cronista deportivo ha recomendado por escrito 'dar *manga ancha* al seleccionador', pues es, según se define a sí mismo, un '*reflejante* de la opinión pública'. ¿Quién se atrevería a disentir de exhorto tan misericordioso? Sólo que, deseando decir que debe otorgarse confianza al seleccionador, lo que ha pedido el reflejante es que se le trate con 'lenidad o excesiva indulgencia' (DRAE); si la idea del cronista prende, puede echarse buenas siestas el señor Camacho.

Dejo para el final la Cumbre de verdad, la de Barcelona: ¿quién no vivió el día de San Agapito pendiente de que Chirac nos condenara o no a electra perpetua? Bien valió el esfuerzo hecho para evitar sobresaltos a los poderosos que debatían tan ardua cuestión (total, para seguir recibiendo el mismo calambrazo mensual, o más fuerte). Pero, en fin, estuvieron muy acertadas las medidas protectoras de tales sesudos: la pantalla televisiva mostró a diversos policías que vigilaban desde terrazas próximas al hotel Juan Carlos I. Y dijo el locutor que eran *francotiradores*. (Esto es, 'personas aisladas que, apostadas, atacan con armas de fuego').

El asunto no es de broma: licenciados universitarios desconocen qué significan *golpe bajo*, *rabo entre piernas*, *manga ancha* o *francotirador*. Insisto en lo de licenciados universitarios; y, además, con oficio de hablar o escribir retribuido. La instrucción pública ha sufrido tantos ataques reformadores, que es hoy mustio collado. En esto sí: o revolución o muerte.

Brindis triste

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia.

EL PAÍS | Opinión - 05-05-2002

Está cerca de su ápice la temporada taurina, y el terror ya lleva tiempo recorriendo otra vez las ganaderías. Es un enorme holocausto zoológico que ocurre entre el jolgorio humano al que, por lo visto, sólo conmueve la sangre del diestro y no la del hermoso animal que compartía con nosotros la vida. Pero, aun detestando tales festejos sin verlos -'que no quiero verla'-, era maravilloso contemplar cómo los contaba Joaquín Vidal en este mismo diario; se advertía que eran casi sólo pretextos para ejercer el arte -y el alma- de la palabra. Se ha alabado siempre al estilo de los cronistas de toros, y, en efecto, han abundado quienes se han lucido en ese empeño; muchos, con un estilo de capa y caspa, suscitador de loas.

Joaquín Vidal hizo moderno el género, y otro público nada castizo lo esperaba los lunes para leer su espectáculo del domingo. Muchas veces supuse que el secreto de su maestría estribaba en que no le gustaban los toros: sólo así, vistas las cosas con desapego, puede decirse algo interesante de ellas. Me escribió por Navidad: 'En mi carta anterior le hablé de que andaba falto de moral y físicamente tocado. Me quedé corto: la cornada era seria'. Lo era; ya no habrá más crónicas suyas; y si esta columna fuera menos frívola, se la brindaría como un brindis fúnebre.

Hoy no es habitual que quienes escriben sobre la fiesta orlen de caspa sus dichos o escritos; pero bastantes de ellos los nievan con algo peor: la ignorancia agresiva. Sigo asombrado de que empresas periodísticas y audiovisivas, algunas de ellas públicas, esto es, nuestras, miren con indiferencia cómo muchos de los asalariados comen mientras carcomen el idioma del cual viven. Leyendo a algunos u oyéndolos, me acuerdo de aquel requiebro manchego, según el cual, tuvo Dulcinea la mejor mano para salar cerdos. Prueba al canto: se está transmitiendo una corrida, y el transmisor comenta: 'Es difícil el toro que le ha *cupido* en suerte a...', y aquí, el nombre del matador. Pero otro cronista escribe -digo mal: es capaz de escribir- que otro torero *se la jugó a carta cabal* con el fiero mamífero que le cupió. Ignora que tal locución adjetiva, y no adverbial, significa 'intachable, completo' (un hombre o una mujer *a carta cabal*). Sin embargo, el enorme

problema de nuestro analfabetismo idiomático deja indiferentes a quienes empujan a chicos y chicas a pedir justas mejoras en el sistema educativo, sin calcular -o calculándolo- que unos tumultuosos mezclados con ellos les quitarán la razón proclamando el derecho a ser mal enseñados, mal o nada examinados, y en modo alguno exigidos.

¿Más leña a ese fuego? He aquí lo expelido por una radio importante hace pocos días en que el cronista explicaba cómo el partido del sábado era difícil para un determinado equipo porque, dijo, sus rivales 'son tremendamente físicos'. Algunos amigos futboleros se extrañan de mi sorpresa: es muy común calificar así a un jugador cuando, como un tanque, arrolla contrarios y se mete empujando el balón hasta la basílica de Belén. Si se extiende el dicharacho, las niñas que por ahora han entrado gloriosamente en la primavera presumirán de novio físico frente a las amigas cursis que, pues yo hija, lo prefiero delicado.

Nuestra vida moderna ha aportado la facilidad de las comunicaciones. Para qué sirve si por los *chats*, prodigios ingenieriles, circulan millones de chorradas, o si tanta televisión insulta a la inteligencia, y si el teléfono apenas sirve para más que llamar a una señora o a un señor que están invariablemente *reunidos*. Toda buena secretaria precisa ejercicios de entrenamiento para pronunciar ese burdo absurdo gramatical (por 'está en una reunión') sin cansarse. Antes, quien nos interesaba se limitaba a 'estar fuera'; ahora, cualquier jefecillo, y aun menos, aumenta su estatura estando *reunido* como un embajador.

Hay usos que van y vienen de siglo a siglo y de orilla a orilla sin acabar de definirse, porque los hablantes han hecho suyo un rasgo de su alrededor y, por tanto, juzgan incorrecto el ajeno. No me refiero, claro es, a quienes se mueven dentro de registros vulgares, carentes por lo general de conciencia idiomática refleja, sino a quienes la tienen. Yo confieso mi repelús ante el *dignarse a* hacer algo y sólo tengo por bueno *dignarse* hacer algo. La frecuencia del supuesto error me ha inducido a bucear por los fondos académicos con el fin de salir de dudas o meter en ellas.

El verbo *dignarse* se empleó, al menos desde el XVI, con la preposición *de*; así hace Cervantes cuando escribe 'Pidiéndole se *dignase de* echarle la bendición'. Y así proceden los clásicos, sin faltar uno, desde Alonso de Ercilla hasta el gran Andrés Bello. Es dudoso el origen de ese *de*; la asociación *digno de* produjo tal vez el contagio. Pero se mantuvo firme el secular *dignarse de* (vivo hoy en italiano: *degnarsi di rispondere*; conviviendo con *a* en portugués, según los contextos; y lo mismo en catalán: *no va dignar-se a respondre*; *S'han dignat de venir*); todavía en 1917, el académico Alemany señalaba que esa era la construcción apropiada; y el Diccionario académico, en 1927, pone como ejemplo de tal uso exclusivo *Dignarse de otorgar licencia*.

Pero, a partir de esa edición, el ejemplo desaparece: se dudaba seguramente de su licitud. Es casi seguro que, por esos años, ya alternaban el apeo de la preposición y su sustitución por *a*, esto es, *dignarse a* hacer lo que sea. El primer testimonio de lo último, probablemente producido por analogía con construcciones similares como *determinarse a*, *decidirse a*, *acceder a*, es, nada menos, de Pedro Antonio Alarcón. Pero si el buceo se adelanta en el tiempo, topamos con admirables autores contemporáneos de esta costa y de la otra que practican el preposicionismo con *a*: Llamazares, Mendoza, Cabrera, Mújica Laínez... Alguno alterna ambas posibilidades (Llamazares mismo, José Donoso). Lo que tenía -y tengo- por vulgarismo cuenta, pues, con muy eminentes padrinos. Y quizá, por ello, a pesar de la tenacidad con que ese uso ha prendido en los hablantes menos escolarizados, Seco lo califica de semiculto; igual podríamos tildarlo de semivulgar.

El trato de *dignarse* sin preposición (*No se dignó mirarme*) es abrumadamente mayoritario en los bancos modernos de la Academia. La cual, probablemente disconforme por la difusión del verbo rigiendo *a*, y olvidada hacía tiempo de *dignarse de*, introdujo en el Diccionario, este ejemplo de buen uso: *Se dignó bajar del palco* (no pueden bajar de otra localidad quienes se dignan). Y es lo que escriben Carlos Fuentes, Vargas Llosa, García Hortelano, Torrente, Semprún, Buero, Arrabal... Lo que escribió o escribiría, a buen seguro, Joaquín Vidal.

Libro verde

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española

EL PAÍS | Opinión - 19-05-2002

Una profesora amiga que no salió indemne de la reciente conmemoración de Baltasar Gracián organizada en Zaragoza por la admirable Aurora Egido, sino profundamente impresionada por el jesuita aragonés, y, como es lógico, considerablemente mareada por su lenguaje, me requiere para entender un trozo soturno de *El Criticón*. Creo haberlo rescatado: es aquel pasaje de la segunda parte en que el Sátiro explica a Critilo cómo muchos viciosos acusan a otros de sus propios vicios, y así, el mumurador se hace testigo falso, y *el infame para en libro verde*.

¿Es que sólo los infames, esto es -argumenta-, aquellos a quienes el Diccionario califica de malos y viles, carentes de honra, crédito y estimación, escriben libros picantes y cuentan historietas cachondas? No lo cree, porque ella conoce a un psiquiatra que prodiga los chistes verdes, y que no es vil ni carece de crédito; por el contrario, goza de estima entre la gente de bien.

Obviamente, *verde* ahí no significa 'obsceno', aunque sí lo creía Romera Navarro, acreditado exegeta del famoso clásico. Le hubiera bastado consultar el Diccionario de Autoridades para averiguar que *libro verde* es 'el que contiene las cosas particulares de un país y de los linajes de él, y lo que cada uno cuenta de bueno o de malo'. A lo que añade: 'Figuradamente llaman así a la persona dedicada a semejantes noticias'. Por tanto, un infame se hace *libro verde* cuando se convierte en infamador. 'Es vuestra reverencia un *libro verde*', podía reprochar el famoso escritor a cuantos, en la Compañía, intentaban salpicarlo de sí mismos.

Y es que él sabía mucho mejor que la Academia -y que Romera- el significado propio de tan extraña soldadura de vocablos. La explica en el *Oráculo manual*, cuando aconseja al varón discreto que se guarde de ser enlodado por un *libro verde*. Aclarando, en efecto, por qué alcanza una persona tan degradante título, dice que señal 'de tener gastada la fama propia es cuidar de la infamia ajena: querrían algunos con las manchas de los otros disimular si no lavar las suyas; o se consuelan, que es el consuelo

de los necios. Huéleles mal la boca a éstos, que son los albañares de las inmundicias civiles. En estas materias, el que más escarba más se enloda'. Y es fácil hacerlo: 'pocos se escapan de algún achaque original, o al derecho o al través', es decir, todos tenemos algo que se puede reprobar a la cara o murmurado. Pero quien lo airea o lo inventa es, según su sentencia rotunda, 'un desalmado'. Sin embargo, resulta complicado explicar esa extraña vecindad de palabras: ¿por qué *libro verde*?

Los clásicos antiguos calificaron de *verde* la ancianidad vigorosa, de primavera tardía, sin achaques notables, y se siguió haciendo en las lenguas modernas: la *viacchiezza verde* italiana o la *verte vieillesse*, de nuestros vecinos. Pero como a esos viejos afortunados les aguija aún la libido, jugueteando con el adjetivo *verde* se le añadió enseguida el rasgo irónico de 'lascivia'.

En efecto, abundan en la literatura del siglo XVIII los personajes de ese jaez, pero ya no sólo lozanos y rijosos; otra nota más se les ha anejado: la de ridículos. En efecto, el viejo que está al olor de jovencillas es en aquella literatura un vejete, canijo casi siempre, gotoso, encorsetado, que gallardea entre petimetras; en una página costumbrista de 1803, uno de ellos confiesa cómo, en una velada, mariposeó, poniendo, dice, 'coloradas a algunas con mis lindezas; por fin, se bailó y yo también, aunque me mataba la gota'. Fue una bufonada, pero como no es, concluye, 'el único *viejo verde* que hay en el mundo', lo cuenta para aviso de caducos.

Por esa época, pues, la malicia ha ocupado totalmente el verdor, y ya no será posible elogiar a un varón afirmando de él que es un *viejo verde*. Y ¿quién, para ensalzarle el vigor, llamaría *vieja verde* a una dama setentona?

Sin embargo, hay gran distancia entre el *viejo verde*, tan irrisorio, y el *libro verde*, tan miserable. Ninguno de ellos tiene tal coloración, pero ésta salta a los ojos en el primer caso, y se ve arduo cómo llegar con tal adjetivo hasta el libro insidioso y, aún más, al ruin que lo escribe. Puede tratarse de un galicismo, porque *vert*, en francés, por entonces, servía para calificar de 'rudo' o de 'áspero': *une verte sermonce* era un broncazo. Y ¿qué es sino vituperio abyecto un libro de ese color? (También *pone verde* quien vilipendia. Quizá la bilis ande coloreando todo esto: según y cuándo se mire, es amarilla, verde y hasta negra: *atra bilis*.)

El paso siguiente resulta mucho más sencillo: decimos de alguien que *es un libro abierto*, y metamorfoseamos el libro haciéndolo persona: un tropo elemental. Y eso parece haber sucedido con el *libro verde*, que es también quien lo escribe, tal como venimos diciendo.

Como peculiaridad de nuestro idioma, no sólo las personas pueden ser *verdes*: vocablos, dichos, chistes y cosas así son capaces de tal mérito. Éstos eran *colorados* hasta el siglo XVIII. El Diccionario de 1739 define *palabras*

coloradas como las 'deshonestas e impuras, que se mezclan en la conversación por vía de chanza'. En 1803, ya no eran *coloradas* sólo las *palabras* chacoteras, sino todo 'lo impuro y deshonesto que, por vía de chanza, se suele mezclar en las conversaciones de poca crianza'. Tal proceso se consuma por completo en el siglo XIX, y la Academia pormenoriza: *verde* califica 'a cuentos, escritos, poesías, etc.' (1852). Y *colorado* pasa al baúl de los arcaísmos. También, ahora mismo yacen ahí, según la valoración de los jóvenes, *viejo* y *vieja verde*; lo referí en un dardo hace diez años.

¿Qué queda hoy del *libro verde*? Éste, no su escritor -sigue habiendo bellacos- se extinguió, pero, metidos en el siglo pasado, aún le quedaban rescoldos y, raramente, continuaba significando 'libro en que se escriben maldades, denuncias y acusaciones'; (hay aparte, claro, los modernos libros blancos, amarillos, azules y, por supuesto, verdes también, que publican los gobiernos; son otra cosa). El español Julio Senador escribía en 1918: 'Tú vete por ahí diciendo, es un suponer, que eres republicano y el día que te apunten en *libro verde* di que has hecho el negocio redondo'. Y quince años más tarde, en un relato del colombiano Tomás Carrasquilla, se leía algo similar.

Un Rafael Alberti joven (1920) habla también de un libro de tal color; líricamente exhorta a una glorieta con abetos: 'Si te cubren de asfalto, glorieta de mi alma, sea después del crepúsculo a la madrugada nueva. Que nadie lea en tu *libro verde* abierto mi historia vieja -niña- y muerta'. Que desaparezca, pues, por la noche para que nadie pueda conocer la historia del poeta conservada en aquellos verdes abetos como en un libro. Nada que ver con lo nuestro.

De campo

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 02-06-2002

El pasado 1 de mayo irrumpió un vendaval futbolero que, a partir de hoy, se convertirá en ciclón oriental. Imposible escapar de él; cuando parecía amainar el tumulto de los cantores de Estonia, y ello auguraba un cierta paz cerebral fortalecida con el inminente letargo del verano, he aquí lo de Corea, que tal vez convierta en éxito lo de Tallin.

No extrañará, pues, que el balón sustente hoy esta columna, a ver si rueda con mejores augurios que el primer acontecimiento histórico del siglo, el del mencionado primero de mayo (que luego sería superado por el segundo acontecimiento histórico del siglo, el de Glasgow; pero éste fue tan rotundamente histórico, que su glosa no cabría en un artículo a causa de aquel patadón histórico, merecedor de toda una página). Recordemos cómo empezó todo: el miserable coche bomba a los pies del Bernabéu. Ya dentro de él, una aglutinación internacional denominada Real Madrid venció a otra aún más promiscua llamada familiarmente Barça. Sin embargo, lo importante de verdad fue el preludio montado tras el bombazo contra informadores y policías por unas docenas de antropomorfos. Leo cada vez con mayor fruición a mi bravo paisano Joaquín Costa, que, según su inscripción sepulcral en Torrero, quiso redimir a su pueblo pero no legisló. Como otros regeneracionistas, pensó que España sería otra y mejor con dos cosas que le faltaban: despensa y escuela. La primera ha sido mucho mejor atendida (*primum vivere...*), pero la otra, la escuela, tras algunos remotes, está como vemos: forzada a una activa producción de bárbaros. Seguramente, entre los ultras madrileños había varios que, por prescripción legal, no pudieron ser corregidos en sus centros escolares.

Los medios de comunicación audiovisual fueron contando desde horas antes lo que ocurría en el estadio y alrededores; olvidada enseguida la bomba, fue más atractivo el ambiente, animado por los vocejones de los forofos y forofas, que, cuando acertaban a construir algo como una frase, confesaban tener buenas *sensaciones*. Era, sin duda, un pensamiento que les había entrado a gatas en los sesos por una rendija del cráneo, y que ahora expelían. Querían decir que algo les hacía presentir la victoria de su equipo.

O me equivoco mucho, o las *sensaciones* están sustituyendo a las *vibraciones*, como no hace mucho empezó a decirse, para denominar todas las formas del barrunto. Tan patente vulgaridad se ha colado en el último diccionario; eran mucho más bellas las *vibraciones*, con su sugestivo halo pitagórico. Las *sensaciones* contribuyen a la reducción galopante de nuestro idioma, al que se están birlando vocablos, aparte *barrunto* y *presentimiento*, *corazonada*, *augurio*, *presagio* o *premonición*.

Y mientras los hinchas ocupaban pantallas y micrófonos, la voz de un profesional del lenguaje informaba de que, desde hacía muchos días, una *pancarta* sobre las taquillas anunciaba que no había localidades. Estos chicos que salen laureados de sus centros universitarios, además de dejar mondo y escuálido el idioma, lo dejan también lirondo, pues se empecinan en trabucarlo. Quien llamaba *pancarta* a un cartel, a cualquier cartel, ignora que aquel nombre se da a un cartelón que, según descripción del Diccionario, 'se exhibe en reuniones públicas, y contiene letreros de grandes caracteres, con lemas, expresiones de deseos colectivos, peticiones, etcétera'. Hay pancartas en las huelgas, las manifestaciones, en los concejos vascos...; no sobre las ventanillas con cabezas dentro.

Por fin, he ahí los jugadores surgiendo del vestuario. El locutor relata lo que estamos viendo y oyendo: el clamor de Troya. Y con el acto de aparecer, ¿qué han hecho los balompedistas? Acaban de *ingresar* en el campo, lo cual es una nueva manera de evitar *salir*, si salían de donde estaban, o *entrar* si el campo se ve como un recinto en que se entra. Para soslayar elegantemente la vulgaridad de ambas cosas, se inventó en época inmemorial *saltar al campo*, acción bien extraña, pues los jugadores no se aparecen a los hinchas brincando como danzantes o saltamontes, sino emergiendo, con un leve troteillo, de una misteriosa boca de cemento. Pero aun cuando no den salto alguno, hace años que *saltar* figura en el Diccionario con tan asombrosa acepción.

El comentarista, tras observar con cuidado a los jugadores de siempre, hace notar que *hay gran calidad sobre el terreno de juego*; unida tal vez a una lustrosa multitud de euros. Y empieza el partido; gran lástima: Guti se va al suelo; luego, Xavi. Como dice el retransmisor, los futbolistas pierden fácilmente *la verticalidad* porque han regado en demasía la hierba. La cámara lo corrobora, pues muestra a Raúl en plena horizontalidad.

Hay también un resquicio para observar que los jóvenes participantes *lucen*, dice un locuaz, las camisetas de siempre. Parece raro que unas camisetas dedicadas al destino innoble de ser sudadas puedan permitir lucimiento alguno. Pero, aceptadas como símbolos sublimes, es de sentido común que se pueda *defender la camiseta*, honrarse con ella y hasta morir por su causa: como por la patria.

Un incidente en el juego: persiguiendo impetuosamente un balón, alguien

ha atropellado a un miembro del equipo rival, que cae por la hierba completamente perdida su verticalidad. Y entonces, el atolondrado salta *deportivamente* sobre el atropellado, lo cual señala el narrador muy complacido como si fuera lícita otra opción; la de botar sobre el vientre del caído, por ejemplo.

La gramática del partido sobresalta cada dos minutos: ora es que se desvanezca el artículo (corre *por banda derecha*, dispara *con pie izquierdo*), o se tergiversen las preposiciones (comete falta *sobre Overmas*), ora es que quienes cuentan el partido inflen su narración de posesivos: Roberto Carlos no dispara *con la pierna derecha*, sino más precisamente, *con su pierna derecha*. Queda así bien claro que no lanza con la nuestra, gracias a lo cual nos libramos de duelos y quebrantos: hubieran hecho rotunda injusticia a nosotros que no nos movemos del sillón. ¿De dónde habrá salido esta proliferación de posesivos, tan estúpida. (Aunque la supresión lo es más: chuta *con pie izquierdo*).

El espectador de salón recibe además una ilustración gráfica que no suelen ver los del campo: apenas la cámara enfoca de cerca a los jugadores, se percibe cuánta es la productividad bronquial de éstos, a juzgar por los lapsos que emiten (*lapo*: no figura con esta acepción en el Diccionario, y ha escapado a la atención de cuantos practican la fácil montería de cazar faltas picoteando en él). Pero lo importante es que, hoy, en este histórico 2 de junio, veremos un impresionante gargajeo; vayamos de campo. Al de fútbol, naturalmente.

La tostada

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 16-06-2002

Primer sobresalto de la mañana servido con la tostada: un mensajero ha traído una de esas cartas cuya rigidez advierte lealmente que no interesa nada el contenido. A pesar de ello, es muy temprano y la abro; es de una fundación con sede en Barcelona y apeadero en Madrid. Comienza así el incordio: 'Habiendo detectado un error en el *mailing* de la *Newsletter* n. 11...'. La descarga de adrenalina me impide continuar, porque apenas sé qué es un *mailing*, y no acierto a vislumbrar la *Newsletter* de marras. Decido que, sean lo que sean, no me importan un pepión, como decían nuestros ancestros medievales, ni la *Newsletter* ni esa fundación de pujos culturales que, apenas abres sus cartas, te lanza a la cara un par de morradas.

Quería pasar por alto ese 'habiendo *detectado*', pero no he podido: el correo urgente me trae otra carta en que, desde una oficina, se me advierte que, en una factura, al convertir las pesetas en euros, se ha *detectado* un error. No puedo, pues, hacerme el distraído ante este tosco anglicismo que, como ocurre con todos ellos, apenas izada su bandera en territorio léxico ajeno lo ha subyugado.

Es curiosa la infiltración de este vocablo, que acogió el Diccionario académico en 1970 como derivado del latín *detectus*, 'descubierto', con el significado de 'poner de manifiesto por métodos físicos lo que no puede ser observado directamente'. Resulta claro: se trataba de un tecnicismo, casi ausente del lenguaje común. En 1984, la Academia corregía la limitación anterior, para añadir lógicamente que también los métodos químicos pueden emplearse para detectar. Y sin eliminar la etimología latina, se apuntaba el origen cierto de *detectar*: no vino derecho a nosotros del latín *detectus*, sino por vía angloamericana: *to detect* empezaba a invadir para todos los descubrimientos y averiguaciones y, en 1992, el folio añadía escuetamente otra acepción: 'descubrir'. Ya por entonces, el triunfante vocablo saltaba como por lianas de rotativa en rotativa, de radiovisual en radiovisual. Y al llegar 2001, la Academia renuncia tal vez con aflicción al remoto antecesor latino, aceptando la realidad: *to detect* es el padre real y no putativo de *detectar*. A la vez, dejándose de los descubrimientos hechos

en laboratorio, define así ese verbo con encomiable laconismo: 'Descubrir la existencia de algo que no era patente'.

Ya impuesto su despotismo en ese punto de la lengua española, el anglicismo ha ahuyentado cuanto podía oponérsele. Hoy la emplea el burgo de toda clase y condición. ¿Qué hubiera escrito en un comunicado como el de la aludida fundación una secretaria o un secretario (y aun un subsecretario) antiguos? Pues probablemente algo así como hemos *advertido* o *notado* u *observado* o *nos hemos dado cuenta de* o *reparado en* o *percatado de*: cosas pasadas de moda, son arrugas en el rostro de nuestra lengua. Hoy se prefieren estas palabras multiuso, sosas e incoloras pero siempre a mano. *Detectar*: bien estaría si alternase pero, erigiéndose en único, se convierte en otro somnífero de la mente hispanohablante.

(Todo esto, a propósito de una *newsletter* y de un mal cálculo en la traducción literal de pesetas a euros: cosa de céntimos, aunque ahora son importantes. Recuérdese que el maravedí fue durante siglos un moneda virtual, inexistente, que valía para valorar y computar, aunque luego se cobrase o se pagase con otra moneda. Seguramente somos millones los españoles que, durante nuestro último trozo de vida, seguiremos calculando en pesetas-maravedís).

Aún con un trozo de tostada aguardándome, he podido aplicarme al periódico, en su sección cultural (ojo a este adjetivo); y leo que el conjunto de libros ofrecido por un afamado coleccionista para saldar deudas con Hacienda incluye '*incunables* de Cervantes'. Sobresalto máximo: reciben ese nombre los libros que se publicaron desde 'la invención de la imprenta hasta principios del siglo XVI'; con más exactitud, hasta 1501, es decir cuando aquel prodigio industrial andaba aún en pleno balbuceo, pero alumbrando ya Biblias, Sinodales, el *Tirant*, *La Celestina* y la primera *Gramática* de un romance, entre otras cosas. Lo dice el Diccionario, pero lo sabe cualquiera menos ese redactor cultural para quien *incunable* parece ser, simplemente, un libro muy viejo: un trasto de pergamino y polvo; y que por añadidura ignora por qué rincón de la historia anduvo el autor de aquellos '*incunables*', a quien un anciano y bondadoso auxiliar de mi instituto infantil llamaba con voz trémula de admiración, 'el ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra y Fajardo'. (Parece un chiste manido; en mi recuerdo no lo es). Pero vengamos a lo nuestro: eso de *incunables* está escrito por un universitario de hoy.

La movida de la Ley de Partidos Políticos agita también la lengua española. Un solo ejemplo de régimen gramatical: unos opinantes desean, dice el periódico, que el Defensor del Pueblo pueda *instar a la ilegalización* de los batasunos. Pero hay que *instar a alguien*, y aquí no se nombra a nadie. Cruce de cables: se puede *instar* al Gobierno, al Parlamento, a quien tenga tal potestad; sólo después se especificará *a qué* -no *qué*- se insta o pide; verbo este último que aquí sería muy tempestivo.

Pero hay más: el periódico afirma que 'Aznar pidió a Pujol mayor *complicidad*' para sacar adelante tal ley. Es cierto que el Diccionario define así *cómplice*: 'Que manifiesta o siente solidaridad o camaradería. *Un gesto cómplice*'. Pero también lo es, y más directo, el 'participante o asociado en crimen o culpa imputable a dos o más personas'. ¿Para qué gatuperio quería enredar el Presidente al President? Tratándose de lo que se trata, zape; ese adjetivo, lejos.

Estoy apurando el lento ataque al primer café, y aún se me entromete esto: alguien ha sido detenido porque 'mantenía relaciones sexuales con los cadáveres' de un tanatorio. Es muy extraño eso de mantener *relaciones* con unos muertos (relación es 'conexión, correspondencia, trato, comunicación de una persona con otra'); el detenido, por lo visto, conectaba con ellos, pero no es de creer que fuese correspondido. Parece más adecuado el verbo empleado por Gironella en *Apocalipsis*, su última novela: *practicar* la necrofilia. Por lo demás, ¿con qué razón se les designa sólo como necrófilos a tales desventurados, hurtándoles su nombre verdadero de *violadores de cadáveres*? Los cuales, por cierto, no parecen individuos muy complicados. Cela joven obtuvo los permisos precisos para visitar en la prisión a uno de ellos: fue con la curiosidad de que tuviera madera de personaje tremendo. No ocurrió así: se limitó a contarle que, estando a solas con una difunta, se le agolpó irresistible la sangre donde suele. Me comentaba Cela: 'Comprenderás que no puede sacarse ni una astilla literaria de un sujeto tan elemental'.

Ante julio

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 30-06-2002

Vaya mes el que hoy fenece. La diosa Juno que le da nombre y cuya función en el Gabinete olímpico, aparte la de proteger parturientas, consistía en velar por el Estado, ha dedicado alguna atención al nuestro para que, durante esas cuatro semanas, se invertiera sólo un poco más. Qué zarandeo, entre leyes, cumbres, manifestaciones, huelgas, porcentajes, Bolsa, el Mundial, que, según prestigiosos expertos, ha sido muy *físico*, y encima, culminándolo (se dice así), el morrón coreano. Para no repetirlo; ojalá pasemos un julio tan a gusto como un arbusto (lo oí por televisión a un concursante, y me pareció un pareado digno de ponerlo por escrito, o *negro sobre blanco*, como dicen nuestros semicultos que han recibido un hervor de inglés). Aunque puede que no tengamos tanta suerte y no salgamos aún del tembleque, estando como estaremos bajo la tutela nominal del belicoso Julio César: bien se sabe que *julio* es por él. Así es que hemos tenido muchas ocasiones de horripilarnos; forman este divertido verbo (del latín *horripilare*) una primera mitad que transparenta el 'horror', y la segunda, el 'pelo' (del latín *pilus*). Y significa literalmente, todo el mundo lo sabe, 'poner los pelos de punta', por miedo o formidable conmoción. El español ya conocía el latinismo *horripilación* desde los principios del siglo XVII ('cierta *horripilación* que el vulgo llama calosfríos', Méndez Nieto), pero aleteaba por el idioma carente de nido. Sin embargo, su familia léxica se había aposentado firmemente en francés desde principios del XIX, y, por tanto, el verbo y sus derivados tuvieron sin tardar certeros e ilustres avalistas entre nosotros, como Modesto Lafuente (1842), Estébanez Calderón (1847) o Fernán Caballero (1849). Ante tanta pujanza, nuestro Diccionario le dio cobijo en 1852. Por otra parte, se había creado con aspecto más castizo *poner los pelos de punta*, también calurosamente acogido por plumas aún mayores (Galdós, Pereda, Menéndez Pelayo...).

Así estaban las cosas, cuando hace unos treinta años empezó a difundirse lo de ponerse *el vello de punta*, melonada eufemística, ya que el *vello*, por supuesto, y sólo en singular, es el 'pelo que sale, más corto y suave que el de la cabeza y de la barba, en algunas partes del cuerpo humano'. ¿Qué vello, pues, se eriza, el de los brazos y pantorrillas, el que arteralmente recorre la

espalda de muchos y muchas, el bigote execrable allí? Pero ese monstruillo se hizo mercedor de horca cuando, a renglón seguido, fueron los *vellos* los que se pusieron de punta. ¿Así que cada pelito de esos fue un vello? Extraordinario.

Pero no queda aquí la cosa. Por pura broma empezó a cruzarse *carne de gallina* con los *pelos de punta*, y procrearon el burdégano *los pelos de gallina*: se trataba de una broma particularmente ingeniosa y jovial. Así empezó a ser empleada no hace aún tres lustros, y quienes lo hacían tenían clara conciencia de su ocurrente y culta extravagancia. Pero el reinante analfabetismo se apropió de ella, se olvidó del dislate, y éste anda por las antenas como locución de casta. A miles de aficionados se les pusieron *los pelos de gallina* cuando, ante Eire, el Cid Casillas expulsó con sendos mamporros el esférico que, por dos veces, se le venía enfurecido vía penaltis (¡vana ilusión!). El locutor que emitió tal sandez, atontado por el paroxismo, ni se dio cuenta de qué decía: para él, en aquel trance conmovedor, hasta los lenguados podían ser peludos.

Aquel partido supuso la coronación de Iker I de España, tras un corto exilio en que llegó a ser II de Madrid. Lo explicó con precisión un locutor: el muchacho estaba destinado a ser también suplente en Corea, pero el titular se lesionó. Y -dijo literalmente el informante- 'ante esa *incontinencia*, el que era entonces segundo portero tuvo la oportunidad de *sacar de sí* todo lo que tenía dentro'. ¿Deseó decir que la *contingencia*, convertida por él en *incontinencia*, favoreció a otro inmenso meón? ¿Gracias a eso se produjo la *enaltación* de éste, según dijo una veterana presentadora televisiva?

Artefacto éste, el de la tele, que ha sacado del Mundial cuantas horas ha podido: entrevistas, declaraciones, elevada filosofía del fútbol... Y vimos algunas ráfagas de *entrenos* de nuestra selección. Sin duda, *entrenar* es uno de nuestros vocablos más mutantes: sabemos los prehistóricos del idioma que, en nuestros tiempos, los jugadores se entrenaban, mientras que el 'coach' (por variar y modernizar el léxico) los *entrenaba*; primera sacudida proveniente de América, se amputó el pronombre y así, Morientes *entrena* cuando corre, salta y pelotea, y, a su vez, Camacho *entrena* a la selección. *Entrenar* asumía de esa manera su antiguo significado reflexivo, podía seguir siendo transitivo, y, de paso, se travestía de intransitivo. Como es natural, el Diccionario académico no ha acogido tan fea mutilación, que no es sólo léxica, sino que ataca al corazón de la gramática. Y eso es un poco más serio.

Pero el infolio, en su última edición, ha acogido *entreno* por *entrenamiento*, sin duda por hallarlo morfológicamente explicable: tenemos otros nombres posverbiales, es decir, extraídos de una forma verbal: un *espía*, un *escucha*, la *marcha*, la *cita*, el *encuentro*, el *recibo* y bastantes más. Pero todos tienen la particularidad de que no se introdujeron para sustituir a otras palabras, sino que fueron creadas para satisfacer una necesidad. En este caso, ya

teníamos *entrenamiento*, voz que entró en el Diccionario en 1927, cuando ya la usaba mucho antes el tratadista militar Jaime de Viadna (1764): el jefe 'debe atender con vigilancia a la salud y *entrenamiento* de los soldados y de los caballos'), y numerosos escritores (Pereda, Lugones, Maeztu...) antes de ese año (¡ah, los retrasos de la Academia, antes vituperada por ellos, y ahora, a veces, por su velocidad!).

Lo del Mundial daría mucho más de sí, si mi ánimo no hubiera salido derribado de aquel estadio del sol menguante. Ni fuerzas tengo para revisar mis notas. Sólo me quedan reminiscentes los tacos con que tantos comunicadores -y no sólo de deportes; pero éstos parecen haberse concedido bula- se apoyan para andar cojitrancos por el idioma y entristecerlo. El taco en sí no resulta abominable cuando entra como un estoque en la charla confianzuda, oportuno, en su sitio. Pero es síntoma de hambruna mental eyacularlos en público y reírlos. La imagen que ofrecemos, apoyada incluso con nuestros impuestos -de TVE hablo y su cortejo radiofónico-, de ser la de aquellos entrañables ancestros nuestros, convertiría Atapuerca en Atenas. Y así nos pilla julio.

No exportamos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 14-07-2002

Siempre negativo, pero, a veces, positivo; esto último ocurre cuando se puede ser paraninfo, esto es, anunciador de buenas nuevas; por fortuna, no se le hizo caso a Unamuno, y también nosotros inventamos; o lo parece. A propósito de un necrófilo que se *relacionaba* con cadáveres, según quedó contado hace algunas semanas, hube de escribir el vocablo *tanatorio*, nombre de ese sitio de tanto silencio y reposo. Aunque sin entusiasmo, sentí deseos de saber algo de él pero, tras las pesquisas consiguientes, resultó que no se halla en otras lenguas de alrededor; por el oeste topamos con el *funeral home* (como aquel donde, con dolor de José Hierro, reposaba en Nueva York Manuel del Río, natural de España). Y si buscamos por el otro punto cardinal que aporta muchas novedades, encontramos *funérarium* para designar el citado reino del sopor.

No cabe nada más culto y más ajustado que nuestro *tanatorio*; sin embargo, con toda su refulgente belleza clásica, no ha logrado visados para andar por el mundo. Tan hermoso vocablo está formado por el griego *thánatos*, 'muerte', y el sufijo *-torio*, que, entre otras cosas, indica 'lugar': *laboratorio*, *ambulatorio*, *observatorio*; o *purgatorio*, si se desea algo de junto al *tanatorio*. Este término fue introducido en nuestra lengua acompañando a la cosa, lo cual debió de ocurrir hace unos veinte años; la Academia acogió el vocablo en 1992. Orienta sobre cómo lo aceptaron los hablantes el hecho de que en 1994, describiendo nuevas costumbres, un personaje de Rafael Gómez Pérez lo confunde, cosa muy razonable, con *sanatorio*. Pero, en general, *tanatorio* no ha entrado en la América hispana, donde parece dominante *velatorio*, cada vez menos frecuente en España. Siendo tan razonable y significativo *tanatorio*, ¿cabría esperar que obtuviera carta de ciudadanía en otras lenguas? (Pero quizá tampoco nos hacía falta, contando con *velatorio*, que no suena a difunto sino a personas vivas poseídas de piadosa consternación).

Se trata de una noticia, a la que puedo añadir otra: *quirófano*. Me la señala como inventada, casi seguro, por un médico español, mi admirado Emilio Lledó, a quien nada del saber le es ajeno: la ha buscado sin éxito por todo

Occidente, y, luego, yo también he fracasado. En efecto, ocurre que el inglés llama a lo mismo *operating theatre* o *room*; el francés, *salle d'opérations*; y el italiano, *sala operatoria*. Excepción: el portugués brasileño, que comparte con nosotros *quirófano*, quizá por contagio. Cuenta con dos formantes también griegos: *khéir* 'mano' y *-fano*, procedente de *diapháinein* 'mostrar'. Y, en efecto, el quirófano era el local en el cual podían verse operaciones quirúrgicas 'al través de una separación de cristal' (DRAE); etimológicamente, se veían, claro, las manos del cirujano; por extensión *quirófano* denomina hoy 'cualquier sala donde se efectúan estas operaciones'. Y el primer diccionario que acoge el vocablo es el de Alemany Bolufer, en 1917. Ocho años tardó en recibir la consagración académica.

He aquí, pues, dos ejemplos de aparente creatividad española; no en vano poseemos algunos de los mejores helenistas europeos, aunque un poco taciturnos: sus invenciones no son joviales.

Pamplona celebró su San Fermín como suele: jolgorio puro y cornadas. Un munícipe ha prendido la mecha de un cohete pero el chupinazo no se ha oído a causa del clamor popular, es decir, por un formidable *restallido* en la plaza según clama una locutora; pero allí no han sonado chasquidos de látigos u hondas como en los tiempos pastoriles, sino gritos y taponazos de champán o cava. A ella le daba lo mismo *estallido* o *estruendo* que *restallido*: la embriagaba, nunca mejor dicho, un furor de euménide.

No ha sido mala época para los atrevidos que, sin ser poetas príncipes (a ellos solos reconocía Feijoo la facultad de inventar voces), se han lanzado a la generosa aventura de enriquecer el idioma. En ellos, hay que admirar muchas veces la bizarría (con el sentido que se dio en francés a *bizarre*: 'raro, extraño por apartarse de lo común': así veían los vecinos a nuestros diplomáticos del XVI y a la gallarda gente de los tercios). Dígase si carece de ella la oferta de la participante en una tertulia televisiva de las varias que deslumbran con la enorme variedad y riqueza de sus saberes. Se estaba discutiendo una cuestión candente, la del PER, gracias al cual tantos campesinos aún pueden alcanzar a rastras el fin de mes. Y, frente a casos de penuria inquietante, otros hablaron de abusos en la percepción del subsidio: alguien los llamó *pillos*. Y entonces, vehemente y corroboradora, la periodista mencionada, ilustre por cierto, salió afirmando que, en ese asunto, hay mucho *pillaje*. El Diccionario dice de *pilllo* que equivale a 'sagaz y astuto', mientras que define *pillaje* como 'hurto, latrocinio, rapiña', y también 'saqueo' o 'depredación'. ¡Pobres perceptores, que a lo sumo se ayudan con chapucillas, convertidos en ladrones o desvalijadores, por gracia de quien asalta nuestras casas ignorancia en boca!

No es creación menor; pero las hay tan buenas, como la de aquel caballero experto en señales viarias que explicaba por qué predomina en ellas el color rojo; es porque *alertiza* mejor que los otros. ¿No apete vitorear a sus ancestros?

Por cierto, alcanza auge extremo otro regalo latino; se están haciendo cábalas sobre los resultados probables de una etapa ciclista, y se dice de uno de sus participantes (o dicho audiovisualmente, *unidades*, como si fueran vagones) que '*a priori* se sabe que hasta el kilómetro cuarenta no atacará'. Esa locución medieval escolástica es cada vez más utilizada por cuantos desean modernizar su panoplia verbal. La han hecho equivaler a *de antemano* (que significa 'por anticipado o anticipadamente'), y tal locución, tan nuestra, va perdiendo presencia a costa de *a priori*. Los significados de ambas locuciones son próximos, muchas veces pueden intercambiarse, pero no siempre son idénticos. Leo en un periódico: 'Sigue la tónica de esta primera semana de Tour, con jornadas *a priori* reservadas para los velocistas', o bien: 'El futuro plan de jubilación anticipada de funcionarios, criticado *a priori* por algunas centrales'. ¿Por qué suplantando a *de antemano* aparece *a priori* en contextos tan triviales? Este es un término con muchos genes filosóficos y no debe tirarse a barato; con él se nombra el conocimiento que se alcanza independientemente de la experiencia: '*A priori* se sabía que surgirían variantes del virus'; pero aun aquí la locución *de antemano* caería bien: urge rescatarla de su actual decaimiento. Pero agoniza casi en el quirófano; con otros achuchones más, se irá al tanatorio. Son vocablos estos que apenas compensan de su pérdida; aunque humilla que a tan preciosos hallazgos léxicos se les haga por ahí la mamola.

Provocaciones

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 28-07-2002

Seguro que aún abundamos los capaces de encontrar normales cosas así: 'Las lluvias *causan* estragos en China', 'El fracaso de las negociaciones *produjo* consternación en la gente', 'El incidente *motivó* la suspensión del acto', 'La metralla le *ocasionó* heridas leves', 'Lo que dijo el síndico del alcalde *ha suscitado* comentarios muy jocosos', 'Su actitud va a *determinar* que lo abandonen los amigos', 'La noticia ha *originado* una nueva caída de la Bolsa', etcétera, etcétera. Pero las palabras escritas en cursiva parecerán superfluas a muchos informadores, que están a punto de enterrarlas y de izar sobre su tumba, en medio del camposanto, la bandera de *provocar*. Si en las frases anteriores sustituimos los vocablos señalados por el verbo *provocar*, estaremos hablando el lenguaje de la modernidad. Vitor.

Pero hay también ganancia cuando nuestras palabras quedan preñadas de significados nuevos, como resultado de su promiscuidad. Alumbran vástagos bordes. Ya sabemos que los cronistas deportivos son los más activos engendradores de idioma, violadores a menudo, y, así, dicen de un jugador alineado, por ejemplo, en tres partidos internacionales, que tiene tres *internacionalidades*.

Pero estas son nonadas si se comparan con el magno conflicto que nos creó la ocupación de la isla del Perejil por una docena de *efectivos* marroquíes. Así se ha escrito y así se ha dicho, a pesar de la buena intención que nos guía al advertir con frecuencia que no hay *un efectivo*, esto es, un individuo que forma parte de una fuerza armada, sino *efectivos*, siempre en plural, constituidos por la totalidad de las fuerzas armadas que desempeñan una misión conjunta, y de sus medios de lucha. No *hay un efectivo, dos efectivos, tres efectivos...* Es palabra incompatible con los numerales, pero admite indefinidos (*muchos, pocos efectivos*). Quizá la presencia de mujeres en el Ejército dificulte hablar de *soldados y soldadas*, y se habla por ello de *efectivos*; pero *militares* es unisex, y puede haber un o una militar, dos militares, tres militares...; queda mucho mejor, dónde va a parar, que llamar *efectivo* a cada uno de los okupas agarenos. Su totalidad y sus armas, una barca, un barco, constituían *los efectivos* que intervinieron en la operación;

los de los españoles, ya los vimos: soldados, guardias civiles, pero también fusiles, misiles, ametralladoras, barcos, helicópteros, aviones... Tremendo. (Pero ¿por qué no llamar *soldadas* a las soldadas? El genial humorista Tip invitó una vez a cenar a los Reyes, y en el brindis se dirigió a él con esta invocación: ¡Majestad!; y, vuelto hacia doña Sofía, la apostrofó con esta otra: ¡Majestada!).

Esta misma semana se ha 'descubierto' un artículo en que Unamuno da crédito hormonal a la hipótesis hormonal de un francés según la cual el peñazo se llamó España y prestó su gracia a la Península. 'Risum teneatis'. Hoy, y con otro nombre, se ha limitado a ser un símbolo volcánico de soberanía, como lo fue aquel escudo de España que osaron arrancar de la muralla de Ceuta, en 1859, los sarracenos. A ellos les da por nuestras piedras: no nos las tiran, nos las quitan; y la charranada del escudo valió una guerra; por fortuna, ahora parece que sólo se ambiciona permanecer en el *statu quo* anterior; este latinajo diplomático, que significa 'en el estado en que se encontraban' las cosas, ha sido manoseado y convertido estas semanas, por muchos, incluido nuestro Presidente, en *status quo*, inductor sin duda de perplejidades en Europa. Otros han llegado a más: a pronunciar 'estatus quo'. Finísimos.

Por otra parte, el nombre *Perejil* con que se denomina ese pequeño eructo del mar es desapacible. Dicen que se llama así porque 'antiguamente' crecían allí unos perejiles grandiosos; pero siempre suscitan sospechas esas explicaciones basadas en una incógnita antigüedad: se ha llegado a escribir en serio que Canarias debe su nombre a dos canes desmesurados (como los perejiles del Estrecho) que llevaron los conquistadores.

Hubiera sido preferible otra explicación de *Perejil*: los aficionados a las etimologías fantásticas creen que algún español (¿por qué no portugués?) del siglo XVI llamado *Pero Gil*, transformado en *Peregil*, había dado nombre a ese callo del pie de Ceuta; el nombre existió y existe como apellido hispano, escrito así, con -g-; pero no hay rastro del hipotético denominador de la isla. Ya Covarrubias (que, por supuesto, escribía *peregil*), ofreció la etimología exacta; dijo de él que era un 'apio menudo' llamado en latín *petroselinum* (Plinio). Así es; el segundo formante del vocablo es *selinon* 'perejil', que crece en el primero, en *petra*, la 'piedra'. Como el francés *persil*. Y dado que la hoy famosa islilla es acaudalada en pedruscos y no falta allí esa mata (los legionarios dicen que no la encontraron; ¡estas cabras...!), va a ser cierto que ella le dio ese nombre desabrido. No debe extrañar la -j- del vocablo; la Academia lo escribió así desde 1817 para diferenciarlo, casi con total seguridad, del antropónimo *Peregil* que llevan muchas familias (y algunos personajes literarios, como uno, granadino, de Washington Irving). Esa distinción gráfica en que aparece nítido *Gil*, se impuso desde entonces.

El nombre de la planta es tan poco lustroso como el peñasco utilizado por el recién casado para provocarnos (y aquí sí está bien el verbo). La sublime

historia de aquel abortillo marino merecía haber inspirado otro modo menos agreste de llamarlo, más poético. En efecto, fuentes mitológicas de toda solvencia aseguran que fue erigido por Hércules, a la vez que Gibraltar, con el fin de asentar una de sus famosas columnas. *Perejil* es más deplorable aún, casi desgarrador, si tomamos otro camino y averiguamos que aquellos riscos albergaron el amor de la ninfa Calipso a Ulises; ella lo retuvo siete años a su insaciable merced. Ogigia dice Homero que se llamaba el tal lugar; eso era entonces pero, ahora, ilustres exegetas de la Odisea dan fe de que aquel amoroso secuestro ocurrió en aquel ombligo -así lo llama el poeta- cerca de Ceuta, que, Zeus sabe cuándo, acabaría llamándose *Perejil*. El gran dios citado, a instancias de Atenea, envió allí a Hermes para que la ninfa liberase al pobre Ulises, hartado ya de tanto amor. El paisaje que pudo contemplar el mensajero parece bastante distinto al de ahora; pero todo cambia con el tiempo. Dentro de una gruta cantaba y tejía la insaciable, y, en sus proximidades, corrían claras fuentes, verdeaba la vid, crecían innumerables árboles y, Homero lo señala implacablemente, el perejil.

Calipso, cumpliendo órdenes superiores, permitió que Ulises construyera una balsa con troncos y sogas; montado en ella, el héroe de Troya se metió mar adentro, convirtiéndose así en el primer emigrante en patera de que hay noticia.

Reveses

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 11-08-2002

Estos médicos europeos son tremendos. Véase, si no, el titular de un diario madrileño: 'Duro *revés* de los médicos europeos a los holandeses por apoyar la eutanasia'. Dieron, pues, un bofetón inverso a sus colegas, que eso es el *revés*, un tortazo dado con la mano vuelta. Resulta fantástico imaginar aquella marimorena de batas coléricas, expandidas por los Países Bajos atizando a sus colegas a modo de duques de Alba redivivos. Pero ocurre que el desafortunado titular querria informar sólo de que los médicos del continente se oponen (¿todos?) al descabello humanitario patrocinado por sus colegas neerlandeses.

Leyendo diarios, los nervios de un lector moderadamente sensible pueden recibir cien descargas como esa por minuto. Aunque no se la atienda hoy mucho, sigue vigente la necesidad de que toda persona, casi desde el parvulario, se vea obligada a aprender dos lenguas: la hablada y la escrita. Ambas comparten amplias extensiones del mismo territorio, pero no todo él. La gráfica se aprende con bastante retraso respecto de la oral, el dominio de ambas nunca llega a ser completo y es mucho más difícil ser competente en la primera, privada como está de los gestos y tonos que a menudo permiten entender cuando nos llega un mensaje reñido con el léxico y la gramática.

Esa atención a la escritura formaba parte de la educación escolar, y su finalidad no era sólo el aprendizaje, sino la creación de hábitos de duda en la propia pericia expresiva: ¿era aquella la mejor manera de hacerlo?, ¿no ofrecía el idioma vehículos mejores para transportar el sentido? Tales hábitos, bien se comprende, tendrían que ser consustanciales con el uso profesional del lenguaje, de modo eminente en el ejercicio de la docencia, la abogacía, la política, la publicidad y, como es natural, el periodismo. Aquella actividad temprana contagiaba además la saludable práctica de no llegar a la decisión sin pasar por la duda, incluso en los trozos de vida que no eran lenguaje. Hoy apabulla la cantidad de personas que, escribiendo para el público, obran sin miramiento con el idioma del cual viven: allí lo cogen y allí lo matan.

Veamos hoy algunos ejemplos. Un conocido político socialista anunció que, en la votación de una ley, lo haría contra su partido. Y un compañero 'le recordó las virtudes de la disciplina de voto una vez que el asunto se ha discutido *endógenamente*'. ¿Qué tendrá que hacer ahí ese adverbio?; el adjetivo *endógeno* significa 'Que se origina o nace en el interior de algo', y se emplearía en frases como 'el desacuerdo obedece a causas endógenas', es decir, que se han generado dentro del partido, por causas internas. El autor de la denuncia se quedó en el cole con que *endo-* significa 'dentro', pero no llegó a enterarse de que, unido ese formante a *-geno*, se matiza con la nota de que algo 'se ha *causado u originado dentro* de algo'; y, puesto que la posición ante aquella ley había sido discutida dentro del partido (¡pero no generada!), le vino al teclado semejante sandez.

En una columna del mes de julio precavíamos contra el uso cafre de la locución latina *a priori*. De la misma familia etimológica (*prior*) es *prioridad*, vocablo que otro tartaja mental emplea impávido en vez de *antes que* en esta cochambre verbal: 'Por una vez, el sentido práctico y la *prioridad* a los resultados han guiado el proyecto'. Con lo sencillamente que un hablante antiguo diría: 'Por una vez, el sentido práctico y la atención preferente a *los resultados...*'.

No hay modo de que entren en razón estos osados de mente abuhardillada. Se ha propuesto una ley referente a la asistencia médica; un periódico titulaba así la noticia: 'Los socialistas piden que se fije un catálogo de prestaciones común a todas las comunidades' (¿por qué no escribir este último nombre con mayúscula, para diferenciarlas de otras menos rentables?). Pero el titular estampado en letra grande y gorda rezaba: 'El PSOE propone una ley que garantice la *equidad sanitaria* tras las transferencias'. Consulto el Diccionario: no contiene ni la más pequeña tolerancia, ni la atenuante más comprensiva que permita hablar de *equidad sanitaria*. Otro latinista como el anterior: aprendió, Dios sabe dónde y cuándo, que el formante *equi-* significa 'igual', y se dijo que si la ley pretendía que todos los españoles recibiéramos trato *igual* en la enfermedad, eso era *equidad sanitaria*. Asombroso.

La prisa es el burladero a que suelen acogerse tales prevaricadores; lo cual tiene un pase si es excepcional, pero no cuando la faena suele fundarse en frecuentes desarmes. Muy a menudo, casi no se nota la tropelía, como aquí: 'Los terroristas contaban con un listado de más de mil objetivos, algunos de ellos muy *elaborados*'. El lector entiende, pero tal vez se pregunte cómo se elaborará un objetivo.

Y en esa misma noticia, leemos: 'La policía averiguó que ETA *se nutría* principalmente de periódicos y revistas del corazón...'. Si nos hacemos fuertes y seguimos leyendo, sabremos que aquella nutrición no servía a ETA para engordar, sino como pista para sus balas. Es imposible saber hasta

dónde puede llegar el ansia, el hambre de los metafóricos, nuevos rocinantes. Extraña que, a este, el ordenador no le haya sacudido un calambrazo al teclearle el tropo.

Por fin, un articulista recuerda que, allá por mayo o junio, Zapatero y Yussufi 'celebraron una entrevista *bilateral*'. No era la primera: 'Al igual que en diciembre, cuando el líder del PSOE realizó una visita *bilateral* a Rabat...'. Tal vez quisiera decir que no era oficial o que se celebró de tapadillo o que intervenían más que ellos dos, cualquiera sabe; pero, por ejemplo, ¿podrá decirse que, digamos, una arcaica estrella de cine tiene una relación *bilateral* con un mozo gallardo? ¿O que un psiquiatra mantiene una relación *bilateral* con sus pacientes? ¿O el confesor con el penitente?

Con motivo del inolvidable rifirrafe del Perejil, escribe otro informador que el tal Yussufi lanzó contra España 'amenazas *altisonantes*'. Pero el Diccionario tampoco aclara cómo fueron las amenazas de tal sujeto; dice, en efecto, que *altisonante* califica al 'lenguaje o estilo en que se emplean con frecuencia o afectadamente voces de las más llenas y sonoras'. ¿Amenazó Yussufi a gritos, o acometió su soflama tan sublimemente como Castelar: '¡Alá es grande en el Gurugú!'? ¿No querría decir que las amenazas fueron *graves, fanfarronas, arrogantes, insolentes, altivas..*? Cualquiera sabe: fueron *altisonantes*. Esto están graduando nuestras universidades: expertos en arrear reveses al idioma.

¿Especialidad?: generalista

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 25-08-2002

Santiago Montero Díaz fue una de las mentes más lúcidas e ingeniosas de la posguerra; Franco, tan picajoso, lo desterró porque le incomodaba que aquel profesor casi bohemio le hiciera oposición desde el nazismo radical (fue determinante, se decía, que, en una conferencia, lo llamara 'rata vaticana', por abandonar el barco de la verdadera revolución). Dejó honda huella en sus alumnos; yo no lo era, pero sí amigo de algunos de ellos, gracias a lo cual tuve el privilegio de compartir mesa y mármol con él en muchas cenas de tasca gallega, no raramente alcohólicas. Su talento deslumbraba; dejó escasas huellas escritas pero sí, y muchas, en cuantos lo frecuentamos.

Protagonizó anécdotas irónicas de valor incalculable. Por ejemplo, cuando, en una tertulia donde un famoso barman había sacado a relucir el nombre de Einstein, se dirigió a él llamándolo Montero a secas. 'Pronuncia usted bastante mal', le contestó, 'porque *Einstein* se pronuncia 'Ainstain', y *Montero*, señor Montero'. Un buen día fue presentado por enésima vez a un ministro falangista, el cual, al saludarlo, le dijo que su nombre le sonaba mucho, aunque no sabía de qué. La respuesta del sutil profesor fue instantánea: 'También a mí me suena el suyo. ¿No toreó el domingo en Pamplona?'

Otro episodio ocurre en la Universidad de Oviedo, que lo había invitado a pronunciar una conferencia; presidía el acto el Rector, viejo, cansado de aquellas ceremonias latosas y, para dar la palabra, creyó conveniente decir algo sobre el conferenciante. Presentaba al auditorio, anunció, a un joven catedrático, historiador según creía, y especialista... Al presentador se le fugó aquí el santo, por lo cual preguntó al orador, que aguardaba de pie en la tribuna: '¿En qué es usted especialista, señor...' (ojeada a una nota). '¿En qué es usted especialista, señor Montero?'. A lo que éste respondió con el máximo respeto y no menor modestia: 'En la totalidad, señor Rector'.

Apenas oigo llamar *generalista* a un médico, se me sube a la cabeza esa

anécdota: un *generalista* ha de ser, necesariamente, un especialista en la generalidad, de igual modo que aquel -para mí- inolvidable peripatético confesaba con irónica modestia serlo en la totalidad. Pero nuestros *generalistas* no se designan así ni en broma ni con modestia: su campo de acción es el índice completo de un tratado de Patología.

Como es natural, el nombre procede de irradiación norteamericana. Quien en 1985 leyese en la prensa argentina que 'el médico de cabecera del presidente ruso Chernienko, un prestigioso especialista...', lo tomaría como despiste. Porque llamábamos *médico de cabecera* al que no era *especialista*, e igualar ambos términos constituía una contradicción.

Sin embargo, por entonces, las condiciones de la vida y las del trabajo médico habían empezado a experimentar un gran cambio; desaparecía la estrecha relación entre el enfermo y aquel atento señor que iba a su casa a visitarlo y lo confortaba con su inapreciable presencia, le tomaba el pulso reloj en mano, lo exhortaba a ponerse bueno, y le ordenaba continuar en cama. Por los años setenta, la medicina hospitalaria, impulsada por el Estado, iba dando mejor servicio clínico y rompiendo o atenuando aquella relación. El doctor Segovia Arana decía en 1980 que los españoles habían pasado del *médico de cabecera* (término que está en el Diccionario de Autoridades, en 1780: 'El que asiste especialmente al enfermo') al *hospital de cabecera*. Ello obligaba al primero a perder su nombre, pero sus funciones esenciales no debían desaparecer. Por lo cual, en 1980, Rovira Tarazona, ministro de Sanidad, se propone reconstruir la comunicación directa, confiada y continuada entre el médico y el paciente, o, visto de otro modo, se deseaba restaurar, pero con otro nombre, la 'asistencia primaria o de primer nivel'; para ello, decía el ministro, se estaba potenciando 'la figura del *médico de familia*, que viene a ser el auténtico médico de cabecera, pero con los conocimientos más actuales de los avances médicos'. Se trataba del *family phisician* yanqui que, como el sustituido médico, debía conocer casi familiarmente al enfermo, y saber más que su predecesor.

La continuada modificación de la estructura sanitaria determinó que el término *médico de familia* no cuajase demasiado, y que el anglicismo antedicho, *generalista*, fuera a instalarse en la terminología del oficio; no significaba lo mismo, pero casi. En efecto, el inglés, a principios del siglo XVII, con su lógica insensibilidad latina, había formado *generalist* para designar a quien poseía destreza para hacer cosas muy distintas; no médicas, por supuesto. Y cuando, a mediados del XIX, surgió la necesidad de conocimientos más profundos en espacios más reducidos del saber, ese idioma (¿o el francés?) forjó el vocablo *specialist*. (La definición es bien conocida: llamamos *especialista* a quien sabe cada vez más de cada vez menos).

El caso es que la lengua francesa acudió a la inglesa para extraer *généraliste* cuando, a mediados del siglo XX, la relación entre enfermos y galenos,

según hemos dicho, había cambiado tanto. Frente a la 'medicina general', proliferaron las 'especialidades', y, entonces, por la década de los ochenta, el español, el italiano y el portugués acompañaron al idioma vecino adoptando la oposición anglosajona *especialista / generalista*, y tragándose la contradicción interna que anida en este último vocablo. De ese modo, la necesidad impuso su ley: el *médico de cabecera* estaba pachucho, crecía la importancia del *médico de familia* (por aquello del inglés, y porque el galeno ya no frecuentaba de ordinario cabeceras), y había triunfado el *médico generalista*, cuyo saber hacía innecesario acudir al especialista, y atendía complejidades necesitadas de varios especialistas. La Sociedad Española de Medicina de Familia aceptaba lo consagrado, afirmando: 'El médico general o médico de familia es un *generalista*', y todos tan anchos como si *médico general* no dijera lo mismo; y, aunque feo y sin el relieve prestigioso que confiere el sufijo *-ista*, resulta mejor que *generalista*. Pero como esto es ya imparable, la Academia ha tenido que introducir ese vocablo en su Diccionario de 2001: *generalista* es en él quien en su profesión 'domina un amplio campo de conocimientos'; y pone como ejemplo *médico generalista*. Así que todos contentos, menos el idioma que chirría con ese término; la Academia debiera definirlo monterianamente: 'Especialista en la totalidad'.

Parejas de hecho

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 08-09-2002

¿Quién dijo que los comentaristas deportivos son los más porfiados agresores con que cuenta el idioma? Pues no; en ocasiones, resultan ser muy finos arcaizantes. Hace ya muchos años llamé la atención en algún 'dardo' sobre su empleo terco del imperfecto en *-ra*. Y aportaba aquel soberbio ejemplo, en que el locutor, dando cuenta de los abrazos de despedida que estaba recibiendo un jugador, dijo que quien se los daba en aquel momento era el 'masajista que tantas veces lo *masajeara*'. El encopetado vejestorio gramatical que es ese subjuntivo, en vez de *masajeó* o *había masajeadó* (verbo casi obsceno que, seguro, habitará pronto en los sótanos del Diccionario), es un noble residuo gramatical propio como mínimo de vizcondes ('Lleva un título que *otorgara* Isabel II a un amante de mi tatarabuela, con aquel corazón generoso de Su Majestad'), no abunda ya tanto, pero está bien presente en la parla futbolera: 'Ronaldo que *militara* otrora en el Barsa y después en el Inter, y que se *lesionara* jugando en éste...'. Pues sus usuarios, no conformes aún con tanta antigüedad, apelan a menudo a otra palabra de levita cuando dicen por ejemplo que 'Sergi está *presto* para saltar al terreno de juego'. Adjetivo que encaja bien en los escritos literarios o casi, pero que, en el coloquio, impresiona tanto como un bañista con gola. Parece obvio que los usos orales debieran ser los propios de tales narradores de micro (¡y cuánto abusan de ellos muchos de ellos, aplebeyando pedestremente el idioma, empedrándolo de tacos soeces, violando la libertad de expresión hasta delinquir!); en el idioma llano que hablamos, ese *presto* sume en estupor si pilla de repente y no se está previamente *dispuesto* o *preparado*.

Hemos escrito líneas arriba que el subjuntivo tipo *masajeara* por *masajeó* no acaba de *estar ausente* de... Se empleó esta perífrasis en una reciente disertación televisiva, y no es fábula, sobre la *acrilamida*. Millones de hablantes ignoramos que es esa sustancia (para información de urgencia, consúltese Internet), y, sin embargo, hasta en el plato se nos mete. Porque según el experto disertante, 'hay pocos *alimentos que estén ausentes de acrilamida*'. Lo de menos es aquí ese extraño aliño de las comidas, sino la noticia de que nada de cuanto ingerimos *está ausente* de él. Créase que lo

dijo así; y que el susodicho es capaz de advertir a alguien: 'No te contesté *porque mi casa estaba ausente de mí* en agosto'. La idiotez fue eyaculada por un científico (?), el cual, de haberlo reprendido alguien, tal vez hubiera alegado eso de 'no soy de Letras...': la excusa que ampara a tantos de su jaez, como si los de Letras fuéramos incapaces de transgredir, y como si no tuviésemos todos la obligación de tratar el idioma con buenos modales.

En este continuo deslizamiento de significados que va privando de matices nuestro hablar, haciéndolo por ello más ramplón, avanza la intromisión de *incidente*, bien suplantando a *accidente*, bien donde no debe, según se aprecia en la noticia de televisión que contaba cómo un hombre había sido gravemente corneado en San Sebastián de los Reyes durante el encierro que celebra tal población a la manera de Pamplona, porque hay gustos para todo. Dijo la locutora que el *incidente* había ocurrido cuando un toro se rezagó, etcétera. No es confusión escasa. Tengo anotado que, semanas antes, dando noticia de la terrible caída de un avión en Ucrania cuando hacía acrobacias sobre una multitud de espectadores, una radio precisó: 'Los aviones volaban ante un *auditorio*' de varios miles de personas; y una televisión nacional contó que el *incidente* había causado tantas o cuantas víctimas. Los medios se hartaron de llamar así al reciente incendio del Pirulí madrileño.

Los confundidos no aciertan a ver que los incidentes resultan de enfrentamientos *entre personas*, con o sin resultados graves. El accidente, en cambio, es una contingencia que acaece *interviniendo cosas*, aunque con frecuente afectación de personas y funesta a menudo. Así, un choque de trenes o la caída del mencionado avión. Será, en cambio, *incidente* la tångana que los sensitivos chicos del césped organizan por un quítame allá esa colleja. O el encontronazo diario entre batasunos y Ertzaintza. La gravísima cogida en el pueblo madrileño no fue un *incidente* porque no ocurrió *entre personas*, ni tampoco *accidente* porque la res, al embestir, obraba con fiera voluntad de dañar; fue sin más una cogida.

Entre lo mucho hablado o escrito que hiere la sensibilidad, y mucho, está la pululación de *credibilidad*. Saqué esto de un diario: 'Garzón da mayor *credibilidad* a González que a Ybarra'; basta abrir el banco académico de datos para toparse con una multitud de profanaciones así. No sólo en periodismo: también por la literatura se extiende la infección. En tales casos, ese vocablo desplaza al legítimo, esto es, a *crédito*, que ya Autoridades definía en 1729 como 'la fe o creencia y asenso firme que se da a lo que otro dice'. Por tanto, el bravo juez creyó más al señor González (el del Banco no azul) que al señor Ybarra. El *crédito* es condición que puede atribuirse a algunas cosas (opinión de mucho *crédito*, premios de escaso *crédito*), y tiene otros usos que aquí no importan, en especial los económicos, entre los cuales reina bien tiesa la tarjeta de plástico. *Credibilidad* es, sin embargo, aquello por lo cual algo merece ser creído: 'Su declaración goza de *credibilidad* aunque no hay testigos'; 'Es un reportaje

con escasa *credibilidad*'. ¿Por qué esta palabra ha desplazado casi por completo a *crédito*? Lo expliqué hace años, y ahí sigo: desde el latín vulgar, la desnutrición idiomática prefiere lo largo a lo corto. Se van constituyendo así estas parejas de hecho (*incidente / accidente, crédito / credibilidad*), y otras aún más risibles, por ejemplo la que, en televisión, ilustraba hace pocos días imágenes de un desastre fluvial, *capturadas*, según decía aquel bello busto, 'por nuestras cámaras'. Añadamos, pues, a las anteriores la mixtura: *capturar / captar*.

Y podemos recordar algunas que, lejos de esfumarse, engordan. *Escuchar / oír* constituyen mi mayor desengaño; emprendí hace mucho una cruzada contra la confusión, y no he podido con la conjura de infinitos radiofonistas, destructores del distintivo entre ambos verbos, esto es, de la nota 'con atención' que aporta *escuchar*. Se puede oír sin escuchar y, a la inversa, se puede escuchar sin oír apenas cuando, por ejemplo, se escoña -está en el Diccionario- la megafonía, y se hacen vanos esfuerzos por enterarse. Y así: '¿Me escuchas, Mara?' (ciento veintidós veces cada noche) exige la respuesta: 'Sí, pero no te oigo; ¿hablas desde un móvil?'. (Mejor, la invención de Umberto Eco: telefonino).

Con los deberes hechos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia.

EL PAÍS | Opinión - 22-09-2002

Ya estamos todos. Hemos vuelto al pie de la misma montaña, la del año pasado, la del anterior, la del anterior... Hay que subir empujando la peña, aun sabiendo que rodará otra vez. Debemos descansar de las estúpidamente llamadas '*bien merecidas vacaciones*'. Desde fines de junio sacan por la tele kilómetros de parálisis motora rumbo a la playa, que aguarda llena de mosquitos, plásticos y rayos ultravioleta. Pero, según digo, hemos regresado y ya estamos completos: las tiendas han abierto, y es posible cortarse el pelo, encontrar los quioscos expeditos, y hasta enfermar y hallar a los médicos con las batas puestas. Debemos, pues, descansar del descanso currando y dando cada uno su propio callo. Yo, habré de pasar este otoño, la más noble estación, sumido en compromisos intempestivos. Así que, a principios de octubre, me ausentaré de esta página durante unas semanas, para invadirla después con fuerzas renovadas (falso: a cierta edad, ninguna fuerza se renueva). Pero, de momento, he de hacer otros deberes. Palabras estas últimas que repiten un tic convulsivo de moda: apenas alguien ha concluido una actividad corta o larga, se dice de él o lo dice él mismo que *ya ha hecho los deberes*.

Es bien sabido que tal expresión procede del lenguaje infantil; la emplean los niños al caer la tarde, apenas cierran el cuaderno y desean ver la tele. A algún adulto se le ocurrió usarla con ánimo jocoso y fue ocurrente la invención. Pero ha venido después un tropel de secuaces que la repiten con gracia melindrosa y pueril, como ese grave señor, tal vez subsecretario, tal vez ejecutivo de una multinacional, con barbita recortada y gafas; o esa presentadora de televisión sin lo uno ni lo otro, anunciando que, desde el poco hacer, se van a arrojar al *dolce non far niente*, porque *ya han hecho los deberes*. Lindo pero cargante, y señal de hipotálamo afectado.

Por lo pronto, la temporada comienza con ebrias confusiones. Ahí están los extranjeros que, patera o autobús mediante, huyen de su hambre nacional y a los que aquí llamamos justamente *inmigrantes*: han entrado en (*in-*) nuestro país y en él están. Hay caos, en cambio, cuando, al recordarlos, se llama (TVE) *inmigrantes* a los españoles que fueron a buscarse el pan entre

sobras europeas. Se producía así una salida *fuera* de su tierra (*e-*), esto es, una *emigración*: avergüenza de tan elemental. Pero el reduccionismo practicado por muchos comentaristas e informadores va a cercenar el par de antónimos: ahora, todos *inmigrantes*.

Y entramos en el otoño con los verbos bailando. Por cierto, es frecuente oír, queriendo significar que algo se ha expresado repetido clara e insistentemente, que se ha hecho *con sujeto, verbo y predicado*, como si el verbo no constituyera el predicado o no formara parte de él. Más frecuente aún es lo de que eso mismo ha sido dicho *por activa, por pasiva y por perifrástica*, haciendo que este adjetivo denomine una clase de voz verbal, al igual que las otras dos. Ridiculez seudogramatical usada para molar de cultura.

Pero viniendo a los verbos mismos, desde comienzos del siglo XX América empuja (Rómulo Gallegos) hasta hoy (Sábato y García Márquez), favoreciendo la construcción *arrasar con* en frases como 'el vendaval *arrasó con* todo', en vez de *lo arrasó todo*. Según el archivo académico, ese extraño *con* viaja últimamente por España en prensa, y algo, casi nada aún, en libros. Pudiera haberse originado aquí por poligénesis, pero más parece un rasgo del español americano en trance de trasplante. No puede objetarse, visto su arraigo en aquel continente y entre autoridades del idioma como las citadas. Obedece, sin duda, a la escasa utilización allí (siempre según los caudalosos registros de la Academia) del adjetivo *raso* en la acepción de 'plano, libre de estorbos', mientras que aquí lo empleamos normalmente. *Arrasar* ha roto pues, parece, en el continente hispano su conexión léxica con *raso*, y ello ha desustanciado semánticamente tal verbo dotándolo para recibir *con*. A cambio, *arramblar con*, 'arrastrar algo llevándose con violencia', no se registra apenas en aquel continente, mientras que es normal en España. El gran venezolano Rómulo Gallegos, en quien hemos visto *arrasar con*, emplea también *arramblar con*, lo cual permite sospechar un cruce entre ambas fórmulas producido en Ultramar. Por lo demás, *arramblar con* obedece a antigua y similar desconexión: se formó olvidando el significado primero de *rambla*, ('arenal' y 'suelo por donde las aguas pluviales corren cuando son muy copiosas'), y no se vio, por tanto, la relación entre ambas palabras.

Hasta aquí había llegado cuando me anuncian que el arroz aguarda; mi mujer ha puesto un noticiario de televisión, y ello me permite confirmar cómo la memoria de la historia de España en España avergüenza un poco: se está llamando *Gent* (su equipo de fútbol) a *Gante*, donde tanto tuvimos que ver. También se dice algo que urge airear: la locutora informa de que un novio ha matado a su novia con la que tenía *un hijo en común*. Aunque tal vez haya que expresarlo ahora así: dada la cantidad de ayuntamientos entre padres y madres previos, si de ellos florece un nuevo bebé, será el que han elaborado *en común*.

Pero volviendo a la danza de verbos, otro noticiero da cuenta de cómo 'Zapatero reiteró que el PSOE está dispuesto a *coparticipar* en la política de la lucha antiterrorista'. Con tal prefijo, el verbo refuerza la decisión con que el líder socialista va a arrimar su hombro a los de otros en tan urgente empresa: no sólo va a *participar*, sino a *coparticipar*: otra albarda sobre otra. Pero, tal vez resulte un vocablo útil y fino para ligar: '*¿Coparticipamos en un tema en común?*', podrá proponer el flechado o la flechada a quien flecha, pronunciando con malicia el vocablo *tema*.

Un fenómeno observable desde hace años es la conversión de verbos intransitivos en transitivos, lo cual permite hoy construir *pelear* o *luchar* una herencia. Lo he señalado abundantes veces; he aquí una más: 'Un asunto oscuro *ha tambaleado* la confianza de los clientes en esa entidad financiera', con un espantable *tambalear* transitivo.

La joya que sigue aprovecha el auge de *erradicar*, verbo viejo en su significado etimológico de 'arrancar de raíz', y bastante joven cuando se emplea metafóricamente en frases como *erradicar el analfabetismo* o *la violencia*, empleo del que el banco de datos de la Academia guarda 97 casos entre 1970 y 1980, mientras que son 1.128 los que registra desde el año 1990 y el 2000. Pues bien, tan imparable ascenso ha permitido excretar por la tele que una comida envenenada '*ha erradicado la vida* de docenas de personas en China'. Ni Góngora.

Vigor y elegancia de la lengua castellana

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 06-10-2002

A fines del siglo XVIII, un benemérito fraile llamado Gregorio Garcés escribió un libro destinado a probar lo que dice el título de arriba. Para estimular el buen uso, seleccionó breves textos clásicos donde sus autores decían ejemplarmente lo que querían decir. Seguro que al buen tonsurado le daría un aire si explorase nuestro alrededor. Tal vez no fuera ducho en geografía belga porque, de serlo, confiteor, yo habría contribuido a su hemiplejía al ignorar -ocurrió en mi último 'dardo'- que era el equipo de *Genk* y no el de Gante (*Gent*) el predestinado a caer a los pies del Madrid.

Confundido, miro a otro lado y encuentro entre mis notas este rubí sintáctico: alguien 'comentó que el plantón *por parte del* ministro marroquí a nuestra ministra se esperaba *por parte de* muchos analistas políticos'. El redactor, tartamudo, además de repetir el agente, lo infla; diría más y mejor solo *por*. Pero al observar el lenguaje actual, quizá chocan más las palabras forasteras o maltratadas por la ignorancia. Así, en la misma noticia, se dice que Benaissa es *homónimo* de nuestra ministra, o sea que es tocayo de Ana Palacio. A estas alturas, aún hay profesionales de la pluma capaces de introducir tal confusión en nuestras relaciones con Rabat: pueden tomárselo a mal.

Y ¿qué decir de quienes al toparse con *ll* la mutan en *y* apenas abren la boca o se sientan ante un teclado? Es en un mismo diario donde leo que 'El herido se *hayaba* en estado de embriaguez', y donde leí que, en una concentración futbolera, 'madridistas y barcelonistas intercambiaron *puyas* en su día de libertad': me armaré de valor para declarar que es en este periódico donde se produjo esta última prevaricación según la cual, en vez de dichos mortificantes (*pullas*), los muchachos se agredieron con *puyas*, esto es, con los temibles bártulos de los picadores. Quizá recibió banderillas negras también alguno de aquellos infelices.

No es menor el enfado de muchos con *g* y *gu*: lo de llamar *cónyugue* al o a la *cónyuge* lleva una triunfal carrera; quizá la emprende ahora lo oído en un

diario hablado: 'Si Zapatero *pergüeña* un proyecto puede ganar'. Parece que la chapuza es el *signo* de nuestro idioma; así lo expresaría aquella locutora, queriendo decir *sino*. Sin duda es una semiotista, más fervorosa de Eco que del *Don Álvaro*.

Me han hostigado dos recientes empleos de *campeonar* 'ganar un campeonato'. Parece ser invención peruana, adoptada en Chile, y ya asoma como inmigrante en la madre patria. No está mal: de almidón, *almidonar*; de coacción, *coaccionar*, y docenas de verbos formados así. Pero es un procedimiento morfológico que puede conducir a que padecer sarampión se llame *sarampionar* y a dar bofetones, *bofetonar*. ¿Vale la pena correr ese riesgo? En cambio, no constituye peligro, antes bien, salen a combatirlos unas tiendas recientes llamadas *condonerías*. Hacen olvidar los tiempos en que -según dicen- era prudente aguardar a quedarse sólo en la farmacia y, por disimulo, pedir aspirinas antes que las capuchas; insistiendo en que así se cuenta, en vez de expenderlas, el boticario o la boticaria hundían en la ignominia con un sermón.

Estas últimas palabras aumentan el vigor de la lengua española, pero no le añaden nada de la apostura preconizada por el P. Garcés: son bastante solípedas. Salgamos, por tanto, de ese recinto y entremos adonde conviven recientes finuras con antigüedades bellas.

Así, está llamando al timbre del idioma el extraño *cuota parte* que calca el francés *quote-part*, el cual, a su vez, sale del latín *quota pars*; caso de triunfar tal primor, quedaríamos emparejados no sólo con el francés, sino con el italiano y el portugués. Partidario de su implantación es el ex presidente González cuando le brota la Economía de Lovaina. Y ha tenido algunos seguidores; así, entre ellos, Julio Feo, asumía en un libro de 1993 su *cuota parte* de responsabilidad en la sonada singladura (así llamaba con poco norte a la excursión) del presidente en el *Azor*. Es voz resultona, pero siempre se ha dicho en español simplemente *cuota*.

Siempre en las cumbres del poder, hallamos que 'Rajoy no quiso adelantar *escenarios* sobre las futuras iniciativas del Gobierno'. ¿Fue cosa suya o del informador? Sea el mérito de quien sea, la acepción revela una útil ultramodernidad; un *escenario* no es sólo el 'lugar donde ocurre o ha ocurrido algo' (el *escenario* del crimen), sino también, según la han echado al mundo los periódicos italianos, 'cada una de las situaciones diversas que pueden darse cuando algo ocurra'. Está bastante claro lo que el señor Rajoy - o su intérprete- quiso significar: las iniciativas futuras del Gobierno dependerán de las circunstancias de cada momento. No parece adopción desdeñable la de esta acepción neológica, ya que engarza bien con los otros significados de *escenario*, y da al español, como es habitual en cuanto viene de Italia, ese toque de 'fascino intenso' que aquí llamamos 'glamour'.

Vengamos, por fin, a *terapia*, otro de nuestros elementos vigorizantes, pues

procede del griego *therapeia* 'cuidado, curación', si bien algo maleado en su tránsito por el inglés. Así, sin funcionar como formante de otras palabras, el término es muy nuevo en español. El Diccionario no lo registró hasta 1956, como sinónimo de 'terapéutica': iba esta vez por delante de su consagración generalizada, ya que, según mis alcances, no se documenta en textos clínicos hasta los años sesenta; por entonces, Lezama Lima lo utilizaba también en relatos y, diez años después, Sábato. Pero, a partir de 1975, el uso se dispara, y el banco de datos académico vuelca en la pantalla casi dos mil empleos, sobre todo en prensa de aquí y de Ultramar; Emilio Lledó figura entre los escritores eminentes que lo naturalizan. *Terapia* fue hasta su actual apoteosis, no un vocablo independiente, sino un elemento integrante de vocablos que significaba 'curación por medio de lo que indica su segunda parte: *psicoterapia, hidroterapia, helioterapia, fisioterapia*, y cosas raras como *apiterapia* o 'curación con el veneno de abeja', o exquisitas como la que emplea perfumes embriagadores (*aromaterapia*).

Pues bien, *terapia* triunfa libre y suelta. Manriqueñamente, ¿qué se hizo de *tratamiento*? Se defiende aún, pero en dura competencia con la *therapy* angloamericana. Hay contextos en que no funciona y que exigen *tratamiento*; tal vez no se acomode aún bien en 'Antonio sigue con su terapia contra la calvicie', pero ya se acomodará. Y así, con *analítica* por *análisis*, *patología* por *enfermedad* y *terapia* por *tratamiento* tienen a nuestra Medicina hecha un Mount Sinai.

Con estas columnas de hoy formo un pañuelo para agitarlo y decir, como anuncié: ¡hasta dentro de unas semanas! Dicho a lo cursi reinante, he de hacer otros deberes antes de regresar.

De vuelta

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia.

EL PAÍS | Opinión - 09-11-2003

Hay regresos felices como éste de volver del otro mundo. A él me había remitido un periodista comentando la parola de cierto concejal de Mazarrón, el cual, en sesión del Concejo, había exigido explicaciones sobre ciertos *infórmenes*. Tuvo buena razón el cronista recriminando al edil. Pero no tuvo ningún motivo -yo lo siento así- para añadir al reproche idiomático esta glosa: "¡Si Lázaro Carreter levantara la cabeza!". Lo que estaba destinado a ser un simple epifonema (o sea, la exclamación que como remate suscita lo que se acaba de decir), lo convirtió el enterrador en un epicedio o réquiem benévolo. Una de dos, o está poco ducho en necrología filológica, cosa loable, o ignora, y esto es malo, qué significa *levantar la cabeza*. ¿Quizá padecer tortícolis? Pobre.

Por cierto, el *infórmenes* del concejal no es enteramente mazorrall. Se trata de un disparate morfológico inspirado tal vez por los *perjúmenes* del cantar nicaragüense. Ese plural aparece por América Central en otras formaciones como *chísmenes* o el *infórmenes* del edil. El cual, ¿de dónde la sacó? ¿Aparece en algún habla española sureña? ¿Se la trajo de Nicaragua el munícipe? O, enardecido por la canción que difundió Carlos Mejía Godoy, ¿inventó los *infórmenes* a imagen y semejanza de los *perjúmenes*? Son cuestiones que interesaría conocer a mi sabio amigo Juan Antonio Frago, elucidador del misterioso vocablo en América, y también de *suliveyan* 'levantan'. Unos *perjúmenes* que *suliveyan*; esto se dice por Ultramar guiñando un ojo. Con los dos cerrados se municipaliza por Mazarrón *infórmenes*.

Todo esto y cosas más graves han sucedido durante mi *ausencia*, es decir, durante los meses en que he faltado aquí. Es el significado más frecuente de ese nombre, que el DRAE define como 'tiempo en que alguien está ausente'. Pero ocurre que desde los pasados años ochenta y, según parece, procedente del español de Ultramar, están surgiendo usos más bien raros de tal vocablo, pues se oye o se ve escrito cómo en tal o cual parte hay *ausencia* de escuelas u hospitales, que la regata resultó deslucida por la *ausencia* de viento, y cosas así. Un hispanohablante normal, nada presuntuoso, hablaría

en España de *falta* de escuelas y hospitales, y de que los nautas se divirtieron poco porque la *falta* de viento los dejó de velas caídas. Y jamás se le ocurriría decir *ausencia de fe* (en inglés, sí: *absence of faith*), ni traduciría el título de una película de Paul Newman, estrenada hace unos veinte años, *Absence of Malice*, como se hizo al estrenarse en España, *Ausencia de malicia*, en vez de, como es de ley, *Falta de malicia*. Es cierto que el DRAE, desde 1950, da a *ausencia*, entre otras acepciones, la de "falta o privación de algo"; es acepción que requeriría mayores precisiones; tal como está, autoriza a decir, por ejemplo: "En *ausencia* de pan, buenas son tortas". "Estoy tiritando de *ausencia* de calor". A ese vocablo lo acompaña como falso compañero de viaje el inglés (o francés) *absence*, el cual está carcomiendo *ausencia* y metiéndole un significado propio. Así, se está colando el de 'no existente' donde sólo habitaba el de 'no presente'.

Varias necedades deslumbrantes han sucedido también. En general, son decisiones caprichosas de algún deslenguado que, a veces, se pegan en la lengua como sanguijuelas. Ahí tenemos, asomándose insolente a los medios, el adjetivo *semafórico*, para significar 'del o de los semáforos'. Por lo cual, desde hace unos veinte años, al principio poco y ahora ya remontando, se ha visto y oído que la tormenta causó una larga interrupción de la red *semafórica*, o que debe mejorarse el control *semafórico* de la ciudad. Según cabía suponer, no es invención hispana, sino francesa (*sémaphorique*). Y resulta muy apropiada para disculparse por llegar tarde: "Es que había un apagón *semafórico* descomunal". Y aquí paz y después gloria.

No han faltado, qué va, los atropellos que causa sacar un vocablo de su sitio natural, lo cual acontece por el cráneo diminuto de quienes conducen el idioma en dirección contraria. Unos pocos ejemplos bastarán por hoy. Un informador asiática su parla asegurando por radio sin morderse la lengua que "la comida asiática está haciendo *fulgor* en Madrid". Quizá se queda corto, porque el pato laqueado brilla tanto que ha convertido la ciudad en ascua, y suple a la luna un continuo sol naciente. Metidos en fulgores, un radiador de fútbol señaló a sus oyentes que el lateral izquierdo volvía al campo *luciendo* un vendaje en el muslo, es decir, como una Gran Cruz. Otro colega repasaba hace poco en crónica escrita los sonrojantes sucesos veraniegos de la Asamblea de Madrid diciendo que el conflicto "continuó más *vívaz* que nunca". *Vivo* le pareció poco para calificar aquel acontecimiento agónico. La acción de posar para ser retratado ha recibido el nombre de *posada*; se ha oído mucho en los interminables fastos áulicos de estos días, tan retratados; había que traducir el francés *posage*, y como verterlo intacto al español quedaba feo, a alguien se le ocurrió aquella feliz invención que derruye las ya macilentas posadas de antaño. Bien sabido es que abundantes famosos y famosas -lo son en virtud de falta de virtud y desazón de pelvis- citan a fotógrafos y cámaras para que los retraten escapándose de ellos. Y así, pudo admirarse días atrás a una no famosa por su cuna, sino por su cama -hermoso decir de Muñoz Seca-, saliendo de un local de sauna; al aparecer en televisión las imágenes del acontecimiento, el presentador aclaró que habían sido *capturadas* aquella misma tarde. Era

acción más intrépida y policial que *captadas*. Uno de los entremetidos en lecho ajeno que abundan en esas tertulias, gordito y sonriente él, afirmó con fino mohín zamamero: "Es que a mí, la Pantoja me *estuporiza*". ¿Pretendía decir *estupidiza*?

Sin embargo, al volver, debo recordar el uso de nuestra lengua para una de las más fuertes provocaciones que ha padecido nunca el intelecto nacional; se trata de la explicación dada por nuestra ministra de Exteriores al auge de los atentados en Bagdad; dijo, según la prensa, que eran *ni más ni menos, ni menos ni más*, una "reacción al éxito" de la Conferencia de Donantes que casi a finales de octubre le sobrevino a Madrid. Así, pues, los guerrilleros iraquíes, muy enfadados por el "éxito" de doña Ana Palacio, al grito de 'Allahu Akbar' (Dios es grande), 'kalashnikov' en mano y mortero a mano, lanzaron pepinazos y ráfagas a los ocupantes como venganza. Esto sí que *estuporiza*. Señor, ¿hemos pecado tanto?

Muerte súbita

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia

EL PAÍS | Opinión - 07-12-2003

El 26 de junio pasado, el presidente Bush hacía público un plan que debería conducir a la paz entre israelíes y palestinos. El proyecto, que hoy está más lacio que un moco de pavo en Pascua, había de desarrollarse por etapas, como un viaje hacia un final imposible. En cuanto viaje, el plan no necesitaba bautizo en inglés: tenían a mano *road map*, que además de 'mapa de carreteras', significa 'plan detallado para conducir un proceso hacia un fin'. Era, pues, perfectamente apropiado, ya que un plan detallado era la propuesta antedicha. La traducción de ese término al francés causó problemas; se obvió *carte routière* y ya desde el primer momento se optó por *feuille de route*, nombre de un documento militar del siglo XIX (parecido al que aquí se llamaba *pasaporte*), y que hoy, al igual que su calco español *hoja de ruta*, designa el documento exigido en ciertos transportes. Y entre nosotros se siguió dócilmente al francés, y se adoptó así *hoja de ruta*, para nombrar el 'plan de paz norteamericano para Oriente Próximo'. Es una muestra más de nuestra galbana idiomática: los franceses reaccionaron ante *road map*; los hispanos les robamos la reacción. Documentos semejantes al de Bush, y para lo mismo, habían sido los llamados *Peace Plan* del ministro israelí Eshkol (1963), el norteamericano de la era Nixon *Rogers Plan* (1969) y los más recientes *Reagan Plan for Peace* (1982) y *Clinton Peace Plan* (2001). Luego, este año, se inventó en la Casa Blanca lo de *road map*, y los medios del mundo se rindieron ante la invención, olvidados de que era un plan como los anteriores *planes*, imaginado para que aquellos patriotas caninos dejaran de asesinarse. Curiosamente, *road map* se usa ya poco; en los últimos tiempos la prensa yanqui prefiere *peace plan*, esto es, 'plan para la paz'. La Comisión de Terminología de la Unión Europea, aun reconociendo la fuerza en España del giro galo, acordó también *Plan de paz de Oriente Próximo*. Sorprendentemente, como *plan de paix*, se impone ahora en el mismísimo país vecino, que había lanzado la dichosa *feuille*: no hacía falta, pues, desviarse por la *hoja de ruta* que está a punto de muerte súbita.

Y a esto íbamos, a la *muerte súbita*. En el lenguaje deportivo, era una medida reglamentaria en ciertos deportes para desenlazar partidos que se

estaban prolongando sin resultado resolutivo. Y estaba bien: tenía un ámbito delimitado, dentro del cual funcionaba como tecnicismo. Se aplicó igualmente para llamar el fallecimiento inexplicable de los bebés mientras duermen (el "*sudden infant death syndrome*"). Y porque el término se había convertido también en tecnicismo para llamar un modo específico de morir los niños, tenía adecuada cabida en nuestro idioma. Pero como también palman de esa forma los adultos, algunos clínicos hispanos hallaron excitante decir que, si eso ocurría, es porque también a los talludos les podía sobrevenir la muerte súbita. Y de esa manera, casi se ha expulsado del uso la *muerte repentina*, que ha sido la manera tradicional de nombrar el repugnante acontecimiento. Eso de *súbito*, aplicado al fallecimiento, gozó de prestigio omnímodo durante la Edad Media, introducido por escritores latinizantes. Pero su suerte acabó pronto al incorporarse en el XVI otro latinismo: *repentino*, que iba a triunfar para designar lo instantáneo. *Súbito* ya resultaba raro a mediados de la centuria siguiente: un documento en latín de entonces escribe "*subitam vel repentinam mutationem*" ('súbita o repentina mutación'): probablemente eran muchos ya quienes extrañaban el significado de *súbita*. Y quedó acuñada *muerte repentina* como modo prácticamente único de aludir a tal inmundicia. Pero hace unos cuarenta años sobrevinieron los susodichos clínicos atontados por la lengua inglesa, que hincaron sus hinojos ante la *sudden death*, y los medios se pusieron a su lado. El anglicismo ya va venciendo, al menos, por cinco a uno.

No tiene ese origen otro vocablo hoy bastante usado por razón del AVE a Zaragoza, en cuya vecindad están saliendo hoyos traidores. Nunca pudo sospechar nadie que el suelo de mi heroica ciudad fuera tan varioloso y que reposara sobre una gran rueda de queso emmental, hasta que mis paisanos geólogos denunciaron cívicamente la existencia de *dolinas*: eran cosas que ponían en peligro de convertir el gozo del tren en un pozo. Salvo en los del oficio, ese término tan técnico dejó *in albis* a la ciudadanía; solo los zaragozanos lo adoptaron con firmeza, y en los bares, autobuses, misas de doce, paseos, Romareda, urgencias de hospitales, esto es, donde hay gente no se habla de otra cosa. He buscado, y no ha sido preciso rebuscar, el origen del término para aclarar a España entera que se trata de una voz documentada en Francia desde fines del XIX, procedente del serbocroata *dolina*, y acogido por las lenguas eslavas y por el francés para designar una excavación circular cerrada, cuyo diámetro es variable y puede alcanzar centenares de metros. Sería grave omisión olvidar que su naturaleza es kárstica, palabra esta que, todo buen lector del Diccionario sabe, es una formación caliza erosionada por la acción del agua. Quede, pues, conjurado el error de sospechar que, por habernos caído a los zaragozanos la china, *dolina* es vocablo baturro.

He aquí un caso evidente de enriquecimiento léxico, a diferencia de los arteros *hoja de ruta* y *muerte súbita*, que obedecen a una conciencia de pordioseros idiomáticos. No es el único; hay, en efecto, una actividad inventora que está produciendo exquisitas semillas muy dignas de arraigar. Por ejemplo, durante la jornada electoral catalana, un informador aseguró

que aún tardaría algún tiempo el *sumatorio* de los votos en Barcelona. ¿No es un ventajoso sustituto de *suma*, vocablo tan jubilable por los servicios prestados? (Por cierto, los nuncios radiovisuales de victorias unánimes en las noches electorales, siguen diciendo *recuento* en vez de *cómputo*).

Otro tesorillo nos hace ceros de lenguaje; es el cambio de la expresión *poner a alguien entre la espada y la pared* por esta otra aún más perentoria: *ponerlo entre la espalda y la pared*; se ha oído en radio dos veces, lo cual sugiere que ya está en pista de aterrizaje. Era apurada situación la primera; esta nueva coloca al sujeto en el extraño aprieto que le obliga a meterse entre su propia espalda y el muro. Raro pero contundente.

Y aturde por feroz y moderno, de muy grande proyección -o *futuro* si hablamos español- el vocablo excretado a fin de temporada por un cronista taurino haciendo historia del matador Enrique Ponce; dijo de él que "*alternativó* en Valencia el 16 de marzo de 1990". Así pues, y por fortuna, no siempre se están produciendo muertes súbitas ni de las otras en la lengua de Cervantes y de Ana Palacio.

Heridos

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia.

EL PAÍS | Opinión - 21-12-2003

Ya anda saltando, aunque aún poco, un nuevo vocablo por nuestra lengua, en la cual le espera tal vez muy largo recorrido; como dicen ahora, tiene una excelente "proyección" (inglés *projection*: 'conjetura acerca del futuro de algo o de alguien basada en lo que hoy se sabe de ellos'; y así, tomando ejemplo de nuestras realidades audiovisuales, hoy se dice: "Es un futbolista o una novillera o un ventrílocuo, etcétera, de gran *proyección*", esto es, 'les aguarda un buen futuro'; innecesaria necesidad). No existían ni el concepto de tal criatura, tan matizado al menos, ni por tanto la palabra española que le diera cuerpo, dejándonos en nueva desventaja dentro de la Unión Europea. Se trata, digámoslo sin rodeos, del adjetivo *metrosexual*, que sólo califica a varones, lo cual, de caer en chocarrería etimológica, parecería evidente. Pero, como vamos a ver, los tiros proceden de otro lado.

Por ahora, la única fuente de información sobre el asunto, prolífica por cierto, es la Red, de donde traduzco que es una nueva categoría de hombres jóvenes que cuidan mucho de sí mismos y muchos de cuyos gustos, desde una óptica tradicional, parecen femeninos. Tienen menos de 35 años, practican algún deporte, idolatran el *shopping*, utilizan lociones corporales y mascarillas para el rostro, cuidan su cuerpo, visten con desenfado -bajo el dictado de Armani sobre todo-, y les gustan la buena vida y las cosas caras, en especial las joyas. El vocablo ha sido creado por el escritor inglés Mark Simpson, partiendo de *metrópoli*, ya que estos jóvenes varones son resueltamente urbanos y sofisticados. Esto es cierto: no suelen verse por Botorrita, Calvarrasa de Abajo (el más deprimido topónimo de España) o lugares así. Y, casi sin excepción, la multitud de páginas que sobre este asunto suministra Internet, en inglés y alemán preferentemente, coinciden en proponer como modelo de ese comportamiento a un futbolista británico que juega en Madrid. Según se insiste, los *metrosexuales* no son gays, aunque no les disgusta atraer a mujeres y varones indistintamente; así lo confesaba recientemente el famoso -por lo leído- nadador australiano Ian Thorpe. Con ellos, el tipo triunfante de hombre imán ya no es el "macho". Cumplo, pues, el deber de anunciar el natalicio del nuevo ser -al vocablo me refiero- con el cual podemos clasificar ya una parte de esa humanidad

posmoderna aunque "estuporice" (bonito vocablo que oí sin escucharlo, hace poco lo dije, a un comentarista rosa televisivo, admirador enorme de la señora Pantoja). Sin contar con el estado nauseoso que induce su forma, tan fea y equívocamente hiperbólica.

Pero la riqueza que aporta ese inocente neologismo queda vertiginosamente descompensada por un desastre léxico sobre el que llamo la atención con sincera alarma. Se trata del fuerte desvío de significación que se está infligiendo a *herir*, en su frecuente empleo por algunos medios (ignoro si también en los hospitales), verbo que, según el Diccionario y el sentido común significa "perforación o desgarramiento en algún lugar de un cuerpo vivo". Pues bien, de noticias de prensa o de televisión, anoto: "A causa del humo murieron dos personas y siete más resultaron *heridas*"; "Una mujer ha muerto intoxicada por inhalación de gas. La fuga, que provenía del sótano, *hirió* a su marido y a su hijo"; el titular "Un menor ingresa en estado grave por coma etílico" se complementa diciendo: "El *herido* fue trasladado inconsciente al centro". Por tanto, según los lenguaraces, el humo y el alcohol hieren aunque no produzcan sangre. Es el reduccionismo anejo al barullo que nubla las mentes de muchos que viven del idioma sin respetarlo. Larra aconsejaba a un sujeto: "Aprenda la lengua de su país, coja usted la gramática": "La parda es la que necesito", interrumpe aquel ignaro al aconsejante, "con aire zumbón y de chulo, fruta del país"; el cual concluye: "Lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro". Quitándoles el aire, ¡son tantos los que comparten esa conclusión! Ignoran que el humo *intoxica* y no *hiere*, y que el etilismo intoxica también, y que aquel a quien afecta se le llama *ebrio* y la retahíla de sinónimos que desde *beodo* conducen hasta *temulento*. Pues sí, aunque no se crea, el niño mamado llegó *temulento* al centro sanitario; cualquier cosa menos *herido*. Sí que lo estaba, en cambio, aquel desventurado que, según un diario, "resultó herido en dos de sus piernas"; pobre, ¿verdad? Y es suerte que sólo fuera en dos.

No hace mucho saqué a luz la plaga de *físico* en el lenguaje deportivo; llegada probablemente de la América hispana, se extiende como el virus gripal. Leo: "Me quedé sin *físico*, dice el tenista argentino Zabaleta justificando una derrota", es decir, 'sin fuerzas'. Oigo decir de un portero de fútbol que es "muy *físico*", esto es, 'muy fornido'. Y no hay nadie que la emprenda con tantos aberrantes hasta afectarles a su verdadero físico, es decir, a lo que define la Academia como: "Exterior de una persona; lo que forma su constitución y naturaleza".

Otro escándalo, otro vocablo herido: leo en un diario que un desalmado mató a su madre a cuchilladas; pero no, no lo leo así; lo que el diario dice es que la *ejecutó*. El zafio redactor, para evitar la vulgaridad de *matar*, busca en su magín vocablos sinónimos y cree que *ejecutar* lo es, cuando -y todo el mundo lo sabe menos él- este verbo significa una manera sui géneris de dar muerte: por decisión de la justicia. Lo cual es privilegio de los verdugos, no de los hijos desalmados.

Metidos en estas fechas, gusto de evocar el aserto de aquel articulista que, tomándolas como pretexto y siguiendo una venerable tradición, exaltaba, pocos días ha, la Navidad sacroprofana de que gozamos, manifiesta en los belenes, los abetos artificiales, los villancicos enlatados, la sidra asturiana y el cava, tan burbujeantes... Tantas cosas; y, una entre todas, la que el aludido pendolista mencionaba así: "Los regalos son el *alma mater* de estos días". Ha sido vertiginoso el descenso de esas palabras latinas, que querían decir 'madre nutricia' y sólo se decían de la Universidad, y hoy sirven para designar una *play station*, una chaqueta de punto o una corbata.

Y ¿por qué no asomarse a nuestro adorado fútbol como regalo pascual al alma? Ahí tienen a ese formidable ariete que falla en el chut porque no ha *percutido* bien al balón como dijo uno de esos locutores que traducen directamente del campo al transistor. Y aún ha habido otro que narra de qué manera formidable un ariete ha *disparado de cabeza*. Don Antonio Machado lo hubiera clasificado entre los que embisten con semejante parte, al narrador nos referimos, no al ariete.

Elogio del entusiasmo

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 18-01-2004

Incomparable poder el del entusiasmo. Tenemos bien cerca la prueba: estos días pasados, la gente miró el calendario, recordó qué era preciso hacer en tales fechas, y se lanzó enardecida a comprar langostinos. El arrebató mutó días después, y se convirtió en pasión por las prendas de punto rebajadas. No hay aún estadística oficial del INE, pero es probable que el valor de lo gastado en tales cosas, euro arriba, euro abajo, supere lo imaginable. No hubiera ocurrido así de no haber movido al pueblo aquel *impetus sacer* que decían los romanos. Pues bien, si esa proeza del entusiasmo es notable, ¿qué cabrá pensar del hecho acontecido en Oviedo hace poco? Actuaba la celebrada pianista de Azerbaiyán, Bella Davidovich, y tan enorme fue su éxito que los ovetenses la premiaron, según un cronista, con "*caudalosas ovaciones*". ¿No es claro que entusiasmo tan descomunal, mayor aún que el que pone en su empuje el Orinoco, se adueñó de los oyentes, los cuales, al batir frenéticas y unánimes palmas, levantaron vendaval tan *caudaloso*, que el viento empujó tal vez a la señora Davidovich y a su piano hacia el fondo del escenario? Al menos, es lo que imagino desde que leí al enfático.

En el extremo contrario, es decir, en el de los comunicadores que aspiran a la minuciosidad suprema, de modo que no quede ni un átomo de misterio a los lectores, cabe situar al artista de la exactitud que, dando cuenta de un parto feliz, precisó que su resultado fue "una niña de género femenino". No creo que ello sea albarda sobre albarda, dado el caos sexual vigente: niñas que serán niños masculinos, niños hoy reparables que serán de género mujeril, mixtos variados que dan lugar a una humanidad de incalculable porvenir combinatorio, hacen que no sobre la precisión del esmerado informador. Bien por su entusiasmo puntilloso.

Parece que todo esto guarda estrecha relación con la inclinación proveniente de Adán y Eva al ayuntamiento entre mujeres y hombres, y otras variantes, acción que, por lo fino y a la francesa, puede llamarse en la riquísima lengua castellana *hacer el amor*. Ya nos habíamos hecho a esta expresión, perfectamente espiritual si se compara con lo silvestre de nuestros sinónimos. Evoca la emoción placentera y entusiasta que impulsa a las

criaturas a erigir, a edificar aquello que la gentilidad elevó a la categoría de dios. Así de a gusto andábamos con *hacer el amor*, cuando he aquí que, atravesando el Atlántico Norte, nos llega una fórmula más eficiente y noblemente prosaica para aludir a lo mismo. Es *practicar el sexo*, con lo cual se equipara este vital ejercicio con otros tan fundamentales como practicar el francés o la bandurria o el "windsurfing". Sugiere además la posibilidad de dedicarse a eso solo, con grados de aplicación diversos que van desde el más inocente "amateurisme" a la capacidad encestadora de los Lakers. Dicho de esa manera, todo parece fabril, como en cadena de montaje, sin espacio para la casual y gozosa y hasta demorada intervención del azar. Hurga por nuestra lengua esa expresión inglesa desde hace unos treinta años, y se la reparten casi por igual periodistas y sexólogos. A pesar de ello, la natalidad no ha aumentado, lo cual es extraño dada la facilidad que da el estimulante anglicismo.

Pero la fiereza selvática del entusiasmo es tal que está desahuciando a significados de sangre limpia en nuestra lengua. Eso ocurre con el adjetivo *discriminatorio*, tal como se emplea en este informe de prensa según el cual un político catalán "recordó que el Estatuto de Autonomía y la Ley de Normalización Lingüística exigen que haya medidas *discriminatorias positivas* a favor de la lengua catalana, en sectores tan concretos como los medios de comunicación, y el uso social de la lengua". No es sorprendente que el adjetivo galicista *discriminatorio* sea de introducción muy tardía en castellano -vía Argentina y Colombia-: se documenta en Francia hacia 1950, y en nuestro Diccionario no aparece hasta 1970; en cuanto a *discriminación*, entró antes, en 1925, pero con localización en aquellos países, y con la acepción de "separar, distinguir, diferenciar una cosa de otra", que era aproximadamente la francesa desde que esta lengua la adoptó del latín hacia 1870. Y hasta 1956, la Academia no le quitó la marca geográfica, dando por hecho que el término se había extendido ya por todo el idioma. Pero de aquella significación gala, que se empleaba allí en el lenguaje docto, se adueñó pronto el vulgo vecino para aludir al "trato de inferioridad a una persona o colectividad por motivos raciales, religiosos, políticos, etc.", tal como explicó la Academia en 1970 cuando acogió esta nueva acepción francesa. Había triunfado en todos los confines del idioma (sin que llegara a desaparecer la primera entre los más cultos; así, cuando el gran Lafuente Ferrari considera imposible *discriminar* qué manos intervinieron en un cuadro). Sin embargo, cuando hoy se habla de *discriminación*, se entiende que a alguien o a algo se les está haciendo la puñeta por el mero hecho de existir. Pero, al fin, advino el inglés con su pragmatismo salvador; por supuesto, había importado, como el español, las dos acepciones francesas, pero dio con otra: la de `trato diferente´. Y como este puede ser no sólo desfavorable sino propicio, hubo necesidad de distinguir entre la *positive discrimination* y la que, a secas, es desfavorable. Mucho más lógica, aunque bastante tonta, es la expresión que, también en inglés alterna con ella: *reverse discrimination*, algo así como `discriminación al revés´. Pero se extendió por el español la *discriminación positiva*, y el Diccionario académico ni alzó una ceja al hacerle un hueco en sus columnas. Fue otra

prueba del entusiasmo que el infolio pone en engordar la lengua.

Y ¿cómo olvidar al especialista en deportes que, durante el verano, dijo de los ciclistas del Tour que iban en fila *indiana*? ¿Y a este perito de ahora, que, al dar cuenta de su análisis acerca del tiempo que han durado en sus puestos quienes han dirigido al Real Madrid hacia su gloria, concluye que "Vicente del Bosque es el segundo entrenador más *longevo* del Madrid"? Nadie dudará de que esos adjetivos resultan de un arrebatado esfuerzo por hacer que el idioma sea, por lo menos, digno de Ynduráin y del Real.

Fervor no menos encomiable por él es el del político que, en la feroz rebatiña que los absorbe, ha decidido, según la prensa, "propugnarse para el cargo", de seguro pingüe. Y, a causa de ello, arrebatado por su afán de servir al común, vence lo imposible -¿él o el periodista?- haciendo reflexivo el verbo *propugnar*, que significa `defender, amparar´, y enriqueciendo su pobre significado con el de *postular*: lo que el aspirante a patricio quiere es *postularse*, pero dice o le hacen decir *propugnarse*, y quien sea se queda tan pancho como un Creso del idioma.

Lo normal

Fernando Lázaro Carreter es miembro de la Real Academia Española.

EL PAÍS | Opinión - 15-02-2004

Se lee en un periódico de la casi Corte: "La vida en Iraq tiene un cierto *símil* con la normalidad". ¿Cabe decir de modo más refinado que la vida iraquí *parece casi normal*? De esta manera solíamos decirlo en mi juventud. Nuestro proclamado progreso cultural autoriza a expresarse así: "El niño tiene un cierto *símil* con el jefe de su padre"; o cosas menos tiernas como "¡qué *símil* con la idiocia tiene usted!". La enérgica indiferencia ante el idioma que padecemos introduce en una nueva normalidad lingüística, de la que constituye buena prueba el ejemplo anterior. Es tanta como la normalidad de Bagdad.

O sea, *lo normal*. Resulta apasionante el empleo que la gente joven está haciendo de esas dos palabras. Una historia que oigo mucho en mi intensa vida nocturna de radio consiste en que un o una joven, tal vez adolescentes, cuentan para bien o para mal su última aventura de discoteca: que conocieron a tal o cual, que bailaron, que pronto hubo química entre ellos mediando la pastilla y los cubatas, que se pusieron a cien, y luego, pues "*lo normal*" (otras veces dicen, y es más bello, "lo típico"). Eso exactamente está pasando con nuestra lengua, personas que, sin conocerla, se le acercan, la toquetean y después sucede lo que tiene que pasar. Veremos algunos resultados de ese juntamiento desamorado.

No han pasado muchos días desde que el ministro de Fomento decidió no concurrir a las elecciones, y así lo contó el periódico de aquí mismo: "En una comparecencia breve y en la que no ha admitido preguntas, el ministro Álvarez-Cascos ha alegado 'motivos personales', y ha subrayado que se trata de una decisión 'personal e *intransferible*'. Cabía esperar que ese *intransferible* fuera cosa del redactor, al cual le habría asaltado espontánea la limitación que imprimen al pie muchas invitaciones; pero no: los demás medios coincidían en texto y comillas. Esta declaración ministerial parece haber sido reproducida literalmente, y suscita la duda acerca de qué otras decisiones personales ha podido *transferir* el señor Álvarez-Cascos.

Por lo visto y oído, el Real Madrid ha de "centrarse en las tres competiciones en las que está *inmerso* el equipo"; "los dos tribunales más importantes del país andan *inmersos* en una oposición cainita"; "Sara Montiel sigue *inmersa* en pleitos para separarse de su caribe". Fantástica utilidad la de este adjetivo; entenderá mal quien quiera desentrañarlo con el Diccionario académico, el cual dice secamente que equivale a 'sumergido' y 'ensimismado'. O bien interpreta que esos ilustres sujetos están ahogándose, o debe pensar que están recogidos en su propia intimidad. Absurdos desciframientos ambos. Saldrá de dudas si consulta diccionarios ingleses, como el de Cambridge, con el cual entenderá que están completamente *involucrados* en algo, el Collins les informará de que se han *metido de lleno* en un asunto, y el de Oxford o el de Princeton les harán saber que están *entregados* totalmente a él. ¡Tantas maneras de decirlo, antes de someterse a *inmerso*!

Y esto de recurrir a diccionarios anglos va a ser normal mientras se va poniendo el sol sobre nuestra lengua. Otro caso: suelo oírlo por televisión en ese encantador momento dedicado a la moda que precede al telediario, con desfiles de suntuosos zarríos de los cuales emergen provocativas tetas y piernas exquisitas. Solemos verlo en casa mientras llegan las noticias sobre nuestra intromisión en Irak, y ocurrió que el otro día exhibieron pingos "de inspiración *étnica*". Lo comento y me dicen que hay música, bodas, comidas, escuelas, barrios, fiestas y mil cosas más igualmente *étnicas*. Me sobrepongo a la turbación por mi ignorancia, y me lanzo al infolio: ningún significado de *étnico* casa con todas esas cosas. Señala, dice, lo que pertenece "a una nación, raza o etnia", y pienso si aludirá a los vascos; pero no: se diría *vascos* y no *étnicos*. Menos puede pensarse tal cosa si acudimos a la otra acepción: "Gentil, idólatra, pagano". Evidentemente, el DRAE despista, buscamos algún indicio en diccionarios del área Bush/Blair y, en efecto, ahí está: *ethnic*, vienen a decir, califica a lo que es característico de una cultura muy diferente de la occidental, y que, por ello, sorprende. Todo muy claro y normal y típico: otra Invencible.

El genial antipoeta chileno Nicanor Parra se preguntaba sarcásticamente: "¿Con qué razón el sol / ha de seguir llamándose sol?". Es duda que comparten millares de conciudadanos, ante el teclado o el micro, bien ajenos al deseo expresado por Octavio Paz: "Llamar al pan y que aparezca / sobre el mantel el pan de cada día". Nada importa a muchos que, llamando al pan, les salte a la mesa una rana. Observemos algunos de estos sustos tan normales.

Leo que una adolescente violada ha dado *en cinta*. Jóvenes habrá a quienes, en un primer momento, leyendo eso, les resulte difícil descifrar que ha quedado embarazada, y no será extraño que algunos piensen que la niña se quedó algo así como en camisa, pero con otra enigmática prenda; ¿tal vez una sobria minifalda? Era antes normalísimo lo de estar *encinta*: como define brutalmente el Diccionario, es estar preñada. No creo que la gente de

entonces, salvo pocos, supiera que a qué venía lo de *encinta*, pero al menos escribían la palabra bien apretada. Y muchos bachilleres sabían la razón: proviene del bajo latín *incincta*, 'desceñida', que es como solían -y suelen- ir las mujeres grávidas. Es voz muy antigua en las lenguas romances.

El error *en cinta* no falta en algún escritor de renombre, y sobre él recae el oprobio de la odiada ortografía. Esta casi nunca sale en los "dardos", y, menos aún la fonética, pero ¿no es chocante que, a estas alturas de la temporada futbolística, muchos informadores ignoren que *Queiroz* no se pronuncia como *coz* sino 'queirós' (sin más precisiones), y que el equipo serbio *Partizan* es *partisan* ('partisano', 'guerrillero'), palabra que tan usada fue durante la II Guerra Mundial con la acepción que, desde el italiano (*partigiano*), se extendió por las lenguas. Habíamos exportado *guerrilla* (francés *guérilla*, inglés *guerrilla*, italiano *guerriglia*), pero con *guerrillero* no hubo suerte.

Es normal aquello que carece de excepción, y, si la tiene, se nota que lo es. Quien hoy en el uso público del idioma no suscita disensiones parece extraño, excepcional. Lo habitual es la prevaricación: quienes la practican son tropel. Especial actitud destrozona puede percibirse si se leen algunas crónicas taurinas ("El torero recibió solo saludos") y, sobre todo, en ese vergel de provocaciones verbales que es el fútbol. En él han brotado pimpollos así: "Al equipo le falta un eje *motórico*", y contundencias retóricas de la manera que, elogiando a Ronaldo, emplea un lírico escritor: "Es la bomba este tipo". Y para describir los apuros del Real Madrid ante el Betis, detalla con plástica escalofriante cómo el conjunto sevillano "empezó a apretarle los tornillos hasta que la cabeza le comenzó a crujir". ¿No es hermosa esta retórica? ¿Habrán alguien capaz de considerarla rara? Es tan normal como la luz de mediodía.